







INDICE

Prólogo de Sun Liang



Cuando Carter Damon me propuso hace un tiempo el guion de "Tipo 4" comprendí que, después de tantos años de haberle insistido en la idea de hacer una película juntos, ahora que me presentaba un argumento excepcional, me enfrentaba al dilema de conseguir el millonario presupuesto que exige una producción de este calibre. Carter me respondió con un refrán de mi país que más de una vez he empleado yo con él: no temas ser lento, más bien teme quedarte parado.

El mensaje que encerraba el consejo era que no me agobiara con la financiación. Todo llegaría, como en tantas otras ocasiones. Se conformaba con que le hiciera un prólogo al libro, cuestión que asumí con entusiasmo y a la que ahora me enfrento, espero que con el beneplácito de los curiosos que hojeen los orígenes de este peculiar libro.

¿Qué puedo decir de "Tipo 4"? Es la obra que le había solicitado. Trepidante, inesperada, repleta de imaginación y no parecida a nada en el ámbito de la ciencia ficción que se haya escrito o filmado nunca antes (que yo sepa). Pero, sobre todo, lo que es más importante, reunía un requisito que, éste sí puedo decir con orgullo, me corresponde atribuírmelo y es mérito propio en exclusiva. La condición que le había rogado considerase para ese proyecto común

era que el desarrollo de la historia se efectuara como un plano secuencia cinematográfico. Es decir, que el hilo narrativo siguiera en todo momento, y sin interrupción, las vicisitudes del protagonista sin dar un momento de respiro al espectador – y en este caso, y de momento, al lector —. Creo que puedo decir con plena satisfacción que ese resultado está logrado sin albergar la más mínima duda.

Precisamente por lo que acabo de comentar, el lector debe estar prevenido al respecto. "Tipo 4" no es una novela convencional a la que Carter Damon nos tiene acostumbrados. A los que hemos devorado toda su obra no nos cuesta reconocer una pauta en el desarrollo de sus argumentos. Sus novelas suelen iniciarse con un ritmo tranquilo, por lo general, al que se va incorporando lentamente una serie de misterios que captan nuestra atención, que se acrecentará conforme se producen los sucesivos giros narrativos. En esta novela no ocurrirá eso, al menos no de la forma habitual de muchas de sus obras. "Tipo 4" tiene un ritmo frenético. La acción es tan rápida que el relato se asemeja a la estela de un barco, algo que queda irremisiblemente atrás, porque lo que nos interesa es seguir mirando hacia delante, pendientes de cuál será el siguiente sobresalto, el próximo descubrimiento. Personalmente, nunca he leído nada igual.

Hay otra marca clásica en la obra de este autor. Los que estamos familiarizados con los escritos de Carter Damon y su estilo narrativo, reconocemos en los desenlaces de sus obras un logro muy característico. Es muy habitual que durante la lectura de cualquiera de sus novelas se presenten elementos clave que van a ser definitivos en el final sin que el lector los sepa reconocer. A menudo Carter presume de que, en la ciencia ficción, a diferencia de un thriller policíaco, siempre se toma al lector desprevenido porque se le está instruyendo sobre normas y posibilidades que no son habituales en el mundo real y ese desconocimiento de las nuevas condiciones facilita mucho, tanto los giros inesperados como los finales sorpresivos. Así que cuando leo uno de sus libros y llego a la última página no puedo sino sonreír al comprobar cómo ha resuelto, una vez más en la última línea, un desenlace inesperado con una coherencia magistral con toda la narración y que, a su vez, te deja con una grata sensación de sorpresa, de haber cerrado la lectura de un libro que probablemente no vas a olvidar. A mi forma de entender, Tipo 4 logra esto sobradamente. Espero y deseo que sea un veredicto que usted y yo podamos compartir.

SINCRONIZANDO



Alain no sale de su asombro. Lo que está viendo en la pantalla escapa completamente a su comprensión. *El experimento se ha salido de madre. Es una progresión exponencial coherente. Lo he conseguido. ¡Lo he conseguido!*

Su pulso se acelera. Piensa en la oportunidad que se le brinda. Lo que tanto tiempo llevaba esperando… ahora va a hacerse realidad.

Se echa hacia atrás buscando el respaldo de su silla y pulsa la tecla de impresión. *No se lo van a creer. Es imposible, pero… está sucediendo… y he sido yo el que ha dado con la clave de todo*. Toma el papel recién impreso y se levanta como empujado por un resorte. Se dirige con paso decidido al despacho del jefe mientras observa por el rabillo del ojo cómo despierta la curiosidad de no pocos de sus compañeros. Su mente está centrada, a pesar de la excitación, en una idea. *Tengo que aprovechar esta oportunidad… y juro que lo haré.*

—¿Qué tienes Alain? ¿Has descubierto oro?

Es Sam, un fisgón, el que pregunta. Pero no, no quiere precipitarse. El corazón late desbocado. Katy también se ha fijado en

él y le mira intrigada. Siente sus ojos azules fijos en él e involuntariamente adquiere una pose más varonil. *¿Estoy bien peinado o tendré las greñas de siempre?*

Golpea con los nudillos antes de abrir la puerta. El jefe no ha respondido, pero hay confianza. Alain se enfrenta a la calva de un hombre grueso que se está anudando el cordón de un zapato. Hace caso omiso de la presencia de su subalterno y hasta que no comprueba que la sujeción del zapato es firme no le presta atención. Los ojos pequeños y oscuros del jefe Matt se posan en él. A Alain le recuerda la mirada de su pequinés, de hecho, así llama al chucho, "jefe Matt".

—Lo tengo. Ya sé lo que se esconde tras la frecuencia que estudiamos… y sí, es inteligente.

El jefe Matt le hace una seña para que se acerque y se siente frente a él. Ese detalle lo tiene en pocas ocasiones y Alain lo aprovecha, no sin antes cerrar la puerta tras de sí y comprobar que medio centenar de pares de ojos le observan desde la sala de trabajo con mirada atenta.

—A ver, Alain de mis amores. ¿Me dices que has descubierto un patrón que revela inteligencia o algo así?

Alain asiente y le muestra el documento. El jefe Matt lo toma con fuerza, haciendo crujir el papel, mientras hace un mohín de recelo con la boca. Lo mira atentamente, primero con escepticismo, hasta que llega a la parte final y Alain reconoce en ese momento un súbito cambió en la expresión del jefe Mat. Un leve temblor sacude su flácida papada.

—Por Dios, que esto es imposible.

—Con todo el respeto… quiero mi parte del pastel, señor.

El jefe Matt sonríe bondadosamente.

—Por supuesto, chico, un logro así no pasará desapercibido en las altas esferas, pero confía en mí. Sé cómo gestionar esto sin que acabes chamuscado.

Alain niega con la cabeza. *Es mi oportunidad y no pienso cederla a ningún listillo lameculos.*

—Claro, lo comprendo señor. De todas formas, tengo la información encriptada en mi terminal… y a no ser que la

comunicación me mencione expresamente a mí como autor del programa, el trabajo, junto con todos sus algoritmos, se perderá para siempre.

Alain hace una mueca de circunstancias y se levanta de la silla, decidido.

—¿Estás loco? Este descubrimiento no puede perderse, así sin más… - el jefe Matt emplea la mano en señal de calma.

—No se preocupe señor. Seguro que otro, más tarde o más temprano, lo logra igual que yo… o incluso puede que lo haga mejor.

Alain está a punto de salir por la puerta cuando el jefe Matt le da el alto.

—Está bien, está bien, muchacho, joder cabrón, siéntate ahí y resolvamos esto de una vez… pero créeme. Me preocupa lo que pueda sucederte… te tengo aprecio — murmura por lo bajo mientras le mira, molesto, con el ceño fruncido.

El jefe Matt acerca su silla rodante a la terminal de ordenador y sus gordezuelos dedos se mueven ágilmente sobre el teclado. Se inclina hacia delante como si pretendiera meter su cabeza en la pantalla. Resuella varias veces antes de terminar.

—Joder, ahí está tu nombre y tu descubrimiento. Ahora necesito que me envíes el algoritmo aquí para implementarlo al documento y proceder a tramitarlo. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? No sabes cómo se las gastan ahí arriba.

Alain asiente y ya abre la puerta cuando su jefe le lanza una última advertencia.

—Chico, no sé si te has pasado de listo, ¿sabes? Yo que tú tendría cuidado. Para ellos eres un peón perfectamente prescindible. Cuidado con lo que haces.

Alain llega a su puesto y rápidamente ejecuta el envío. Su corazón late rápido. *Por fin voy a dejar este agujero y asomar la cabeza… ahí arriba. ¿Qué se estará cociendo?*

Observa que sus compañeros le miran de reojo. Pero él sólo se detiene en la mirada que le interesa. Se ruboriza ligeramente cuando descubre que Katy lo observa. Ella es la única chica que es capaz de hacerle sentir así. Traga saliva mientras trata de sonreír. Katy aparta

la mirada y parpadea lentamente. Alain sabe que después de un cruce de miradas como ése lo que hace una chica define su pensamiento. Y lo que ve, le gusta. Ha esbozado una leve sonrisa.

—Tú, sígueme.

Alain siente como alguien le ha pulsado en el hombro. Ha sido un dedo, pero su contacto ha sido duro como una vara de acero. Se vuelve y descubre a un hombre alto y trajeado. Su semblante está esculpido con rasgos severos y marcados y su musculatura resalta incluso a través de los contornos de su traje, a todas luces de buena marca.

El hombre no espera a comprobar que Alain le sigue, sino que gira sobre sus talones y se encamina con paso ágil en dirección a los ascensores. Alain toma su chaqueta y se la enfunda mientras se apresura tras el hombretón. *Joder, me siento alguien importante. Mira cómo me observan todos. Si padre me viera… Siempre me decía que acabaría mal.*

Cuando llega a los ascensores tiene el tiempo justo de anudarse correctamente la corbata, y en el espejo de la cabina ordena su enmarañado pelo y le da una forma que él mismo define como de "alegre despreocupación".

El hombretón introduce una llave en una de las ranuras de la cabina. Una planta de acceso restringido. Alain traga saliva otra vez. *¿Estaré a la altura?*

Le ha conducido a un despacho de grandes dimensiones, pero de decoración minimalista. Media docena de ejecutivos mantienen una reunión informal. Dos de ellos departen en un sofá mientras toman una bebida ambarina, presumiblemente whisky, solo con hielo. En una mesa de escritorio de diseño vanguardista hay cuatro ejecutivos más. Hombres trajeados de mediana edad que fingen siquiera darse cuenta de su presencia. Pero quién sí repara en él es la mujer que preside la mesa. Es la Directora Ejecutiva.

El hombretón que conduce a Alain se planta en medio del gran despacho y él hace otro tanto, justo a su lado, aguardando que alguien le indique cómo proceder. La Directora Ejecutiva afila la mirada en su dirección y Alain se siente como si lo diseccionaran. La atención de la mujer hace que los hombres que flanquean la mesa le dirijan una vaga ojeada de interés.

La mujer se pone en pie y rodeando la mesa, se encamina hacia

él. Anda despacio, como una gata. Alain comprende que lo está evaluando.

—¿Así que ha sido él?

La pregunta es vaga e impersonal. No va dirigida a alguien en particular y nadie responde. Alain comprende que no procede decir una palabra hasta que no se dirijan a él directamente. Contiene la respiración, nervioso.

La mujer lo rodea. El taconeo de su paso es cuanto se escucha en el despacho. Lo está mirando de arriba abajo, y por último se encara con él. Su mano le toma de la mandíbula y lo obliga a mirar a uno y otro lado.

—Así que has sido tú…

Por último, se vuelve hacia sus compañeros sentados en el sofá.

—¿Qué pensará el Consejo de todo esto? ¿Y el gobierno?

Uno de los hombres, de rasgos orientales y cabellera negra, engominada y peinada hacia atrás, hace un gesto antes de pronunciarse.

—Son intereses enfrentados. A saber… pero puede ser peligroso según lo lleve adelante. En la Corporación tenemos nuestras reglas, a fin de cuentas. Nuestra ética… Y todos sabemos a quién debemos lealtad. Señora, sospecho lo que está pensando. – Hace una pausa. Su mirada es dura. – Es arriesgado – murmura.

—Si el gobierno se entera lo va a considerar alta traición. Caerá con toda su furia sobre nosotros – alega otro de los ejecutivos con asombrosa displicencia y se dirige hacia un mueble bar a fin de servirse una copa.

La mujer gruñe. Después se encara con el grupo de hombres que permanece junto a su mesa escritorio. Dos están sentados, pendientes de sus móviles, y otros dos de pie conversando en voz baja y no prestan atención a la escena. Uno de ellos hace una mueca refiriéndose a él que Alain no sabe cómo interpretar.

—Está bien, está bien… —murmura por último la mujer, que regresa hacia el sillón que preside la mesa con paso firme.

Una vez se sienta apoya los codos sobre el escritorio y mira

fijamente hacia Alain. Uno de los ejecutivos se le acerca y le murmura algo en voz baja aproximando su cabeza a la de ella. La mujer asiente.

—Sí, asumimos el riesgo. Hay que prepararlo y enviarlo al Escenario. Cuanto antes. Es conveniente proceder sin demora, antes de que la compañía o el gobierno intenten interferir… que lo harán.

—Ir por libre… Tú sabrás. Puedes desatar una guerra… — uno de los hombres hace el comentario y la mujer lo mira de reojo. Su expresión deja claro que asume el riesgo.

La Directora Ejecutiva hace una señal de asentimiento y el hombretón que ha escoltado a Alain se vuelve y le hace un gesto para que le siga. Salen del despacho tan discretamente como entraron y se encaminan de nuevo a la cabina del ascensor.

—¿Enviarme al Escenario? ¿De qué coño va esto?

El hombre le mira en silencio, pero en vez de responder introduce una llave en otra ranura especial de la botonera de la cabina. Esta vez el ascensor desciende vertiginosamente camino de una de las plantas subterráneas del rascacielos de la Corporación.

Han llegado a una planta destinada a instalaciones industriales. Hay gente con bata, despachos separados por acristalamientos, y una extensa zona de trabajo con maquinaria robotizada y de apariencia sofisticada que inmediatamente sugiere a Alain aplicaciones de alta tecnología.

La leche, la que tienen montada aquí.

El guardaespaldas le empuja del hombro para que inicie el camino. Le señala una dirección concreta y Alain se encamina según esa instrucción. *¿Para qué diantres servirá todo esto?* Observa lo que le parece una cadena de montaje sobre la que se abalanzan numerosos dispositivos, enormes brazos robóticos propios de una fábrica altamente automatizada. El personal con bata ignora su presencia. Pasa entre ellos como si fuera un fantasma. Alain comprende a dónde lo dirige su guardaespaldas. Una zona con aspecto de laboratorio aislada del resto por un acristalamiento y que no cuenta con ningún tipo de indicativo o señalización. En su interior hay dos personas, una joven que presta atención a una terminal de ordenador mientas manipula una serie de tubos de ensayo, y un hombre de aspecto sexagenario, pelo blanco y alborotado y mirada chispeante a través de unas gafas finas de montura redonda, que se dirige hacia Alain tan pronto repara en él. *Menos mal, ya pensaba que era el hombre invisible.*

—Mmm … así que es éste el candidato. Estaba convencido de que nunca llegaría este momento – murmura mientras le mira, sopesando unos pros y contras que Alain desconoce por completo. La palabra candidato le inquieta. Decide romper con su mutismo.

—¿Candidato? Yo no he sido candidato a nada. Simplemente he descubierto algo en la estructura de…

—Bobadas. Si has hecho ese descubrimiento es que eres el Candidato, ¿verdad Rachel?

La joven dice un lacónico “sí, padre” que sorprende a Alain.

— ¿Qué es todo esto? ¿De qué se supone que soy candidato a qué?

—Necesitamos una muestra del sujeto cuanto antes. Voy a ocuparme de los preparativos — dice el científico mientras se encamina a la puerta ignorando las preguntas de Alain. Le señala una silla al hombretón y Alain siente de inmediato la manaza de su acompañante que le toma del brazo y le conduce a un sillón con reposabrazos que cuenta con una serie de correas. Antes de que pueda darse cuenta de lo que está sucediendo se encuentra completamente atado al sillón sin opción ninguna de moverse.

La joven de bata blanca se acerca a él con una mesita de ruedas sobre cuya superficie descansan varias jeringuillas, alcohol y algodón. Después, con una cinta elástica y tras retirar un poco la manga de chaqueta y camisa, interrumpe la circulación sanguínea de su antebrazo derecho y procede a llenar varios tubos de ensayo con su sangre.

— ¿De qué diablos va todo esto?

La joven le dirige una mirada lánguida mientras etiqueta los tubos de ensayo.

Alain está más nervioso conforme pasan los minutos. Interroga a la chica varias veces, pero ella opta por ponerse unos auriculares con música e ignorarle. Manipula sus muestras de sangre con habilidad y empieza a realizar pruebas en distintos aparatos. Alain forcejea con sus ataduras cada vez con más fuerza, pero solo logra hacerse unas marcas moradas en los antebrazos. Está firmemente sujeto. El guardaespaldas lo observa impasible. Vuelve a prestar atención a la chica. Ahora estudia una muestra por el microscopio y musita unas palabras.

—Curioso… —murmura, una palabra que alarma a Alain, aunque no sabe muy bien por qué.

El científico llega después de una hora interminable.

—¿Qué tal van las pruebas? ¿Es idóneo?

—Me temo que no, padre— responde su hija mientras le alarga un folio impreso.

El hombre asiente pensativo mientras supervisa los datos y después mira hacia Alain, ceñudo. *No soy idóneo, cabeza de melón, suéltame ya de la silla.* Alain mira con aprensión al científico mientras éste se mesa la barbilla, pensativo.

—Da igual, no tenemos tiempo, tiene que servir sí o sí.

La chica se vuelve alarmada hacia su padre.

—Pero si ya te he dicho que no es apto en absoluto. Es una temeridad… enviarle allí… es… peligroso en estas circunstancias…

—Lo sé, cariño mío, lo sé… pero es lo que tenemos. Hay demasiadas cosas en juego y por lo demás es un candidato tan bueno como otros. Si esperamos al hombre perfecto será demasiado tarde. Me vale el chico.

—¿Candidato para qué?

—Un asunto importante, muy importante – dice mientras prepara con pericia una jeringuilla con un suero.

¿Importante? pero… ¡qué diablos me va a pinchar este loco…

El científico ha inyectado algo en su brazo mientras Alain intenta retorcerse en su asiento para evitarlo. La visión se oscurece rápidamente.



Despierta con un ligero mareo. Está tumbado, boca arriba, sobre una mesa de metal. Está desnudo. Siente el frío que lo traspasa en cada poro de su piel en contacto con la superficie sobre la que descansa. Varios focos de luz potente lo deslumbran a la vez que calientan levemente su cuerpo expuesto. Un par de brazos robóticos se mueven lentamente en su entorno. Parecen fieras inhumanas prestas a despedazarlo que se ciernen amenazadoras y crueles sobre él. Bisturís y radiales de cirugía que oscilan vertiginosamente sobre su cráneo y que muestran restos de sangre,… de su sangre. Es una escena de pesadilla.

Intenta hablar, pero no puede. Está intubado. Quiere moverse, pero es inútil, le fallan las fuerzas. *Estoy sedado… me gustaría cabrearme con estos hijos de puta… pero no puedo…me siento asquerosamente feliz.*

Regresa a la realidad más tarde. Ignora cuánto tiempo ha pasado. Ahora han desaparecido las máquinas de aspecto inquietante y una delicada sábana blanca lo cubre. La hija del científico le mira dulcemente.

—¿Cómo te encuentras, Alain?

Siente el contacto suave de su mano sobre su piel.

—Fatal – murmura con voz seca.

Le duele todo el cuerpo. Es como si lo hubieran sometido a una intensa tortura y el eco del dolor aun no terminara de extinguirse.

—Se te pasará… no tenemos mucho tiempo. De ti dependen tantas cosas…

La mirada de la chica está cargada de ternura. Los rasgos de su semblante definen un tipo de belleza etérea e inalcanzable. Para sorpresa de Alain la chica se incline y deposita un beso sobre sus labios, que lo reciben inertes e inexpresivos.

—Rachel… ¿cómo está nuestro prototipo?

La chica se vuelve hacia el origen de la voz, que Alain no alcanza a ver, y responde con su voz siempre tranquila.

—Está bien padre. Creo que va a sobrevivir al implante.

¿Implante? Joder… ¿qué me han hecho estos pirados? Y el fulano me ha llamado prototipo…

—Eso espero, porque ese chico encarna nuestra última oportunidad, querida.

—¿Tan mal están las cosas ahí fuera?

Pero el científico calla.

Alain apenas puede alzar la cabeza. El científico entra en su campo visual acompañado de varios hombres. Su escolta particular, el hombretón de mandíbula marcada, los lidera. Visten trajes militares de camuflaje moteados de color ceniza.

Despegan las correas de velcro que lo han mantenido firmemente sujeto y Alain puede incorporarse. El mareo y debilidad que padece lo obligan a moverse con torpeza. El hombretón le tiende un hatillo de ropa y equipo para que se vista. *Joder, estoy desnudo del todo… ¿no me podrían dar un poco de intimidad?*

—Vístase, rápido – ordena el hombretón.

Azorado se viste mientras todos a su alrededor parecen pendientes de la operación, incluida la hija del científico. Una vez que completa su vestimenta militar, un uniforme negro ajustado similar al neopreno, incorporan una serie de placas de aspecto metálico pero

muy livianas a modo de armadura. El escolta le hace una seña para que se acerque. Alain repara que tiene un nombre impreso en una etiqueta en el pecho, Isaac. Le extiende un casco metálico y plateado, de diseño vanguardista del que cuelgan varios cables y le insta a ponérselo. *¿Qué coño es esto?* El casco incorpora una visera metálica que oculta por completo su campo visual. Alain, al ponérselo, se da cuenta que le han rapado la cabeza por completo. Suelta un taco.

—No veo un carajo con esto ... — se queja al terminar de ajustarse el casco.

—Aguarda un segundo… es la interfaz — el científico se ha acercado a él y parece que está conectando cables… ¡a su cráneo!

—¡Qué mierda me han hecho!

Pero inmediatamente queda perplejo. De nuevo percibe la realidad… pero ahora es consciente de muchísima información de forma inexplicable. Percibe los latidos del corazón de todas las personas que están junto a él. Lo comprende de inmediato. *Todos están más nerviosos que yo…me temen*. Alain no sabe decir cómo tiene ahora ese conocimiento, pero está seguro de que todos ellos le tienen miedo… quizás a excepción de la joven. Un contador de dopamina, que se activa al enfocarla con sus sensores, le alerta que la joven está enamorada de él.

Esto es de locos.

—Tenemos que salir ya. No hay tiempo – insiste el científico.

—¡No! Quiero saber qué me han hecho… quiero saber qué esperan de mí. No daré un paso más sin saber.

Isaac lo sujeta del brazo y Alain le chilla que se niega a colaborar. Varios hombres lo rodean y parece que la cosa se va a poner fea, pero Alain se sacude la mano de Isaac, que le ha tomado del brazo, y empuja a cuantos se aproximan a él.

—Por Dios Alain, ahora no hay tiempo, de verdad. Confía en nosotros… es lo mejor… para todos.

Es la chica, Rachel, la que se ha aproximado a él y le ha puesto la mano en el pecho, como se hace con una fiera asustada para tranquilizarla.

—¡No! Quiero saber qué está pasando.

—Muy bien chico. Te explicaré mientras emprendemos el camino. Yo mismo iré contigo en el transporte y te contaré – dice el científico.

Alain se lo piensa dos veces. La chica parece que le está suplicando su colaboración con la mirada.

—Joder, está bien. Vamos… pero quiero saber.

¿Cómo coño me he metido en este lío?… y … ¿qué diablos me han hecho en la cabeza? Si no se aclara esto rápido… voy a estallar.

Lo conducen fuera del laboratorio. Llegan a un pasillo ancho y largo, iluminado débilmente, por el que avanzan produciendo un gran estrépito con su calzado militar. El científico lo acompaña mientras no deja de mirar atentamente el gráfico de una onda que oscila a gran velocidad y que ocupa buena parte de la tableta digital que lleva consigo.

El pasillo concluye en una apertura que comunica con una estación de un marcado carácter militar que cuenta con numerosos andenes. Varios vehículos de fisonomía extremadamente aerodinámica ocupan algunos y hay un gran barullo de personal militar y uniformado que viene y va. Media docena de transpaletas que cargan cajas voluminosas se desplazan entre el gentío. Es un lugar donde reina una actividad frenética.

Cruzan a paso ligero el andén principal y se dirigen hacia uno de los vehículos, una cabina tubular de color rojo metálico con una franja dorada cruzándola longitudinalmente que lleva impreso el logotipo de la Corporación en moldes plateados. Pasan a su interior y se acomodan en una serie de sillones anclados al suelo. Un pelotón militar armado hasta los dientes ocupa las plazas del fondo. Dos tripulantes de uniforme se colocan en los puestos de pilotaje.

—Listos para la aceleración.

Las puertas se cierran con un movimiento siseante y veloz y a continuación se inicia una breve cuenta atrás.

Alain siente cómo su cuerpo se hunde en el sillón en el que está sentado. Incluso los reposabrazos parecen envolverle con un abrazo cariñoso. Las piernas se hunden en el bajo acolchado del asiento. Se da cuenta que le cuesta respirar. Lo que inicialmente parecía un mullido agasajo se transforma en una presión aplastante.

Observa la ventanilla cercana. Han emergido del tubo de

lanzamiento y a sus pies, cientos de metros por debajo, el brillante polvo lunar reluce hasta el punto de cegar. Más allá una cordillera de montañas se recorta contra el cielo negro en una silueta brillante y blanquecina. Al frente, en una posición que Alain casi no alcanza a vislumbrar completamente, la esfera multicolor y resplandeciente de la Tierra brilla como una rara piedra preciosa contra un firmamento opaco y anodino.

—Velocidad de crucero adquirida – informa el piloto a través del canal de comunicación de la nave.— Hemos abandonado la base lunar y llegaremos a la Tierra en cinco horas. Aproximadamente una hora antes iniciaremos la maniobra de frenado y entrada en la atmósfera.

Alain examina la cabina en la que viaja, así como a todos los pasajeros con sus recién adquiridos poderes. Observa que la visión del mundo está alterada por multitud de indicadores que se superponen con la realidad que percibe. Basta que se pregunte por una cuestión para comprender qué piensa cada una de las personas que le rodean. Presta atención al científico y le hace una señal. Quiere saber qué le han hecho y qué esperan que haga.

—Todo tiene que ver con tus cálculos, Alain. Has hecho un descubrimiento portentoso con el algoritmo que ideaste.

—No me pareció tan difícil.

—Eso es lo mejor de todo. Estábamos esperando a alguien como tú, con tu capacidad, desde hacía tiempo…

—¿Alguien como yo?

—Sí… tú…. Alguien capaz de comunicarse con la Criatura.

—La Criatura… – musita Alain

Tendría que haber hecho caso al jefe Matt.

Hace un esfuerzo por tranquilizarse. Ha detectado una oleada de terror en el científico cuando ha pensado en ese ser. Está a punto de preguntar qué esperan de él, pero la pantalla de su casco le brinda información sobre todo lo que sabe su interlocutor.

Este casco… me ha convertido en una especie de telépata… es increíble…

¿Qué es eso que siento? Es algo raro… impresionante e inspira

terror…

—Chico, atento. Necesito que me prestes atención

El científico mueve los dedos delante de su visor. Alain comprende que se estaba quedando dormido.

—Sí, estás agotado, lo comprendo. Además, los recursos del neuroimplante consumen una cantidad considerable de energía y eso te debilita temporalmente…pero debes hacerte cargo de la situación. Ahora mismo tú eres todo cuanto tenemos… si hay alguien capaz de revertir todo esto, ese eres tú.

—¿Yo? Yo sólo he creado el algoritmo … es el algoritmo lo que deberían utilizar…

—No. ¿No lo comprendes verdad? Es tu mente la que ha sido capaz de descifrar el código de la Criatura… Si lo has hecho una vez lo podrás hacer otra… y otra… Hemos implementado el algoritmo en la IA del casco-visor que te hemos *bioensamblado*. Lo denominamos interfaz. Lo que debes saber, lo que debes tener muy en cuenta, es que lo importante no es el algoritmo… eres tú… es tu cerebro. Ahora está potenciado al máximo de su capacidad con el neuroimplante. Verás que eres capaz de hacerlo.

—Pero… me está diciendo que su lenguaje… el de la Criatura…

—Su lenguaje muta constantemente. El código que has descifrado sólo es uno de ellos… Si hay alguien que tiene capacidad de comunicarse con ese ser extraordinario … eres tú. Escucha atentamente lo que voy a decirte porque el futuro de todos…

Pero Alain ya no lo oye. El cansancio es apabullante y un adormecimiento general le embota la mente e inunda su cuerpo, desconectándolo de todo cuanto le rodea.



Cuando Alain despierta la nave en la que viaja sufre una agitación frenética, como si estuviera siendo zarandeada violentamente por un gigante. Las correas de seguridad lo mantienen firmemente sujeto a su asiento, pero un viento huracanado revuelve todo a su alrededor. Una luz roja parpadea iluminando la cabina intermitentemente. La tripulación de cabina que comanda la nave grita por la radio reclamando auxilio mientras manipula los controles con movimientos frenéticos. Alain observa brevemente, a través de la exigua ventanilla de pasajero, el destello fugaz de jirones de nubes que reflejan la fría luz solar.

—¿Qué ha pasado?

El científico, que aún permanece a su lado, ya no muestra el semblante confiado de la última conversación. Alain se asusta. Percibe mucho miedo a su alrededor.

—Es la puñetera Resistencia… No me puedo creer que nos hagan esto… ahora que estábamos tan cerca… nos atacan… qué fatalidad—concluye lleno de pesar.

—Atención cabina… aterrizaje de emergencia en segundos – la voz entrecortada del piloto apenas se ha distinguido entre el estrépito reinante.

Alain puede observar la escena con su visor especial. Ve a través del fuselaje de la nave las ruinas de la ciudad quemada que están sobrevolando, los fuegos de sus habitantes y refugiados… un río de aguas oscuras serpenteando en medio de edificios semiderruidos sobre el que se erigen restos de puentes quebrados. Alguien les dispara desde tierra. Ve las balas como si fueran destellos dorados que emergen de la superficie calcinada saliendo a su paso desde muy diferentes posiciones. Algunas impactan contra el cohete. Oye su repiqueteo y ve cómo penetran en la cabina en un macabro juego de azar. Abaten a algunos de los soldados de la escolta que ahora parecen muñecos de trapo a merced de los vaivenes de la nave.

Se produce una violenta sacudida, pero el fuselaje se mantiene de una sola pieza. Alain comprende que la nave ha rebotado en el suelo y se dispone a realizar un segundo choque. Su visor le permite observar más allá de la cabina en la que está encerrado. Están aterrizando en lo que era una antigua autopista, ahora atestada de restos de edificios derruidos y chatarra que seguramente van a contribuir a que el aterrizaje de emergencia sea más violento. Y el segundo choque contra el suelo confirma a Alain su temor. La cabina se parte en dos y la sección trasera se desgaja un par de metros por detrás de él. Puede ver como la cola del cohete Epsilon que han empleado para realizar el viaje Luna-Tierra se pierde rápidamente de vista tras ellos mientras se desmenuza tras sufrir nuevos y violentos impactos contra el suelo.

El tiempo se ralentiza, … o así se lo parece a Alain. *¿Será por este cacharro que me han enchufado al cerebro?*

Puede ver cómo se va a producir la siguiente colisión y se prepara. Comprende que más adelante los restos de un rascacielos se interponen en la trayectoria del bólido que es la nave. Es preciso que abandone cuanto antes aquel proyectil suicida si no quiere morir incinerado. Se desabrocha los arneses de seguridad y se pone en pie. Busca entre los restos de la cabina algo que pueda servirle de escudo. La parte posterior del fuselaje que se desgajó ya ni se ve. Aún van muy rápido para simplemente saltar a tierra. La inercia lo destrozaría. Pero su visor remarca uno de los asientos de la última hilera que tras el impacto ha quedado prácticamente suelto. Se abalanza sobre él y con la fuerza del impulso logra soltarlo de su debilitado anclaje.

Cae fuera de la cabina. Está prácticamente envuelto por el sistema de protección acolchado del sillón y siente el violento impacto contra el suelo. El dispositivo se activa automáticamente y lo abraza de manera que amortigua el golpe. Los restos de la nave desaparecen a toda velocidad de su campo visual mientras él da tumbos rodando por

el suelo a gran velocidad, protegido por su asiento de emergencia. Después de una sucesión interminable de sacudidas violentas, oye el estrépito de una colisión brutal y una explosión ensordecedora que tiene lugar lejos de él … y la oscuridad.



—¿Está viva esa cosa?

—Esa cosa no, Bill, es un Kesquer… ¿no lo ves?

—Joder Jude, nunca he visto un cabronazo de esos. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Mira ese casco, inútil. Le han implantado un procesador neuro… como se diga, da igual, el tío está jodido. Cuando se le termine la batería… kaput.

—¿Y para qué han enviado a este tío a esta cloaca?

—No lo han enviado aquí, tonto. Lo que pasa es que los compañeros de la Resistencia les han reventado su puto transporte. Lo han estallado como a una lombriz cuando la aplastas con la bota.

Risas infantiles.

Alain se intenta incorporar. Está atrapado en lo que queda de sillón. Tiene una estructura a prueba de grandes impactos que sin duda le ha salvado la vida.

—Joder, el fulano está vivo. ¿Qué hacemos? ¿Lo freímos?

Alain oye un ruido metálico, como el de un arma al quitarle el

seguro. Al fin logra ver algo. El visor le ofrece una panorámica de un lugar deprimente, un ruinoso escenario urbano al que el accidente que acaba de protagonizar su transporte ha sembrado de fuegos aislados y de una larga cicatriz que recorre el asfalto hasta donde se pierde la vista.

Observa después a los dos adolescentes que le apuntan con armas tan grandes como ellos mismos. La tez de ambos está manchada, visten ropajes extraños y le llama especialmente la atención sendas gorras, excesivamente grandes y bombachas, que coronan sus cabezas con el aire de un extraño turbante.

—¿Quiénes sois? ¿Por qué nos habéis atacado?

—¿Bromeas? La Resistencia ataca a todo cuanto viene de la Luna. Punto. ¿No lo sabes… o de qué coño de manicomio te han sacado?

Alain se siente magullado y muy dolorido, pero poco a poco su malestar va menguando. No tarda mucho en entender lo que sucede. *Es este jodido artilugio… Está soltando hormonas y enzimas para que mi cuerpo se recupere cuanto antes. Tenía una hemorragia interna y ha conseguido detenerla.*

—Me habéis llamado Kesquer. ¿Qué es eso?

Los chicos se echan a reír y se miran confiados. No dejan de apuntarle con sus armas.

—¿Este puto fiambre es tonto, Jude?

De nuevo se ríen.

—Los Kesquer sois carne de cañón, como dice el Reverendo. Os hacen una putada en el cerebro y os envían a la Criatura para que os frían.

—¡Mierda! ¿Qué coño es eso de allí arriba? – Alain señala a lo alto de un edificio cercano con un ademán violento y los chicos se vuelven alarmados.

Gana los suficientes milisegundos al distraerlos y así consigue, con un movimiento fulgurante, tomar los cañones de sus armas. Los levanta violentamente y logra desarmarlos de un tirón.

—Y ahora explicarme qué coño es eso de que moriré si no encuentro una batería.

Los chicos se miran entre sí, perplejos y enfadados el uno con el otro. Tardan en responder, pero Alain les insta a hacerlo. Está de mal humor y no quiere juegos infantiles.

—La tienes en la parte posterior del casco. Es una pila especial de Kesquer. Si quieres vivir tendrás que encontrar a otro Kesquer y joderlo vivo, porque si se la birlas, palma. ¿Entiendes?

Joder, qué lío es este en el que me he metido.

—Quiero hablar con un adulto de vuestro… poblado, o lo que sea la ratonera donde vivís.

Los chicos parece que están dispuestos a desafiarlo, pero Alain le da un empellón al que se hace pasar por más bravo y el susto le borra de la cara la expresión de desafío.

—Está bien, está bien… no hace falta abusar, tío. Ya te llevamos. El Reverendo te va a joder vivo, ya lo creo… Cuando el negrata te coja de los huevos nos vamos a reír.

Anochece. Un sol frío y rojizo se pone entre paredes derruidas y columnas de humo gris ceniza. Un cuervo los mira con curiosidad desde lo alto de un montón de chatarra, y el silbido del viento rasgando los despojos que yacen en medio de las ruinas compone una melodía triste, una balada de muerte y desolación.



El poblado es un conjunto de chabolas destartaladas que se amontonan en torno a un centro en el que resplandecen los rescoldos de una gran hoguera. La gente se pone en pie, en actitud de sorpresa, pero también de hostilidad, a medida que Alain avanza decidido en busca de su líder, el Reverendo. Su visera metálica los inquieta. Alain percibe el temor como surge en sus corazones, que palpitan cada vez más rápido, en los murmullos inaudibles en los que expresan su malestar, en las blasfemias e insultos que le dirigen con sus pensamientos. Todo puede sentirlo. *¿Queréis joderme más? Dudo que podáis, cabrones. Poneos a la cola.*

—¿Quién eres tú, forastero?

Es una voz potente, que emerge de su derecha y lo sorprende. *Esto no lo he visto venir*. Alain se gira velozmente y se encara con un hombre de color, alto, grueso y fuerte. Tiene un cuello de toro y su cabeza está rapada al cero. Su expresión resulta inescrutable, pero hay un tono belicoso en la potencia de su voz que pone a Alain en guardia.

—Al parecer soy un Kesquer… aunque no sé qué coño es eso. Lo que sí sé es que necesito ayuda si quiero sobrevivir.

El Reverendo lo examina de arriba a abajo mientras la gente se apelotona a su alrededor. Los hombres más fuertes en primera fila, como si temieran que pudiera hacer algo contra ellos.

—¿Así que no sabes que es un Kesquer? ¿No has recibido instrucción?

Alain niega con la cabeza mientras resopla.

El hombre sonríe.

—Estás muy lejos de donde deberías. La Criatura está lejos… de hecho, eso espero. Siempre huimos de donde está ese ser. Confío en que se halle en las antípodas del planeta. ¿Qué haces en este lugar? – le interpela finalmente con un gesto de la cabeza.

—Alguien de por aquí abatió nuestra nave. A él le debes el honor de mi presencia.

Hay un espejo colgando de la entrada de una choza y el viento lo ha movido. De pronto, Alain, al verse reflejado, descubre cuál es su aspecto. Y se sorprende. Lleva una máscara metálica que cubre enteramente su cabeza incluidos ojos y nariz. Es de un color plateado y ha sufrido múltiples arañazos y abolladuras en el accidente. Le confiere una apariencia inhumana, carente de rasgos, como el de una poderosa deidad que ha cobrado temporalmente forma humana. El uniforme oscuro y ajustado de la Corporación Lunar, recubierto de placas metálicas, se halla igualmente mellado y maltrecho. Al verse así se le antoja que representa el papel de un antiguo superhéroe que acaba de librar su peor combate contra su más acérrimo enemigo.

—¿Qué se supone que se espera de mí? No sé para qué me han traído a este planeta miserable.

El Reverendo niega con la cabeza, pero finalmente hace un gesto y lo invita a pasar a su cabaña. La gente lo observa con atención hasta que Alain sigue sus pasos y cierra la puerta tras de sí.

El Reverendo le invita a tomar asiento. El interior de la vivienda es humilde. Muebles viejos, intenso olor a humedad, predominan las zonas oscuras. Varias velas y candiles iluminan débilmente el área restringida en la que se encuentran formando una mágica esfera de luz. Alain se acomoda en una silla que cojea.

—Sí, habrá sido la Resistencia la que ha abatido vuestra nave. Posiblemente alguno de los poblados situados más al sur. Tienen armas y son belicosos – el Reverendo le ofrece un vaso a la vez que le muestra una botella de licor claro. – Vodka

Alain asiente. Necesita algo fuerte.

—¿Por qué lo han hecho?

—Bueno… en la Tierra… se odia a los lunares sin distinción.

—Tenemos un enemigo común. ¿No debería haber algún tipo de tregua?

El Reverendo niega taxativo.

—Aquí en la Tierra también estamos muy divididos, a pesar de lo crítica que es la situación. Cada líder defiende su terruño y a su pequeña tribu. Somos muy pocos los que nos preocupamos del verdadero problema. De hecho… es extraño que la Luna te haya enviado aquí. ¿La Luna ayudando a la Tierra? Cuesta creerlo.

—La Directora Ejecutiva se jugaba el cuello al enviarme, o eso decían sus asesores.

El Reverendo asiente despacio y se mesa la barbilla. Habla despacio.

—Somos pocos los que centran la mirada en la Criatura… por encima de sus intereses partidistas egoístas. Sé de algunos que están empeñados en destruirla, o ahuyentarla… o entenderla… lo que sea con tal de que abandone el planeta. Al menos siempre he pensado que era eso lo que pretendían a través de los Kesquer. Pero la mayoría de la gente solo piensa en sobrevivir y en robar los recursos del vecino.

Alain calla mientras el Reverendo sirve sendas copas.

—Pero lo cierto es que… —el Reverendo ofrece una a Alain –cuando uno de vosotros, malditos Kesquer, se acerca a la Criatura, ésta parece ganar más poder, hacerse más inmensa, ser más destructiva… Acabará con todos y cada uno de los humanos que quedan en este planeta de miseria.

—Ignoro cómo podría yo hacer algo así. – De pronto Alain recuerda una de las pocas cosas que le dijo el científico que lo operó –En mi neuroimplante tengo insertado un algoritmo que yo mismo ideé… sirvió para decodificar el lenguaje de la Criatura… al menos una de sus múltiples facetas. Es inteligente, de eso no me cabe duda.

El Reverendo se queda inmóvil. Esa aseveración lo ha sorprendido, es evidente.

—Si comunicas con la Criatura… ¿qué pretenderías hacer?

Alain se encoje de hombros.

—Lo que todos, me imagino. Ahuyentarla, convencerla para que nos devuelva el planeta… No sé qué podría decirme… si es que verdaderamente tiene interés en hablar conmigo y no me consume como hace con la gente. El instructor que me lo iba a explicar todo murió en el ataque.

—¿Y destruirlo no entra en tus planes?

Alain suelta una sonora carcajada.

—Bromea ¿no? Tengo entendido que mi neuroimplante tiene fecha de caducidad. No me veo con capacidad de destruir siquiera una hormiga.

El Reverendo enarca una ceja.

—Evidentemente no te han instruido acerca de tu potencial. Si en vez de esos muchachos te hubiera encontrado alguno de los adultos… lo más probable es que a estas alturas tuvieras insertado en el corazón uno de los arpones que empleamos para pescar.

Alain se queda pensativo. Va aclarando las ideas.

—Ahora mismo mi presencia aquí es un error, cada vez lo veo más claro. No sé qué se pretendía ni con qué características cuenta mi neuroimplante. Lo único que quiero es regresar a la Luna y que me quiten este chisme… que dejen mi cerebro como era antes…. Qué diablos, si hay alguien aquí que me lo pueda quitar, adelante con ello. Nadie me preguntó acerca de esto y lo último que quisiera es hacer un mal a alguien o provocar mayor violencia por parte de la Criatura. Si de mí dependiera regresaba a la Luna de inmediato.

El Reverendo apura un trago largo.

—En cuanto a lo de quitarse el implante mucho me temo que eso es algo del todo impensable. Por lo poco que se de esas tecnologías, morirías, seguro. Los neuroimplantes, en general, entrañan procesos de asimilación irreversibles. En cuanto a lo segundo, te creo, muchacho, te creo. Si quieres salir de aquí te anticipo que eso no va a ser tan fácil como te imaginas. No hay lanzaderas operativas en todo el planeta…salvo donde te puedes imaginar. Si quieres que vengan a por ti… tendrás que hacerlo desde la otra cara de la Tierra.

—¿Es ahí donde está la Criatura? ¿En las antípodas?

El Reverendo asiente.

—Allí están tus efectivos, tus ejércitos de pacotilla y tu guerra interminable.

—No sé lo que esperan de mí.

El Reverendo le escruta con la mirada y toma otro trago del espirituoso.

—Yo sí. Sé lo que esperan de ti… y de los poderes que te implementa ese dispositivo que han enchufado a tus neuronas. No te necesitan para destruirla. Te necesitan para dominarla. Ven a la Criatura como una fuente de poder que hay que dominar. A esos cabrones les importa un bledo las vidas de la gente que ese bicho ha malogrado. Siempre ha sido así con los que gobiernan… los que tienen poder quieren más poder.

El Reverendo lo mira con severidad, como si sopesase la consistencia del carácter de Alain, y este experimenta a su vez cada uno de los pensamientos del Reverendo como el filo de una espada sobre su garganta.

—Te diré lo que deberás hacer si quieres salvar tu vida. Toma esto – Y el Reverendo extrae de un cajón de su escritorio un objeto similar a un dado, pequeño, un módulo cúbico de color amarillo con interfaces de conexión en cada una de sus caras.

—¿Qué es? – pregunta mientras toma el objeto, que siente frío y metálico entre las yemas de sus dedos.

—Un módulo Kesquer, por supuesto, para tu neuroimplante. El Kesquer que lo poseía me lo entregó me dijo que se lo diera… a un buen tipo. Sí, eso dijo antes de morir.

—¿Para qué sirve?

Pero la pregunta de Alain queda sin respuesta.

Algo atraviesa la techumbre y alcanza al hombre de color en el pecho con un susurro sibilante. El Reverendo se derrumba con estrépito, como si una gran roca invisible se hubiera precipitado del cielo sobre él. Alain siente que algo le ha salpicado su traje y al pasar la yema de los dedos descubre un fluido rojo.

A través de varios agujeros abiertos en el techo por múltiples

balas de gran calibre, Alain descubre la silueta de un enorme helicóptero que sobrevuela el lugar sin que sus rotores, apenas audibles, delaten su presencia. Cuando sale al exterior el panorama es dantesco. Nadie ha sobrevivido. El poblado que escasos minutos atrás era un hervidero de gente se ha convertido en un escenario apocalíptico, donde los muertos yacen allá donde dirija la mirada. *No han tenido tiempo ni de gritar. Los dos chavales que me encontraron están acribillados…*

Varios helicópteros sobrevuelan el lugar, como funestas aves de rapiña, moviendo los cañones de sus ametralladoras buscando siniestramente nuevos blancos sobre los que disparar. *Miras infrarrojas traspasamuros… Ni siquiera se han salvado los que se encontraban en el interior de las cabañas…*

Uno de los helicópteros ha tomado tierra en un lugar cercano. Sus hélices levantan un viento de polvo tan gris y desolador como el escenario que le rodea. Varios hombres armados han emergido de sus tripas y se dirigen hacia él. Sus rostros están cubiertos por máscaras de combate y los emblemas de sus uniformes, por completo distintos a los lunares, muestran los colores del ejército americano.

—Vamos muchacho, tienes tarea por delante – le ordena un oficial con ademán severo.

Alain duda. ¿Podría oponerse?

El Reverendo dice que tengo poderes… pero cuáles… ¿De qué coño me sirven si no tengo ni idea de lo que puedo o no puedo hacer?

—No. No pienso moverme de aquí hasta que no me expliquen…

Pero las palabras de Alain son interrumpidas por un fuerte pinchazo que le alcanza en el estómago y lo deja sin respiración. Observa atónito que un francotirador de uno de los helicópteros le ha disparado lo que parece ser un dardo tranquilizante. Su vista se nubla y le cuesta horrores tomar aliento. Cae, pero incluso antes de derrumbarse lo toman en volandas y lo llevan al helicóptero, donde lo depositan en el suelo de la carlinga. El aparato despega mientras una nueva oleada de un sopor insalvable se apodera de él.



Están llegando. Oye el intercambio de instrucciones entre pilotos y base. Alain ha vuelto en sí y se siente con fuerzas. Se incorpora y toma un asiento junto a una ventanilla. No va en un helicóptero, sino en un transporte aéreo que se mueve a considerable velocidad. No obstante, las turbinas inician una maniobra de aerofrenado desplazándose desde su posición horizontal a otra vertical. Entonces la ve.

La Criatura…

Se queda sin aliento. Ya había visto imágenes suyas, pero observarla directamente le hace comprender lo sobrecogedor de su inmensidad y poder. Abarca todo el horizonte, y sobresale por encima de las nubes, erigiéndose en un apéndice amorfo, como si fuera un brazo colosal capaz de sobresalir de la atmósfera de la Tierra y alcanzar las estrellas. Su base abarca continentes enteros… continentes que en su día fueron diezmados y cuyos supervivientes se aglutinan en dónde pueden… los más afortunados, en la Luna.

El color de la Criatura es difuso, ligeramente tornasolado en función de cómo incide la luz sobre esa superficie inmensa de apariencia traslúcida, pero oscila entre un anaranjado suave y un rosa pálido. Alain lo comprende cuando la observa mejor configurando intuitivamente las opciones de su visor. Es transparente en determinados espectros de luz… *Es … es algo parecido a un ser de*

energía de naturaleza desconocida…

—¿Estás listo para dar por saco a ese bicho? – Es el oficial que lo interpeló en el poblado. No puede ver sus ojos, ocultos bajo unas gafas de sol opacas. Es la primera vez que dice algo, pero Alain calla. Sus sensores cerebrales muestran un sinfín de parámetros variables que le sobrecargan de información. “100% HOSTIL” parpadea finalmente remarcando el contorno en rojo del oficial.

¿Qué coño puedo hacer yo para destruir semejante ser? ¡Y este oficial me tiene verdadera tirria! Los lunares no somos bien vistos aquí abajo.

Siente una ola de absoluta impotencia que le hace sonreír. Un sensor le advierte que le quedan menos de cinco minutos de vida de la batería. Se inicia una cuenta atrás con el resultado de “muerte” anunciado por una calavera parpadeante que se interpone en su campo visual.

La aeronave empieza a perder altura rápidamente y Alain comprende que se dirigen a un campamento militar en el que se percibe un gran movimiento de tropas y una importante acumulación de armamento pesado.

La maniobra de aterrizaje es rápida y certera y, para alivio de Alain, un soldado aguarda con una batería que entrega a su compañero de asiento que se apresura a realizar la sustitución con movimientos impecables. Por unos segundos Alain queda completamente a oscuras, sumido en una negrura absoluta, ausente del mundo. Pero tras un aviso de “Sistemas reiniciando” todo vuelve a la normalidad.

“Batería 100%”, avisa el neuroimplante.

De inmediato se abre la compuerta de la cabina y el oficial le hace una señal para que le siga. Observa que tan pronto llegan a dónde se encuadra una comitiva de bienvenida, los militares presentes se envaran y le tratan con sumo respeto. No sólo lo ve, lo percibe a través de su visor como una oleada de información que sintetiza las emociones de cuántos le rodean. *No sólo es respeto… me temen… y me odian*. De hecho, Alain se da cuenta que basta fijar la mirada en un grupo de soldados para que estos inmediatamente alteren su ritmo cardíaco y suden. *¿Qué coño puedo hacer que inflijo tanto miedo?* Es una sensación de poder que a Alain le resulta desagradable.

El oficial lo conduce acompañado por un pelotón de soldados fuertemente armados hasta lo alto de una colina en la que se ha

dispuesto un pequeño destacamento y varios jefes militares están departiendo. Pero su conversación cesa tan pronto llegan. El que parece ser el militar de mayor rango se aproxima a él. Está rígido y habla con respeto.

—Bienvenido al punto de encuentro Alfa, señor. Es un honor servir bajo su mando. Soy el Coronel Mc Allison, del ejército de los Estados Unidos de América… o más bien de lo que queda de ese ejército y de esa nación.

Y el Coronel extiende satisfecho su mano abierta en busca de la de Alain, que responde mecánicamente. Alain se ha sobresaltado al oír decir “bajo mi mando”. *Aquí debe haber un error.*

—Acompáñeme por favor. —El militar lo conduce por un sendero polvoriento hacia un mirador existente en lo alto de la colina. El oficial de gafas de sol y máxima hostilidad los acompaña junto con un pelotón de soldados. El Coronel no para de parlotear ufano, a viva voz, como si la batalla dependiera de él y todo estuviera bajo control – Con el debido respeto, señor, confío más en las nuevas atómicas que en lo que pueda hacer un Kesquer – Dice risueño y suelta una carcajada – Esas poderosas atómicas… la última generación… lo nunca visto… como digo yo, van a convertir a ese bicho en mermelada – y vuelve a reír ufano de su bravuconería. – En cualquier caso, se mire como se mire, no desprecio en absoluto el papel de los Kesquer. Hace falta ser valiente… es un trabajo muy arriesgado… qué digo arriesgado, ¡es suicida!

Alain examina sus constantes vitales. Se da cuenta de que, por la razón que sea, el Coronel está fingiendo. No se cree lo que dice.

Terminan el ascenso de la colina. A sus pies se extiende, después de un pronunciado acantilado, una vasta llanura de sembrados de maíz de un verde reluciente, que finaliza abruptamente en la silueta amorfa e indescriptible de la Criatura, cuya pavorosa inmensidad se pierde en ambas direcciones de la línea del horizonte. Las nubes ocultan su altura, pero Alain ha grabado en su retina cuanto vio mientras viajaba en la aeronave minutos atrás.

—Tome estos prismáticos, señor, y observe justo a las doce… allí está el objetivo, la grieta— dice el militar mientras señala una dirección. – Aguarde aquí mientras departo con el Estado Mayor… tengo una teleconferencia con esos malnacidos – murmura el Coronel mientras señala una tienda de campaña abierta en la que varios monitores muestran diferentes semblantes de hombres y mujeres de

aspecto maduro y expresión severa que, al parecer, aguardan al Coronel.

Alain no necesita los prismáticos y desestima el ofrecimiento. Su visor amplía automáticamente el enfoque e inmediatamente reconoce el punto en el que el militar quiere que centre su atención. Al parecer el fuego de artillería ha abierto una brecha en la constitución extraña de aquel ser. El terreno accidentado de una ladera muestra una cicatriz oscura, una abertura en la tierra de un centenar de metros de largo. Aún se siguen lanzando proyectiles que impactan sobre la superficie de la Criatura sin causar daño aparente. El eco de los disparos resuena en las montañas y tarda en apagarse.

— Todos confiamos en su habilidad, señor… – el Coronel ha reaparecido a sus espaldas escasos minutos después de haberlo dejado. Lo escolta un grupo de militares, encabezado por el oficial del helicóptero que comanda un pelotón de soldados. Su semblante no parece tan ufano como cuando lo recibió.

—Puede llamarme Alain.

El militar hace un gesto grave.

—Muy bien… muy bien… Esto es lo que vamos a hacer…. – Alain observa perplejo al Coronel, su pulso acelerado, partículas de sudor acumulándose en las sienes. *Aquí pasa algo raro. Está muy nervioso.* – Esto es lo que vamos a hacer…

El Coronel mira en derredor suyo. Observa al oficial que le ha conducido hasta allí, impertérrito, oculta su mirada tras sus gafas de sol. Mira al pelotón, que aguarda con aire aburrido a su alrededor mientras repasan sus pertrechos y armas, y a un corrillo de varios oficiales que han salido junto con el Coronel de la tienda de comunicaciones y departen a unos metros de distancia. El Coronel se atusa el bigote.

— Sus científicos le explicarían convenientemente cuál es su cometido una vez esté en el interior de la Criatura… me imagino – le murmura el Coronel disimuladamente evitando que sus oficiales y soldados sean testigos de la consulta.

Me temo que no me ha explicado una mierda.

—Así es, en efecto – responde Alain porque sabe que el militar es más ignorante que él mismo e intuye que cualquier contrariedad puede desmoronar su voluntad, sometida a una presión intensa.

—Muy bien… pues esto es lo que vamos a hacer. – Y se gira hacia su tropa – Capitán Cuningan, su pelotón escoltará al Kesquer lo más próximo a la Criatura, hacia la grieta, para que efectúe contacto según los parámetros establecidos. Asegúrese de llevar varias baterías de recambio, las puede necesitar. Esas pilas se consumen en un santiamén.

El Capitán se envara, tenso. Es evidente que sufre un grave desconcierto.

—Pero señor… es un maldito lunar… el Alto Mando…

El Coronel se impone.

—Aquí, y para usted, el Alto Mando soy yo.

El capitán saluda militarmente, pero más lento de lo habitual. Alain capta sus pulsaciones aceleradas. Se da cuenta que también su voluntad está siendo sometida a una enorme presión.

El Coronel da media vuelta y sonríe de nuevo a Alain, de oreja a oreja, campechano, y le estrecha la mano. Un rictus de tensión desfigura lo que debía ser pura cordialidad.

—Hijo, estamos todos con usted… — después le murmura, inclinándose hacia la cabeza de Alain – personalmente creo que las nuevas atómicas son una mierda, así que vaya con Dios – y le palmotea la espalda.

Después le deja solo, a excepción del oficial y su pelotón, que aguardan unos metros por detrás.

Alain escruta con su visor especial la grieta que le ha indicado el militar. *Es allí donde debo ir.*

Se vuelve y hace un gesto al Capitán para indicarle que está listo. Éste rápidamente asigna órdenes y la tropa se apresura a subirse a varios vehículos ligeros. Le hace un gesto hosco a Alain para que lo siga.

Sube a un jeep militar junto con el oficial y un pelotón de soldados pertrechados con armas y equipo. El vehículo emprende el descenso de la colina, seguido de dos jeeps más de escolta, que levantan una aparatosa polvareda tras de sí. Se dirigen raudos hacia su destino a través de la llanura. A su paso dejan a ambos lados huestes de tropas y numerosas baterías de artillería y tanques. Varios

vehículos de escolta se unen a su marcha.

—Son los últimos efectivos operativos para combatir a la Criatura. Están aquí para habilitar tu entrada – explica el Capitán.

—No parecen muchas tropas.

El oficial se vuelve hacia él. Tarda en responder.

—El resto está ocupado en otras guerras – murmura el Capitán mientras dirige su mirada al frente.

Superan varios controles militares. Las barreras y barricadas se retiran a su paso y el jeep apenas tiene que frenar. Los vehículos de escolta se detienen en lo que parece ser el último control. Siguen ahora por una carretera de tierra que cruza un extenso campo de maíz. Después lo dejan atrás y toman una desviación llena de baches que primero serpentea junto a un pequeño cauce de agua y finalmente emprende un sinuoso camino de ascenso por la falda de la montaña.

La Criatura se aposenta sobre las estribaciones montañosas como si fuera un gran fardo viscoso que se ha derramado sobre el mundo. Están muy cerca de ella. Alain observa su superficie y comprende que no se trata simplemente de una piel rugosa y amorfa. Está viva. De su superficie de aspecto húmedo, aceitoso y traslúcido, surgen infinidad de filamentos de distintos tamaños que palpan el terreno y se nutren de lo que encuentran, todo tipo de plantas, árboles y arbustos, que son arrancados de la tierra lenta e inexorablemente. Pero Alain comprende también que hace lo mismo con cuantos seres vivos se aproximan a él, sean insectos, animales… o personas. Una vez que un filamento de la Criatura toca algo o alguien su misteriosa textura se extiende rápidamente hasta atrapar por completo a su víctima y una vez capturado introducirlo en el interior de su inmensa masa.

Y yo voy a entrar dentro de esa cosa por mi propio pie. Seguramente moriré… pero ahora que me han destrozado con el neuroimplante ¿tiene algún sentido mi vida? Estoy sentenciado… ¿Qué será de mí si sobrevivo a la Criatura? Sí, voy a morir de una manera u otra… ¿Qué hago? No tengo escapatoria… ¿Intentaré al menos algo con la Criatura? Es absurdo… todo es completamente absurdo.

El Capitán detiene el vehículo y el pelotón se parapeta rápidamente a su alrededor mientras Alain desciende con calma. Observa la inmensidad de la Criatura extendiéndose por toda la ladera de la montaña, abarcándolo todo. Después dirige la mirada hacia los campos verdes de maíz y las tropas en formación que apuntan sus

armas en su dirección. Capta el enorme nerviosismo de los hombres que le rodean, incluso intuye nítidamente el pensamiento del oficial, su pulso acelerado, su hostilidad en niveles máximos… *Mejor será que me ponga en marcha… esto no pinta bien.*

Observa a la tropa. Uno de los soldados carga con la mochila que contiene las baterías de repuesto. Alain se tranquiliza pensando que a lo mejor sí escapa de todo con bien. Después escudriña la grieta, una hendidura en la tierra, como si la montaña se hubiera desgajado a raíz de un gigantesco terremoto. Observa que la hendidura, de unos diez metros de abertura y cien de largo, muestra en una de sus paredes laterales una gruta natural que ha quedado expuesta. Los escáneres del neuroimplante rápidamente establecen que es la ruta adecuada para acercarse a la Criatura.

—Atención, tropa. Tenemos aquí, entre nosotros a un traidor, un lunar. ¿Vamos a colaborar con un agente enemigo de nuestra nación? Su gente ha contribuido al mal que padecemos, nos han robado, nos han abandonado, nos han matado.

Para sorpresa de Alain es el Capitán el que ha tomado la palabra. De un vistazo se hace cargo de la situación.

Un suboficial, un hombre fornido, de color, no duda en responder.

—Señor, cumplimos órdenes del Coronel.

—El Coronel no está cumpliendo las órdenes del Alto Mando. Las ha cambiado. Es un traidor.

—Disculpe, señor, pero eso ni usted ni yo lo sabemos.

El Capitán quita el seguro a su arma. Otro tanto hace el resto de la tropa. Alain observa impotente el debate entre dos grupos de combatientes que se decantan por decisiones completamente opuestas.

—Hagámoslo, señor. Es un puto lunar – uno de los soldados, rojo como la grana, vocifera a favor del oficial.

—Eres un traidor. Te debes al Coronel – le replica otro mientras alza su arma amenazadoramente.

—Tú eres el traidor – replica un tercero mientras apunta con su arma al que ha gritado.

En un segundo todas las armas están cargadas y listas para

disparar, la tensión es máxima. Todos se apuntan entre sí.

—Debemos detener… — el suboficial no puede concluir su discurso. El Capitán ha abierto fuego y se desencadena un intercambio de disparos de armas automáticos, un crepitante martilleo que va segando vidas entre los dos bandos, soldados que de improviso son enemigos unos de otros, situados en posiciones al azar, que de pronto descubren que el compañero junto al que se encuentran es su más mortal enemigo.

Cuando cesa el fuego todos los hombres han caído al suelo. Todos menos el Capitán. Tiene un brazo ensangrentado, pero le basta el otro para sostener su fusil automático y apuntar a Alain.

—Muere traidor.

Sus palabras están cargadas de un intenso odio. Alain observa perplejo cómo se desarrollan los acontecimientos, pero ni siquiera es capaz de articular una defensa. No puede hacer nada contra ese sentimiento tan intenso.

El Capitán apunta al corazón de Alain… y de pronto su cabeza, la del militar, estalla.

¿Qué ha pasado aquí?

El neuroimplante le proporciona la respuesta. Toma el control de la interfaz y reconstruye la trayectoria del proyectil. El visor escudriña el lugar de donde procede el disparo y le proporciona una imagen ampliada de la colina donde estaba el puesto de mando. Es el Coronel, junto a un francotirador, que le sonríe pletórico. Su visión prismática detecta que está diciéndole algo desde la distancia. Puede leer sus labios

—Ánimo, chico, segu…

Pero todo es sustituido por una inmensa voluta de fuego. Es un helicóptero que ha lanzado sendos misiles aire tierra y ha volatilizado al Coronel y su francotirador. Alain lo observa mientras se da cuenta que está girando y apuntando en su dirección. Se queda sin resuello cuando sus sistemas neurales artificiales le avisan de que ha sido fijado como blanco de dos misiles disparados en su dirección.

¡La mochila con las baterías!

Sus sensores rápidamente identifican la mochila en cuestión,

tirada en el suelo junto al cadáver del soldado que la transportaba, pero la interfaz la resalta con un llamativo color rojo.

“POSIBILIDAD DE ÉXITO 0%”

No hay tiempo para cogerla. Alain da media vuelta y se lanza en la hendidura. Cae sobre una roca plana y logra dar varios pasos en dirección a la entrada de la gruta, cuya silueta su sensor remarca con un contorno verde. Tres pasos en la dirección correcta y una explosión ensordecedora se transforma en una onda de choque que lo empuja varios metros hacia delante. Se apaga la luz de sol, el aire, caliente, como si hubiera abierto la puerta de un horno a máxima temperatura, se llena de polvo y resulta irrespirable. Llueven cascotes y tierra a su alrededor. Alain gatea apresuradamente en dirección hacia lo que sus sensores, en verde, le indican como un lugar seguro.

Por fin se detiene el estrépito. Alain mira a su alrededor y lo comprende de inmediato. Está sepultado, atrapado entre rocas, en el interior de una cueva a la que ya no llega la luz del sol, y su vida depende de una batería neural a la que le quedan pocos minutos de carga útil.

Respira agitadamente. *Ha llegado mi hora… todo es inútil… nada merece la pena… todo esto es irreal… es una pesadilla… voy a morir…*

“Segregando neurotransmisores con propiedades ansiolíticas”. El neuroimplante corrige su paroxismo.

En escasos segundos Alain siente que su cabeza se enfría y el pulso se ralentiza. Inspecciona el lugar con su visor especial. La gruta se adentra en lo profundo de la montaña. Su escáner le muestra un camino serpenteante, que se hunde en la roca, y que no parece fácil de explorar. Se lamenta por las baterías que estaban tan cerca y tuvo que prescindir de recuperarlas. *Me han convertido en un monstruo… al menos demos sentido a esta farsa.*

Con movimientos torpes se pone en pie. Descubre que su visor le indica dónde debe apoyarse, tanto para pies y manos el sensor ilumina en verde las superficies seguras, y en cambio, otras las marca en rojo, descartándolas por inestables.

Desciende velozmente. Una vez que adquiere confianza con su sistema de detección el paso es fluido pese a que se mueve en absoluta oscuridad. El indicador de batería marca un minuto de vida. *Qué estupidez todo. Morir así. Quién me mandaría a mí…*

Pero sus pensamientos se interrumpen en ese punto. El escáner de la interfaz le muestra que ha llegado a una caverna de techo elevado que forma una gran bóveda natural. Sus pasos resuenan con gran estrépito de ecos. Pero lo que le detiene no es la gruta en sí misma, sino descubrir que al fondo, gran parte de la cavidad está ocupada por una sustancia gelatinosa que se desplaza, cruzando la roca como si ésta fuera permeable a la consistencia de la Criatura.

Alain avanza decidido por un terreno que ahora es llano y pedregoso, con pequeños cantos rodados que crujen con cada pisada. El suelo esta humedecido por una pequeña corriente de agua helada que Alain percibe a través de su calzado.

La Criatura…

La batería vuelve a avisar… 30 segundos.

Piensa en tocarla… aunque sabe que eso podría matarlo. Pero la idea le resulta indiferente. El neuroimplante ha segregado tantos neurotransmisores que se siente impasible.

Aún está observando la consistencia de esa sustancia de textura misteriosa cuando descubre que sobre él se ha formado un tentáculo, una extensión de la Criatura que, sin que pueda hacer nada por impedirlo, se abalanza y lo envuelve completamente.

Oscuridad absoluta.

Sus sensores dejan de estar operativos.

Ya está, he palmado.

Fuerte impresión de vértigo. Como si cayera en un vacío abisal. Tan fuerte es el tirón que hasta le cuesta respirar.

Sin embargo, mi pelo no se agita por el viento ni siento en mi piel el rozamiento del aire… pero estoy acelerando, me muevo a una velocidad vertiginosa… ¿a través de la Criatura?

De pronto se ha detenido sobre terreno firme. Pierde el equilibrio y cae sobre un suelo arenoso, tibio. Lentamente se pone de rodillas y escruta la oscuridad a su alrededor.

Nada.

—¿Hay alguien ahí?

Sus palabras apenas son audibles. Es como si estuviera en un cuarto insonorizado que impidiera cualquier eco. La batería ha aumentado su carga, no mucho. Alain comprende que la Criatura lo mantiene con vida.

Sintonizando… sintonizando…

Sorprendentemente su visor está activo, aunque él no lo percibe. El aviso suena repetidamente.

—Pequeño ser….

—Curiosidad….

—Molesto…

—Rabia…

Alain se revuelve en todas direcciones sin percibir ningún cambio en la oscuridad que lo rodea.

—¿Quién habla conmigo?

Sintonización 100%.

—Yo.

—¿Quién eres tú?

—Soy Gi-Than

—¿Eres la Criatura?

—Así me llaman los pequeños seres molestos como tú.

—¿Has venido a la Tierra para matarnos a todos?

—¿La Tierra? ¿Este planeta? No, no he venido a matar a nadie. A mi me da igual la vida de seres individuales, pequeños y egoístas… y primitivos…. Aunque supongo que sí, que así sucederá.

—Pero entonces… ¿a qué has venido?

—He venido por la energía… por el calor…

Sintonizando… sintonizando…

—…Supervivencia…

—…Especie…

—…Insidioso ser…

Sintonizando… sintonizando…

—Pero nos vas a matar a todos. Miles de millones de seres inteligentes… es un crimen. ¿No podrías buscar ese calor en otro sitio?

Sintonizado 100%.

—Da igual…. Este sistema solar… esta galaxia… va a desaparecer. Pero pequeña criatura… resultas molesta. Tus preguntas me interpelan constantemente. Abres canales de comunicación sin cesar… Eres molesta, insidiosa. No quiero hablar contigo… con ninguno de tu insignificante especie.

De nuevo una creciente sensación de vértigo en medio de la cual el visor le advierte que la batería del neuroimplante se ha cargado mínimamente. Alain siente miedo… ¿dónde va a acabar ahora? De vuelta en la gruta en la que…

Agua… agua helada… No puede respirar. *¿Dónde he ido a parar?* El visor le alerta que está a diez metros bajo el nivel de las aguas. Alain bracea con toda la fuerza de sus brazos y en pocos segundos alcanza la superficie. Está en mitad del océano. Boquea ansioso. Mira en derredor. Es una tarde desapacible, de nubes grises que oscurecen el sol en el poniente. El viento deshilacha las nubes en jirones y la Luna brilla por encima de ellas, sin que estas puedan ocultar su fulgor. El satélite, pálido y etéreo, es testigo de su situación desesperada.

Mi casa… allí arriba. Jamás regresaré.

El frío entumece sus articulaciones. Pese a que debe agitar los brazos y piernas para mantenerse a flote, el peso del casco con el neuroimplante resulta insoportable. Se hunde, traga agua, vuelve a salir a flote y tose copiosamente. Las olas lo agitan sin piedad, consumiendo sus escasas energías en lograr mantener la cabeza por encima del agua. El proceso se repite varias veces. Se está quedando sin fuerzas. El oleaje lo zarandea y lo arrastra en volandas y ocasionalmente queda por debajo de las olas durante segundos interminables hasta que milagrosamente vuelve a salir a flote.

De pronto el visor marca en verde un contorno en mitad del mar.

¿Qué diablos es eso? ¡Ahí no hay nada!

Hace un esfuerzo supremo. No siente los brazos, su cuerpo ha perdido todo el calor y agita desordenadamente los brazos que se han convertido en apéndices insensibles, intentando avanzar en esa dirección. El neuroimplante advierte que el esfuerzo agota rápidamente la batería.

De pronto sus pies tropiezan un lugar firme que desaparece inesperadamente, pero en cuanto extiende las piernas lo vuelve a sentir. Se yergue y el agua le llega a la cintura… pero el vaivén de las olas lo desplaza, elevándolo… y después cae de nuevo sobre la superficie dura. No es roca. Le ha parecido metal. Observa como el oleaje rompe contra un dique más adelante. Avanza en esa dirección y trepa a una plataforma de rejilla… queda por encima de las olas.

Parece que estoy en mitad del Océano… no se divisa ninguna costa… ¿qué lugar es este?

20 segundos de batería.

Apenas hay luz. El sol se ha ocultado tras un horizonte copado por las nubes que acelera la transición nocturna. A la débil luz crepuscular percibe una pequeña estructura tubular que sobresale unos tres metros sobre la plataforma en la que se halla. Es una silueta oscura y cilíndrica que apenas contrasta contra la oscura línea del horizonte como una sombra difusa.

Se encamina hacia ella. Tirita convulsivamente. La brisa marina acrecienta su sensación térmica de un frío mortal. Llega hasta la estructura. Una puerta de esclusa con una rueda giratoria la cierra a presión. Intenta girarla para abrirla… pero es incapaz. No tiene fuerzas ni siquiera para pedir auxilio. Una cámara de seguridad lo observa, insensible a su desgracia.

Batería 0%.

Todo se oscurece. Alain experimenta un silencio mortal. Sus sentidos se apagan y todo queda sumido en la oscuridad. ¿Ha caído al suelo? No lo puede saber, pero lo supone. No percibe nada, no siente nada.

Supongo que todo esto tenía que acabar así.



Luz. Calor.

La sensación es agradable. Oye sonidos… voces…

Sintonizando… Sintonizando…

—… batería….

—Neuroimplante…

—Kesquer… jodido…

Sintonizando 100%

—Está recuperando las funciones vitales.

—Es un puto lunar, fíjate en el emblema del casco.

—Lo tiene crudo aquí… — una risa – Lo hemos salvado para nada, me temo.

El neuroimplante se activa. Está en una sala mal iluminada. El aire, que al menos es cálido, le resulta difícil de respirar. Está viciado y es húmedo. Un sensor le confirma una alta concentración de CO2. Observa varios carteles ocupando parte de una pared desnuda escritos con caracteres cirílicos y figuras humanas desdibujadas en posiciones

que evocan fuerza, victoria, triunfo.

Sintonizando… sintonizando….

De pronto el lenguaje extraño de los carteles se hace comprensible. “Sobreviviremos”. “Derrotaremos al enemigo”. “Muerte a los pueblos traidores”. “Las nueva Rusia sumergida será invencible”.

Varias personas entran y salen de su campo visual. Un par de ellas visten batas blancas. Una mujer con camiseta de axila gris, pelo corto y rapado al estilo militar, está sentada y lo observa con cara de pocos amigos. Su mano descansa en el cañón de un kaláshnikov que mantiene en posición vertical, apoyado en el suelo. De pronto toma el arma en un movimiento fulgurante, apuntándolo.

—Atención. El maldito Kesquer está vivo. Se mueve. Deberíamos ejecutarlo ya. Es un puto lunar.

—Calma, Saba, está controlado. En todo caso no eres tú quien debe determinar la condena del Kesquer. Y, además, este hombre ha estado a punto de morir y le hemos salvado la vida. Ha tenido suerte, llegar a nosotros justo antes de la inmersión. Y además, no es fácil hallar una pila nueva para un Kesquer, y menos por estas latitudes. No creo que tenga ánimo de aniquilar a sus rescatadores. ¿No es verdad señor…?

En el campo visual de Alain, que comprende que está tumbado en una camilla, aparece el semblante de una mujer madura de pelo rizado y oscuro que lo mira desde arriba. Sus rasgos son amables. Le sonríe. Viste una bata blanca.

—Alain – murmura.

—Eres un lunar, ¿no es así? – pregunta un hombre de barba cuidada y bigote poblado que se sitúa en el otro lado de la camilla. También lleva bata blanca. Sus rasgos son más severos, sensación acrecentada por unas gafas de montura estrecha, y la entonación con la que se dirige hacia él también es hosca.

—Igor, no seas descortés con nuestro náufrago – protesta la primera.

—Me limito a preguntar, Mariya – se defiende el otro.

—Basta… aquí la única que va a hacer las preguntas es la oficial de interrogatorios – dice Saba con tono cortante.

—Oh, venga ya, Saba… ¿oficial de interrogatorios? Dirás que se ocupará la única oficial que queda a bordo – dice la mujer de la bata con tono divertido. – La pobre teniente Ribenkova no da para más. Con todos los problemas que tiene este enclave y sus casi dos mil almas… interrogar al Kesquer, como si no tuviera otra cosa que hacer. Y después dar cuentas al Consejo Político. No, eso no va a ser nada bueno, sabiendo como piensan unos y otros.

Alain siente como Mariya coloca su mano sobre la suya. Después lo observa con ternura.

—¿Qué pretendías hacer aquí? Un Kesquer en pleno Océano Índico… — le murmura a modo de pregunta.

Alain suspira. Observa el lugar en el que se encuentra. Parece una enfermería, a juzgar por los muebles acristalados atiborrados de botes etiquetados que parecen medicamentos. Pero el techo y paredes están repletos de conductos y cables, marcados con señales, algunas de peligro. Le recuerda al aspecto de un submarino en el que todo está hacinado, hay innumerables señales de óxido y se oyen discretos goteos que proceden de puntos cercanos pero invisibles.

—Contacté con la Criatura… y después aparecí aquí – explica con voz débil.

Igor suelta una risotada.

—¿Contactaste con la Criatura?... ¿y sobreviviste para contarlo? – de nuevo ríe, un tanto histérico. Alain ha detectado a través de su visor sus pulsaciones desbocadas – No creo que nadie aquí crea algo tan inverosímil. Todos sabemos que la Criatura aniquila a todo el que se acerca a ella. Es una maldición, una plaga bíblica. Basta con que te toque – sentencia.

—Ya está bien de plagas y de tonterías – una voz nueva irrumpe en la estancia. Es una voz de mujer y al poco entra en su campo visual. Lo está estudiando minuciosamente. Es gruesa y rubicunda y su expresión al mirarle es ceñuda. —Así que es verdad. Es el emblema del Bando de la Luna – finaliza con un murmullo de sorpresa.

—Sí, soy un lunar, no tengo reparo en admitirlo.

—Mal asunto para ti – responde la nueva voz. La mujer le mira inquisidora. Su expresión es indescifrable para Alain, y su pulso, según le revelan sus sensores, firme como el tic tac de un reloj de precisión. El uniforme caqui, desgastado y sucio, luce varios galones — ¿Y qué

haces aquí… y cómo sabes nuestro idioma? ¿Tienes ascendencia rusa, acaso?

Alain niega con un gesto. Le resulta incómodo hablar tumbado y todavía no ha recuperado el calor completamente. Varias mantas se apilan sobre su cuerpo entumecido, pero al menos, seco.

—Puedo entenderos gracias a un implante neuronal.

—Sí, ya vemos que eres un jodido Kesquer. ¿Y dices que tu implante… sirve para comunicarse? ¿Seguro que no eres un jodido psicópata que mata a todo el que se cruza contigo? – pregunta de forma agresiva.

—No, por Dios. Mi implante tiene un algoritmo que yo mismo desarrollé. Un programa capaz de resintonizar un idioma en cuestión de segundos… permite a mi cerebro entender lo que decís y replicar en el mismo idioma. Incorpora una base de datos extensísima y es, entre otras cosas y sobre todo, capaz de contactar con la Criatura.

—Nadie lo había conseguido nunca… ¿y un lunar lo va a lograr ahora? – replica la oficial incrédula.

—Lo sé. Sospechábamos que la Criatura nos eludía. No quiere hablar con nosotros y cambia la frecuencia de sus pensamientos. Yo… fui capaz de eludir ese problema… y resolverlo – Alain concluye con amargura su explicación. Se da cuenta de que si no hubiera hecho ese descubrimiento seguiría viviendo con normalidad en la Luna y la pesadilla en la que se había transformado su vida no se habría desatado.

—De todas formas más vale tenerlo bien sujeto. No me fío un pelo de estos putos mierdas – tercia Saba, irrumpiendo en la conversación con voz áspera. – No entiendo por qué el Bando de la Luna debería involucrarse en esta guerra. Ellos están allí a salvo. ¿No querrán dominar a la Criatura y exterminar a los terrestres que quedamos?

Alain niega lentamente con la cabeza.

—No… creí entender que la Directora Ejecutiva se jugaba el cuello. Podía haberse reservado este descubrimiento, pero sin embargo prefirió seguir adelante con su plan descabellado.

—¿Plan descabellado?

—Utilizarme a mí para detener a la Criatura.

La oficial suelta una sonora carcajada, pero no ríe, sino que es una pantomima que refleja su incredulidad por lo que acaba de oír. Sacude la cabeza negando a creerse eso.

—Sabes que es así, Ivana… — es Mariya la que tercia en la conversación – En todos los bandos en los que se ha dividido la humanidad hay gente que…

—Ya, ya, ya…— interrumpe la teniente Ribenkova – A otra con esos cuentos de fantasía. Lo único que sé es que nos está persiguiendo una fragata china y como vuelvan a dar con nosotros… Ya he perdido bastante tiempo con éste. Me vuelvo al puente. Voy a ordenar una inmersión antes de que vuelvan esos cabrones. Hemos cargado los tanques de aire a tope.

La teniente está saliendo por la puerta de enfermería cuando es Igor el que apela a ella.

—¿Qué haremos con él?

—Ni tú ni yo haremos nada – replica la teniente tajante. – Será el Consejo de la ciudad submarina el que decida… aunque sabiendo cómo están los ánimos con los lunares… — la teniente hace un gesto explícito con el dedo rasgándose el cuello y abandona la enfermería.

Alain suspira y cierra los ojos.

—¿Hay alguna esperanza? – pregunta Mariya desconsolada. Alain ve por el rabillo del ojo que la soldado, Saba, hace un gesto, como ignorando una cuestión como esa.

—¿De veras crees que los lunares se van a preocupar ahora por lo que pasa en la Tierra? – es Igor el que interviene — No creo que lo que diga el Kesquer sea cierto.

—He dicho la verdad… — replica Alain, sin fuerzas – De todas formas, según la Criatura, Gi-Than, todo da igual… vamos a morir. No sólo es este planeta… es el sistema solar y la galaxia entera las que van a sucumbir.

Alain *observa* la expresión de perplejidad de Mariya e Igor. Ambos han entrado en su campo visual.

—A mí particularmente me da igual… Mi vida es corta… dependo de unas baterías que consumo rápidamente. Es cuestión de poco tiempo que no halle reemplazo.

—¿Y qué es lo que va a pasar… con la galaxia? – pregunta Igor, temeroso.

—Lo ignoro… pero no parece ser que sea bueno – responde Alain – La Criatura, el Gi-Than, tenía …. Miedo – concluye Alain, sorprendido porque es ahora cuando realmente cae en la cuenta de lo que percibió cuando mantuvo la corta conversación con ese ser extraterrestre.

¿Miedo? Es verdad… lo analicé con mi implante… los sensores determinaron esa emoción en ella… y sin embargo no presté ninguna atención a su escrutinio. Tenía miedo de algo… o alguien… Lo cierto es que me percaté de un hecho sorprendente. ¡Huía! La Tierra solo es una parada en su camino.

Igor ríe.

— ¿No te das cuenta que miente? – dice mientras observa el semblante rígido de Mariya, preocupada por lo que acaba de oír – Es una pura fantasía, inconcebible… el final de la galaxia…

Mariya tarda en responder, pero lo hace con un argumento que ha sopesado.

—Yo le creo. Es lo que acaba de decir… a él le da igual, se ve

muerto… No tiene ningún incentivo en mentir. Si no lo condena el Consejo su batería fallará en poco tiempo y dudo mucho que hallemos ningún nuevo reemplazo en la ciudad submarina. Son difíciles de fabricar y mucho menos de localizar.

El grupo queda en silencio. La luz amarilla ha sido sustituida por una luz roja. Es la orden de silencio. Alain lo comprende sin que nadie se lo explique. Percibe la tensión en sus interlocutores, incluida Saba, cuyos músculos de los brazos se han crispado. El repiqueteo de una gotera provocada por una fuga de agua resulta insufrible.

Una brusca sacudida tambalea a todos los presentes y una multitud de objetos vibran en sus estanterías. Una explosión submarina cercana ha provocado que la estructura de la plataforma se retuerza y cruja como si fuera un juguete en manos de un gigante.

Y a esa explosión sigue otra… y otra. El sonido es ensordecedor, pero poco a poco da la impresión de que las nuevas explosiones se alejan de la plataforma submarina. Las sacudidas son más leves y las miradas entre los presentes están cargadas de angustia y alivio a partes iguales.

Después cesa el ataque… pero la luz roja sigue encendida y nadie se atreve a decir palabra.

De pronto la explosión que sigue es diferente. Alain diría que esta vez el enemigo ha dado en el blanco. La sacudida derriba a Mariya e Igor, que caen al suelo a pesar de estar agarrándose a partes fijas de la estancia. Incluso algunos muebles se tambalean y caen al suelo con gran estrépito de cristales rotos. La habitación se ladea casi treinta grados y Alain percibe que están adquiriendo velocidad de inmersión. La habitación empieza a encharcarse rápidamente, el agua fluye precipitándose en cascada por encima de la puerta estanca, que permanece abierta. Saba sale apresuradamente de la enfermería mientras Mariya e Igor pugnan por ponerse en pie. Alain permanece maniatado a la camilla, incapaz de hacer nada mientras observa que la inclinación del suelo se acrecienta y la estancia se inunda a ojos vista.

Igor ayuda a Mariya a incorporarse y a duras penas alcanzan la salida de la enfermería mientras observan a Alain que, inmovilizado completamente, empieza a tener los pies y tobillos bajo el nivel del agua, un agua gélida que provoca incluso dolor. Se retuerce en vano, ni tiene fuerzas ni es capaz de liberarse de sus ataduras.

De pronto un golpe seco, contundente, y la habitación y la

plataforma entera regresan lentamente a su posición horizontal. La enfermería empieza a vaciarse de agua. Alain oye la voz de Saba a sus espaldas.

—¿Estáis vivos? No por mucho tiempo me temo… venid conmigo, vamos a la planta superior, al menos estaremos secos.

—No podemos dejarlo ahí – Alain oye la voz de Mariya terciando a favor suyo.

—No sé yo… desde luego, ya no nos puede hacer ningún mal.

—¿Estás segura? – Igor parece dudoso al respecto, pero, antes incluso de que nadie responda, Alain ve a Mariya entrar en su campo visual y empezar a aflojar con contundencia sus ataduras de velcro. En pocos segundos ha liberado manos y tobillos y Alain logra incorporarse.

—Sígueme – le dice.

Abandonan el estrecho compartimento de la enfermería y acceden a un espacio oscuro pero amplio desde el que se distribuyen distintos pasillos y escaleras, todo construido sobre estructuras de rejilla. A la débil luz de las escasas bombillas de emergencia, que permanecen iluminadas, Alain observa su reflejo en la vibrante superficie del agua que se acumula una planta más abajo, un gran estanque cuyo nivel sube rápidamente. Varias cascadas de agua se precipitan desde plantas superiores y el grupo se ve obligado a traspasar varias cortinas de agua. Alain pronto queda completamente empapado.

Suben un nivel y acceden a una sala del doble de tamaño de la enfermería. Una docena de personas se reúnen allí. Alain los identifica con facilidad por el uniforme. Varios soldados, como Saba, algunos mecánicos, operarios manchados de grasa y aspecto sudoroso, y el propio cuerpo médico encarnado en Mariya e Igor.

—¿Qué ha pasado? – pregunta Mariya a Saba, que es sin duda la militar que se ha hecho cargo de la situación, a juzgar por cómo daba las órdenes cuando llegaron.

—Los putos chinos. Tenemos varios heridos… pero eso va a ser lo de menos. Hay varias vías de agua abiertas… y no tenemos herramientas ni medios para cerrarlas.

—No tenemos acceso a módulos de rescate… y tampoco disponemos de herramientas ni equipos de soldadura – explica un

hombre maduro que viste una camisa de axilas sucia y que luce una fea herida ensangrentada que recorre su brazo derecho. El blanco de sus ojos brilla en la penumbra acrecentado por el contraste de un semblante manchado de grasa. – Estamos incomunicados.

—Eso es absurdo, Alexey – responde Igor.

—No lo es si tienes en cuenta que este módulo se ha desprendido de la plataforma principal – corta Saba con mala cara.

—Pero…

—No hay nada que hacer. No responden desde el puente. Nos han dado de lleno y partido en mil pedazos… Putos chinos. Está vez nos han jodido. Estamos sobre el fondo marino… a casi trescientos metros de profundidad y no hay manera de salir de este embrollo. Esto es un ataúd. Lo siento chicos.

Un joven se asoma a la puerta. Su semblante trasluce miedo. Cuando su mirada se cruza con la del hombre que responde al nombre de Alexey mueve negativamente la cara.

—Mis hombres no pueden con la grieta en el casco… hay varias… y alguna de ellas va a reventarnos a todos.

Saba hace un gesto cortante. Está claro que no acepta la desesperación.

—Vamos a tener que renunciar a esta parte de la plataforma – tercia Saba, y señala un plano extendido sobre la mesa. Con un rotulador grueso realiza varios trazos y Alexey se aproxima a verlo. Asiente con la cabeza.

Igor que está cerca, protesta en un murmullo.

—Es un espacio diminuto para los que somos… —

—Manos a la obra. Hay que coger todo lo indispensable y trasladarlo al módulo del laboratorio. Es la única parte en la que podemos sellar las esclusas y no tiene ninguna fisura. Ahí podemos sentarnos a esperar a que ocurra un milagro.

Alexey va llamando a sus hombres. Les asigna cometidos concretos. Saba toma algunos soldados y les encomienda diversas órdenes que Alain capta a retazos. Hay que acaparar agua, comida, oxígeno y suministros de todo género. Mariya e Igor se aprestan a

ocuparse de todo tipo de cuestiones médicas. Pronto todo se convierte en un torbellino de gente que va y viene. El módulo de supervivencia lo constituye un largo y amplio pasillo que tiene una docena de compartimentos accesorios, seis a cada lado. No se trata realmente de un pasillo. Se parece más bien un taller mecánico mucho más largo que ancho.

Pronto los escasos supervivientes del módulo regresan cargados con fardos y enseres, botellones de agua y víveres, y equipamiento de todo tipo. Algunos gritos resuenan más allá de la puerta. Una de las grietas se agranda y la vía de agua cae con un estrépito creciente desde lo alto. Saba, que observa la situación, sacude la cabeza negativamente. Toma un micrófono de comunicación interna y avisa que va a cerrar la esclusa del laboratorio. Un minuto y el que no esté allí quedará fuera.

El resto de la tripulación se apresura a entrar. Alain observa que los indicadores del neuroimplante avisan de la escasa calidad del aire. El oxígeno escasea y hay pocas bombonas del gas en el compartimento. El neuroimplante le facilita una información que realmente preferiría ignorar.

“Pocas horas para morir de asfixia dependiendo del grado de actividad biológica de los supervivientes”.

—Faltan aún dos hombres.

Alexey impide que Saba cierre la puerta. Forcejean, pero al final la militar impone su voluntad. Sin embargo, a los pocos segundos llaman a la puerta. Alguien da gritos en el exterior. Alexey se apresura a abrir y dos de sus mecánicos entran portando a una militar herida. Entran dando voces. Rápidamente la dejan sobre una improvisada camilla mientras la esclusa se cierra con dificultad por la presión con la que entra el agua en el compartimento. Alain reconoce a la teniente que estaba al mando de la plataforma submarina. Está inconsciente y malherida. Una hemorragia empaña su camisa a la altura del abdomen. Mariya e Igor efectúan un reconocimiento rápido, retirando las vestimentas, que cortan rápidamente y limpian y desinfectan la herida sin apenas intercambiar alguna mirada.

Uno de los hombres habla con Alexey lo suficientemente alto para que lo oigan todos los supervivientes.

—El resto de la plataforma ha estallado. No ha quedado más que nuestro módulo intacto. La teniente estaba intentando poner a salvo a

los civiles cuando el techo colapsó.

Mientras el hombre explica lo que ha acontecido con el resto de la población de la plataforma submarina Alain observa a la teniente Ribenkova, que recupera levemente la consciencia y que ha girado la cabeza en su dirección, descubriéndole.

—Así que sigues con vida… — murmura con voz débil, casi inaudible.

Alain asiente sin responder palabra. Observa que Saba también ha reparado en que la teniente habla con él y sigue la conversación atenta si bien el estrépito de la sala le impide oír los susurros de la oficial.

—El Consejo optó por ajusticiarte…

La Teniente apenas puede hablar y gime por el dolor.

—Hay que inyectarle morfina – avisa Igor, ajena a esta conversación.

—No, ¡ni hablar! – la Teniente, que ha oído a Igor, protesta enérgicamente. No quiere perder la consciencia, aunque gime de dolor.

—Esto le va a doler – avisa Igor.

Pero la Teniente no está para atender al médico. Es la presencia de Alain lo que la inquieta. Quiere decirle algo, hablar con él. Debe acumular energías para explicarse. Tras largos segundos con los ojos cerrados, intentando contener el dolor, logra proseguir con la conversación.

—Sin embargo – dice con gran esfuerzo – creo que todavía puedes ser útil. Hay algo que solo el Consejo y yo sabíamos… respecto de esa maldita Criatura. Se trata de algo que descubrió nuestro equipo científico – respira agitadamente y la intervención médica crispa su semblante. – Debes saber algo de la Criatura… está extendiendo sus tentáculos hacia el centro de la Tierra… es como si quisiera… es como si quisiera … alimentarse de su calor…

Alain observa atento qué más quiere decirle la teniente, pero ha cerrado los ojos. Saba le observa con recelo. Se acerca a escuchar la conversación.

—Teniente, ¿el Consejo determinó la ejecución del Kesquer? –pregunta a la militar malherida.

Pero no responde. Es Mariya quien lo hace.

—No podrá responderte ya a esa pregunta. Ha muerto.

Alain comprende que todos están pendientes de él y saben que la teniente le ha musitado un secreto. Decide compartirlo.

—La teniente me ha informado de un descubrimiento acerca de la Criatura. Está extendiéndose a través de la Tierra hacia su centro, con el ánimo de extraer su calor… seguramente hasta agotarlo.

—¿Extenderse a través de la Tierra? ¿Está cavando un túnel? – le interpela Igor.

—No. La Criatura permea la Tierra, la atraviesa como si fuera un líquido o un gas. No pierde su consistencia, pero yo mismo di con ella en el interior de una montaña. Vi como se desplazaba a través de la roca como si fuera agua empapando la tierra.

—El consejo dictaminó su muerte — aseguró Saba, que mira a Alain con malos ojos.

—Nadie nos lo ha comunicado oficialmente – responde Mariya plantándose ante la militar.

Una sirena resuena, estridente, en la estancia.

—Estamos bajos de oxígeno – anuncia Alexey, que se apresura a conectar una de las bombonas del gas al sistema de aire del compartimento. Todos observan con nerviosismo su maniobra. Alain contempla sus pensamientos como si pudiera leerlos: ¿cuánto tiempo adicional nos proporcionan esas bombonas? El propio Alexey da la respuesta, señalando un tacómetro que indica el nivel de oxígeno en la estancia. El nivel de la aguja no se ha elevado mucho sobre el rojo.

—Y estamos a trescientos metros de profundidad… no hay solución – alega Saba— Deberíamos acabar con este lastre. Está respirando el aire que necesitamos.

—La Teniente dijo que aún podría resultar útil – Alain decide plantar cara a Saba. Se merece tanto vivir como cualquiera de ellos.

Reina el silencio. Solo interrumpido por Mariya al cabo de largos

segundos.

—Yo también lo creo. Es el único que ha contactado con la Criatura. Si hay algún canal con el que negociar o lo que sea… es él. Que yo sepa nadie lo ha conseguido hasta la fecha. Su vida puede tener un valor incalculable.

—Da igual eso ahora, Mariya – Saba responde con ánimo abatido — ¿Cómo vamos a salir de aquí? No hay naves de salvamento, ni minusubmarinos ni nada. No podemos salir ahí afuera con esta presión… y la única opción sería rogar a los chinos que nos ayuden.

—Nos matarían sin piedad – responde Alexey en voz baja.

—Nada que hacer, entonces… ¿no? Simplemente aguardar la muerte – concluye Saba.

—Al menos acabemos con ese. Es nuestro enemigo y consume nuestro aire – dice uno de los mecánicos secundando a la militar.

Saba niega, con aspecto derrotada.

—A lo mejor nuestras vidas tienen sentido si logramos que él sí salga fuera y sobreviva – es Mariya la que hace la proposición. Todos la miran asombrados. – Estamos en el taller mecánico. Disponemos de un sistema de pulmones artificiales y él es un Kesquer. Podríamos crear un sistema biomecánico de respiración, aislando la cabeza junto con el neuroimplante. No es muy difícil. Ese casco de titanio ya nos resuelve la mitad del problema.

—¿Pulmones artificiales, Mariya? – tercia Igor— ¿Pero y el resto del cuerpo? La presión lo desmenuzaría.

—Llegaría vivo a la superficie… seguramente con lesiones severas… pero si incorporamos un motor de torpedo eyectable… podría llegar a la costa africana. No está demasiado lejos.

Saba la mira con las cejas enarcadas, llenas de asombro.

Alain niega con la cabeza. El plan parece descabellado y prefiere asumir una muerte sencilla sin someterse a más tratamientos traumáticos.

—No sé si mi conocimiento es suficiente como para justificar…

Mariya interviene interrumpiéndole.

—No eres tú, Alain… es tu neuroimplante el que ha debido recoger información muy valiosa. Mientras estabas semiinconsciente me conecté a él y recopilas un conjunto de datos extensísimo. Es conveniente que vivas.

Alain traga saliva.

—Esa información… ¿podría servir para destruir a la Criatura? –pregunta Alexey incrédulo.

—Es la única que poseemos. Es la primera vez que veo que un Kesquer sobrevive a la Criatura. Sabes de sobra que todos nuestros Kesquer han perecido.

—Es un maldito lunar – dice con desprecio uno de los mecánicos, un hombre rubio de tez muy blanca.

—A mí me da igual qué Bando sea el que la derrote – contraargumenta Mariya.

Todos miran a Saba. Es la militar con mayor graduación y siente como las miradas se clavan en ella aguardando una decisión. Aprieta los dientes. No sabe qué decidir. El Consejo habría resuelto la ejecución del Kesquer… pero la Teniente habría desobedecido… lo presiente. Mariya tiene razón, pero ella misma odia a los lunares como la que más… Su cabeza va a estallar.

—Da igual todo eso ahora – es Igor el que interviene – Una operación del calado que propone Mariya es simplemente imposible. Necesitamos ejecutar una intervención de veinticuatro horas como poco… y nuestras reservas de oxígeno no nos van a permitir llegar siquiera a doce horas. Y eso sin tener en cuenta que los equipos de soldadura van a consumir mucho oxígeno…

Saba se levanta del asiento en el que se había sentado a reflexionar. Su expresión está cargada de furia y sus ojos lloran de rabia.

—Joder… — grita, y después desenfunda su pistola y efectúa seis rápidos disparos hacia los soldados que habían sobrevivido al naufragio. Los seis marineros caen al suelo con la cabeza reventada por un balazo. — ¿Te da esto tiempo necesario para la intervención?

Alain se vuelve preocupado hacia Mariya.

—¿Qué es lo que queréis hacerme? – pregunta mientras observa

temeroso como Mariya avanza hacia él con una jeringuilla a la que está incorporando un líquido blanco de un frasco pequeño – No estoy seguro…

—Es un prototipo experimental, de cuando exploramos la posibilidad de adaptar a la especie humana para que fuera capaz de vivir a grandes profundidades marinas como si fuera su propio ecosistema. Logramos construir pulmones mecánicos muy eficientes que podrán conectarse al resto de tu cuerpo.

Alain nota el pinchazo, leve, en el brazo.

—Pero… ¿y el resto del cuerpo? ¿Qué será de él?

Mariya sonríe con tristeza.

—Al menos habrás sobrevivido a esto… cosa que ninguno de nosotros hará.

Alain nota una caricia de la mano de la doctora sobre su mejilla, justo donde empieza el casco del neuroimplante. Es un gesto cargado de ternura que se desvanece en un sueño a la vez que la luz y el sonido se apagan. Las voces de los doctores se distorsionan en ecos lejanos e incomprensibles.



Permanece preso de un sopor entre la consciencia y el sueño. Ocasionalmente, cuando abre los ojos fugazmente, observa el semblante sudoroso de Igor, musitando palabras entre dientes que no puede entender. A su lado un soldador de Alexey está aplicando un soplete sobre su cuerpo. Es incapaz de ver qué hace. Lo que si percibe es que, bajo su barbilla, una plancha de metal oscuro ocupa su pecho. Se desvanece de nuevo.

Lo despierta los gritos de Saba. Dice algo del oxígeno. La voz de Igor, junto a él, repite lo mismo como una letanía.

—… necesitamos más oxígeno para concluir la operación… necesitamos más oxigeno… — su respiración es agitada. El neuroimplante emite un fugaz mensaje que Alain lee de refilón. “Concentración de CO2 crítica”. Dos restallidos, como latigazos, retumban en sus oídos sin atreverse a decidir si es ilusión o realidad. Justo antes de volver a perder la consciencia comprende que Saba acaba de eliminar a dos de los mecánicos.

Cuando recupera el conocimiento de nuevo lo hace con mayor lucidez. Al abrir los ojos se topa con la mirada expectante de Mariya.

—Sí, está vivo… las conexiones están bien hechas y no hemos dañado su neuroimplante. – Sonríe con delicadeza.

Alain teme volver a quedarse dormido e impide que sus ojos se vuelvan a cerrar a toda costa.

—Calma — le tranquiliza Mariya – Ya casi hemos concluido. Igor está terminando las últimas imbricaciones de tus nuevos pulmones mecánicos con el neuroimplante. Pero he reducido la dosis de anestésico porque el oxígeno se acaba. ¿Puedes incorporarte?

Alain se siente como si tuviese un camión apoyado sobre su torso. Niega con la cabeza.

—No te preocupes, es efecto de la droga. Todavía te queda batería para tu neuroimplante y los pulmones irán cargados con una buena dosis de oxígeno.

—Hecho… —dice Igor. – Ahora solo hace falta colocar el sistema de rotor… es un artefacto que te permitirá alcanzar la costa. Cuando lo acciones te guiará en dirección Oeste. No tienes que hacer nada… salvo rezar para que no se agote el combustible. Una vez llegues a la costa se soltará de sus anclajes.

—Dejadme a mí. Yo moveré ese cacharro hasta el rotor – Es Saba la que interviene. Se acerca a Alain, tendido en una camilla, y tomándolo de los hombros lo endereza con un fuerte empujón.

Alain siente un intenso mareo al verse en posición vertical de golpe. Todo le da vueltas. La sala, mal iluminada, le presenta numerosos cadáveres en el suelo. Todos aquellos que han sido prescindibles durante su intervención. Lentamente su visión se va reestableciendo y advierte como Saba le carga una pesada mochila a su espalda, que de alguna manera se engrana con algo de él mismo que es metálico. Experimenta extrañas sensaciones y la presencia de un dolor amortiguado, lejano, pero que amenaza con ser terrible.

—Bueno, lunar, ya está todo listo. Queda una bala en mi recámara. No pienso quedarme hasta el final de la fiesta.

Y antes de que nadie pueda hacer nada Saba se pega un tiro bajo la barbilla que esparce sus sesos por el techo del taller.

Alain mira asustado a Mariya, que está tan aterrorizada como él. El neuroimplante alerta con insistencia en la alta concentración de CO2 del habitáculo. Igor observa la cantidad de oxígeno en sangre en Alain a través de un simple pulsioxímetro. Evalúa el resultado y niega con la cabeza.

—Alain… — Mariya le pide que le mire a los ojos – Estás nervioso, lo entiendo, pero es fundamental que tu neuroimplante asimile el nuevo sistema de respiración. Ahora mismo tus nuevos pulmones están tomando aire de la sala… pero tienen que aprender a hacerlo de la válvula de oxígeno instalada en su interior, ¿comprendes?

Mariya tose. Palidece. Parece mareada.

“Niveles de CO2 tóxicos”. El mensaje parpadea con insistencia. Alain lo intenta sin éxito.

Ya me gustaría a mí activar esa dichosa válvula. ¿Cómo quiere que sepa cómo se hace eso? Ni siquiera me dieron manual de instrucciones para esta neuromierda.

—No vamos a conseguirlo… — Igor aparece en el campo visual de Mariya. Su aspecto es desastroso y su batín, emborronado de sangre, habla de la naturaleza cruel de la operación a la que ha sido sometido.

—Da igual… vamos a por todas – murmura Mariya, casi sin fuerzas – Abre las válvulas de agua.

Igor asiente, sin mucha convicción. Se dirige a un panel que al abrir muestra una docena de manillas de rueda, dispuestas en dos columnas, y se apresura a abrirlas todas, una a una. Al instante varios surtidores de agua situados en el suelo empiezan a escupir chorros de agua de casi dos metros de altura. Causan un gran estrépito.

—Mírame Alain… — suplica Mariya – Estás a punto de perder el conocimiento. No lo hagas. Aprende a activar la válvula. Es algo que nosotros no podemos hacer por ti – Mariya tose insistentemente. Habla con voz ronca – La sala se inundará por completo – dice con ojos llorosos – Tus pulmones mecánicos deben activarse para tomar aire de la válvula de oxígeno… cuando lo hagas tienes que girar la llave grande… — dice mientras señala una rueda giratoria situada en el mismo panel que las otras – Eso permitirá la entrada del agua del exterior e igualar las presiones. Sólo entonces conseguirás abrir la esclusa que comunica con el exterior marino — y Mariya señala una puerta en el fondo de la estancia que cuenta con multitud de distintivos de advertencia — y salir de aquí. Cuando lo hagas pulsa este botón situado en tu costado. Abrirá una baliza de aire que te arrastrará a la superficie a la velocidad suficiente para que la descompresión no sea mortal. Una vez allí se activará el rotor… que te

llevará a la costa Oeste africana. Está programado, así que no debes preocuparte por la navegación.

El agua ha alcanzado la cintura de Mariya, que busca con los ojos a Igor. Su semblante expresa miedo y resignación a partes iguales. Alain respira con dificultad. Es incapaz de moverse. Mira su torso que ahora no es sino una superficie metálica, amorfa, negra, que resuena cuando la toca con su puño. De alguna manera esa caja ha sustituido no solo sus pulmones, sino su propia carne. Alain comprende, palpando su espalda torpemente, que la estructura metálica está sujeta a su columna vertebral y que sus propias costillas… ¿han sido eliminadas?

El agua alcanza la altura de su boca. Mariya e Igor jadean intentando respirar. Se han subido a una mesa y sus cabezas, inclinadas, están junto al techo, observando con pavor la subida del nivel del agua gélida y mortal.

Alain contiene la respiración. El agua ha superado la altura de sus ojos. El pánico se adueña de él. No sabe cómo respirar, no sabe qué hacer. Aguanta un minuto mientras el neuroimplante parpadea con todo tipo de señales de peligro.

Y de pronto… está respirando, con absoluta normalidad. La boca permanece cerrada, pero se ve impelido a abrirla y una burbuja de aire escapa al exterior. Vuelve a cerrarla y deja pasar otro minuto largo hasta que se ve abocado a abrir de nuevo la boca y expulsar más aire.

Los pulmones artificiales funcionan.

Aliviado, solo entonces se da cuenta de que los cuerpos de ambos médicos flotan inertes sobre su cabeza.

Decide moverse. Estar plenamente sumergido le procura una ingravidez que le permite desplazarse con suavidad. Se acerca a la rueda giratoria y procede a abrir las esclusas para igualar la presión. Decide hacerlo despacio.

La sensación es extraña. Sabe que no puede ser bueno para el resto de su organismo. ¿Qué pasará cuando se iguale la presión por completo? ¿No destrozará esos sus huesos, sus músculos? ¿Cómo abrirá entonces la esclusa y saldrá al exterior? Se sitúa junto a la esclusa y estar preparado para la maniobra que tiene que ejecutar.

La estancia chirría a medida que se iguala la presión interior con

la exterior. Eso provoca que el laboratorio, una habitación de forma tubular, esté aumentando su volumen y el metal cruje con lo que parece un interminable grito de agonía.

“Liberando analgésicos en el riego sanguíneo. Elevada la tolerancia al dolor”

El aviso toma a Alain desprevenido. Ha permanecido quieto, junto a la esclusa por la que debe salir, pero cuando intenta moverse siente un dolor agudo en todo su cuerpo. Está junto a la puerta y supone que las presiones del interior y el exterior están igualadas. Un marcador situado en la propia puerta que se encontraba en rojo ha pasado a verde. Apenas puede mover los brazos. Sus dedos no sienten nada cuando se posan sobre la rueda. No reconoce la forma de sus manos deformes, disminuidas, incluso sus brazos parecen haber enflaquecido de manera sobrenatural.

La rueda gira. Para abrir la esclusa debe dejarse caer hacia atrás y logra que la puerta se abra con un crujido estertóreo deformado por la envoltura acuática. Se empuja como puede hacia el exterior y logra pulsar el botón que despliega el salvavidas de emergencia. Empieza a caer hacia un pozo de negrura cuando algo tira de él y lo arrastra hacia arriba.

El dolor, que ha ido creciendo paulatinamente, alcanza niveles que parecían insuperables, cada parte de su cuerpo parece sufrir una tortura especialmente diseñada para generar una clase de sufrimiento diferente, particular, perfectamente distinguible del resto.

No voy a aguantar…. No voy a aguantar.

La travesía hacia la superficie continua. El frío ha penetrado hasta el último poro de su cuerpo, pero el neuroimplante genera mayor consumo para compensar y mantener sus funciones cerebrales intactas. No obstante, el cuerpo va apagándose y con él el dolor y toda sensación. Alain siente que se ha convertido en una especie de medusa, o de fantasma, que vaga flotando en las tinieblas marinas como un alma en pena. El neuroimplante avisa que las pulsaciones han descendido a treinta por minuto y activa el sistema de generación de adrenalina para acelerar el ritmo cardíaco.

Emerge. Apenas oye el chapoteo que provoca su cuerpo inerte al flotar en la superficie. Se siente como un fardo. Ha visto fugazmente la luna creciente entre nubes oscuras. Después el peso del cuerpo lo sumerge parcialmente. Una vibración lo sacude. Es el motor que ha

entrado en funcionamiento automático y que lo empuja, adquiriendo más y más velocidad.

Navega emergiendo esporádicamente sobre crestas de olas que traspasa velozmente para, después de esa fugaz visión marina, volver a precipitarse sobre las aguas y navegar a una profundidad de uno o dos metros. Pese a que el agua no es tan fría como en las profundidades Alain comprende que su cuerpo está entrando en fase de hipotermia. Solo su cerebro, gracias al neuroimplante, mantiene las funciones y le permite estar consciente, además de su pulmón mecánico que opera regularmente y respira sin dificultad durante esa navegación de pesadilla.

Está amaneciendo cuando llega a la costa. Sufre una intensa sacudida cuando después de haber superado la cresta de una ola que va a romper sobre la playa, encalla en terreno arenoso. No puede moverse, pero el neuroimplante escanea automáticamente los alrededores. Se trata de una playa desierta, extensa, que linda con un terreno selvático frondoso en el que se alterna un exuberante arbolado con largos cocoteros que emergen de la foresta como atentos vigías que otean el horizonte marino. Las olas baten la playa con regularidad. Poco a poco va entrando en calor.

El día es desapacible y la brisa húmeda y fría. No obstante, ocasionalmente, cuando las nubes se dispersan lo suficiente, los rayos de sol bañan su cuerpo con una apacible calidez. El cuerpo de Alain va despertando poco a poco y con ese despertar llega un intenso dolor que hasta la fecha había sido un sordo eco de sufrimiento.

Sin pretenderlo, Alain activa un análisis de su organismo. El resultado que arroja el reconocimiento es de “Estado crítico”. “Funciones vitales básicas dañadas” “Fallo crítico de órganos vitales” “Sistema de amortiguación de daño al 100%”

Y pese a que se supone que el neuroimplante está provocando que su organismo segregue hormonas, el mero hecho de que su cuerpo se mueva a merced del respirador mecánico es causa de oleadas de intenso dolor.

Pasan horas en ese estado hasta que de pronto un crujido en la arena lo saca de su agonía interminable. Son las patas de un animal. Alain abre los ojos y reconoce la mirada de una fiera que lo examina con curiosidad. Una leona adulta se ha acercado a olisquearlo.

Una voz suena cerca de él.

Sintonizando… Sintonizando…

—Aparta Nala… te digo que eso no es comida.

Otra voz se añade a la primera. Ambas son masculinas y juveniles.

—Eso… ¿qué es?

—Parece humano… un deshecho… ¿vive?

—Sí… emite una especie de sonido mecánico… — alguien se agacha junto a él – Tiene un torso metálico… se mueve… Parece que está respirando.

—Debería verlo el Doctor.

Silencio.

—Fíjate en ese dibujo… en el casco que oculta su cabeza por completo.

—Es la Luna.

Silencio.

—Fabriquemos una camilla. Entre los dos podemos acercarlo al poblado.

—¿Seguro? ¿No sería mejor dejarlo aquí y que muera? Si no es de nuestra tribu los Ancianos decidirán su muerte.

—Entonces peor para él. Yo creo que es un Kesquer… aunque nunca he visto ninguno, ese casco que le cubre la cabeza hasta la nariz es como los que cuentan historias de esos soldados superhumanos.

Los pasos se alejan. Alain oye el respirar profundo de la leona que se ha quedado junto a él. No tardan más de veinte minutos cuando los dos hombres regresan. Lo voltean y lo colocan sobre unas parihuelas y lo logran elevar sobre el lecho arenoso. Alain siente cómo es zarandeado. Sus músculos se hayan completamente desgarrados y es incapaz de mover ni una sola articulación o decir una sola palabra. Todo es dolor. Su mente se nubla. Su respiración es un gemido.

Ve por primera vez a sus rescatadores. Dos jóvenes de piel negra como el azabache, de complexión delgada, pero los músculos tensos. Cada paso provoca el tintineo de numerosos adornos metálicos que adornan su pecho y brazos. Visten una túnica roja color sangre que los

delata como pertenecientes a una tribu masái.

El camino es largo y sus porteadores se detienen de vez en cuando. Han cruzado el bosque que flanquea el litoral y ahora caminan por un paisaje semidesértico. Hierba alta, tostada por el sol, y ocasionales acacias es cuanto distingue Alain a través del visor del casco. Es incapaz de ningún movimiento y se limita a controlar lo que dicen los indicadores del neuroimplante. Quedan pocas horas de vida a la batería y el indicador de nivel está en naranja. Observa que el respirador mecánico tiene igualmente un suministro eléctrico limitado.

Si al menos pudiera desconectarme de todo este dolor.

Atardece cuando Alain es introducido en una pequeña aldea rodeada por un tosco cercado. Varios pastores que conducen rebaños se han apartado al paso de la comitiva y se han sucedido voces de saludos y exclamaciones de asombro.

Cuando es depositado en el suelo, en el centro de la aldea, Alain observa a una multitud de personas que salen de sus chozas y se aproximan a él con temor. Algunos niños corren en su dirección, a pesar de los gritos de protesta de sus madres. Hay un barullo de voces y Alain es incapaz de distinguir qué es lo que dicen. Sólo la voz clara de uno de sus rescatadores que solicita la presencia del Doctor.

No tarda mucho en presentarse junto a él un hombre de color que viste ropas convencionales y que le observa a través de unas gafas de montura de pasta gruesa y negra.

—Un Kesquer… nunca pensé que fuera a ver uno. ¿Dónde lo habéis encontrado?

—En la nueva playa del este. Ha sido un largo camino. Como su estado es muy débil no pensamos que fuera peligroso traerlo aquí.

El doctor lo examina.

—No, no creo que sea un problema. No tiene ningún módulo habilitado. – Alain siente como el Doctor ha estado palpando el casco protector del neuroimplante y ha girado su cabeza en una y otra dirección, como si examinara algo – Sí, estoy casi seguro, por lo poco que sé, que no se ha habilitado ningún módulo que pudiera convertirlo en un arma peligrosa… Los compartimentos de inserción de módulos están vacíos – concluye.

La algarabía cesa. Alain presiente que ha llegado alguien importante y se impone un silencio reverencial.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Quién es este extranjero y porque su cuerpo está mutilado de esta manera? – pregunta una voz con parsimonia, sin duda perteneciente a una persona de edad avanzada.

Es el Doctor el que responde.

—Mugami y Dura lo encontraron en la playa del este, la que está a unos diez kilómetros de aquí. Se trata de un Kesquer… es un hombre al que han insertado un neuroimplante capaz de potenciar las funciones cerebrales a extremos inverosímiles… ¿cómo decirlo para que lo entienda el Consejo de Ancianos? Diría que… — el Doctor busca un símil para que los ancianos, que le miran intrigados, puedan comprenderlo mejor — es como si le dieran un poder divino, pero a un precio colosal… su vida se hace extremadamente corta.

—¿Por eso se encuentra en ese estado tan lamentable? – pregunta una voz cascada que Alain no le cuesta imaginar que pertenece a otro anciano.

—No lo sé. Mirad… aquí tiene insertada una batería a la cual le quedan pocas horas de vida. Cuando se agote este hombre morirá. En cuanto al estado de su cuerpo… está completamente destrozado, como si… hubiera sido pasado por una trituradora… No me puedo imaginar qué ha sufrido.

—¿Y lo que tiene en el pecho?

El Doctor lo examina y pide ayuda para voltearlo y ponerlo de costado. Se siente como un saco que manipulan sin que pueda hacer nada por impedirlo. Lo vuelcan para examinarlo mejor.

—Nunca había visto nada parecido… pero diría que es otro bioimplante… uno que sustituye a los pulmones. Es extraordinario.

—Tiene un emblema de la Luna en su casco – asegura uno de los jóvenes que le rescató en la playa.

—Efectivamente, así es – tercia el Doctor – Sin duda se trata de alguien que procede del Bando Lunar.

—¿Un lunar? Entonces debemos entregarlo a la diosa del río – sentencia una voz aguda de anciano.

El Doctor calla. Es otro anciano el que toma la palabra.

—Los nómadas del desierto que bajan del norte… —murmura.

—Debemos satisfacer a la diosa del río. Hace tiempo que no somos agradecidos con ella y necesitamos que las estaciones sean generosas en lluvia y caza – argumenta la voz aguda.

—También necesitamos alimentar a nuestra gente. La diosa del río y sus cocodrilos tienen la panza bien llena – argumenta el primero de los ancianos. – Me preocupan más nuestros niños, que deben crecer sanos y fuertes.

—¿En qué piensas? – pregunta el segundo anciano.

—Ellos pagarían una buena fortuna por el Kesquer… Los emplean… para ya sabes.

—Pero está destrozado. Habría que hacerle algunas curas. No nos pagarían nada por él ahora. No es capaz siquiera de ponerse en pie.

—¿Te ves capaz, Doctor, de hacer algo en ese sentido?

El Doctor gruñe un apenas audible “tal vez”.

A pesar de la multitud que se arremolina en torno a él, reina un silencio absoluto, solo un leve siseo entre ancianos es cuanto Alain puede escuchar.

—Sea, prepara al Kesquer. Y que un mensajero corra raudo al Norte, a avisar a los nómadas. Vendemos un Kesquer si están dispuestos a pagar un buen puñado de oro.

Al instante estalla una algarabía en la aldea. La llegada de una próxima riqueza aseguraría un periodo de abundancia y todos participan de la ilusión.

De nuevo vuelven a zarandear a Alain, que es elevado de su lecho en el suelo gracias a las parihuelas y lo conducen a una choza oscura y mal ventilada. No hay luz artificial y el humo del hogar se acumula en su ambiente. Sus transportistas lo dejan solo.

La voz del Doctor, grave y sonora, irrumpe de improviso.

—Has tenido suerte, Kesquer. El anciano jefe ha sido magnánimo contigo… aunque no te consideres demasiado afortunado. Te has salvado de los cocodrilos… pero dado tu estado, dudo que tengas la

más mínima oportunidad.

Alain intenta replicar, pero incluso articular la mandíbula exige un esfuerzo supremo. Desiste.

—Voy a preparar una terapia génica de regeneración auxiliada por células madres. Es una medicina poderosa capaz de obrar milagros… vamos a ver de lo que es capaz contigo. Me imagino que el neuroimplante acelerará el proceso. Según tengo entendido se manejan muy bien con el metabolismo del sujeto. Más vale que sea así, porque lo que es seguro es que no tenemos mucho tiempo.

Alain observa que el Doctor está manipulando el contenido de un maletín que ha abierto junto a él. Pero no se trata de un maletín, sino de un dispositivo portátil que contiene equipamiento médico de última generación. En el interior del mismo una pantalla resplandece, mostrando gráficos que oscilan animados a la par que el Doctor va insertando parches en distintas partes del cuerpo de Alain.

—Tus constantes vitales están por los suelos. El neuroimplante está haciendo lo posible por cerrar hemorragias y aliviar el dolor… pero los recursos de tu cuerpo son limitados. Vamos a ver qué pasa cuando hagamos nuestra magia – el Doctor esboza una sonrisa. Después le extrae grasa abdominal con una jeringuilla y la inyecta en un dispositivo en el interior del maletín. —Te preguntarás qué hace un doctor cirujano como yo perdido en una aldea masái en mitad de la estepa – continúa el Doctor con su monólogo – Es fácil la respuesta. Sobrevivir… me imagino que como todos. – Sacude la cabeza mientras observa los resultados – Cuando llegó la Criatura del espacio se posó sobre los Urales y rápidamente se extendió como una mancha de aceite en todas direcciones, Europa, Asia, Oriente Medio y norte de África… matando a millones, cientos de millones de personas… y provocando una avalancha de refugiados como jamás ha visto nuestro planeta… y esa avalancha no se contempló como lo que era, una huida, sino como una invasión. La Criatura también abarcó mares y océanos y elevó el nivel del mar, y hasta las ciudades costeras más alejadas sufrieron inundaciones catastróficas. Y no sólo fue eso. Su enorme masa alteró el equilibrio en las placas continentales. Hubo terremotos apocalípticos en todo el orbe, las fallas se rompieron en mil pedazos y los volcanes entraron en erupción al unísono — El Doctor suspira – ¿Era eso suficiente? No, en absoluto. Había poco espacio para repartir. Así empezaron las guerras entre países… que después se convirtieron en guerras entre pueblos y tribus. Europa estalló en multitud de guerras civiles de vecinos contra vecinos, cada cual defendiendo su ridícula parcela, lo mismo que en Rusia y toda

Asia… y conforme los refugiados llegaron por millones a otros continentes la guerra se instauró de una manera u otra. Aunque soy keniata, o lo que antes era Kenia, me encontraba en una cumbre en El Cairo… en Egipto… que como sabrás también se escindió en genocidios internos de todo tipo… Me imagino que cuando el mundo se dio cuenta de que la Criatura era invencible el enemigo pasó a ser todo aquel que ocupara su territorio. Y los lunares no os quedasteis atrás. Aniquilasteis a todo aquel que huía del planeta a la Base Lunar.

Alain quiso replicar que antes de eso los lunares habían sido abandonados a su suerte y que los sistemas vitales no admitían a una sola persona más, o eso le habían contado a él… pero no tuvo fuerzas para responder.

Seguramente eso mismo decían los terrestres cuando llegaban olas de refugiados que veían como invasores.

—Da igual todo eso ahora, ¿verdad? Todos somos supervivientes. En parte me alegro de poder ayudarte… la lástima es que creo que se trata de una ayuda breve y de escaso recorrido. Los nómadas no son benignos con los Kesquer… ya sabrás para qué costumbres salvajes los utilizan, ¿verdad?

No, no tengo ni idea de lo que me hablas.

Siente un pinchazo en el brazo, que después se repite en el antebrazo, y sucesivamente en la mano… y el resto del cuerpo. El Doctor procede a inyectarle un suero en pequeñas dosis. Al principio Alain no siente nada especial. El tormento del dolor se ha vuelto soportable porque el propio cuerpo ha agotado su capacidad de sufrimiento. Ahora, con el procedimiento médico, experimenta una ola de calor que va creciendo en los puntos en los que el Doctor aplica su tratamiento. También en la parte visible de su rostro, mandíbula, mejillas…

El dolor mengua y es sustituido por una salvífico y confortable acaloramiento.

—Debo conseguirte una batería amarilla para tu neuroimplante. Eso va a ser difícil, pero los ancianos se avendrán a proporcionártela. Si no hago de ti un Kesquer con un mínimo de condiciones los nómadas te rechazarán y no pagarán ni una pepita de oro por ti. – El Doctor silba una tonadilla – Es una lástima que tengas el módulo vacío… No creo que tengas la más mínima oportunidad con ellos – murmuró para sí, aunque Alain pudo oírlo.

¿Oportunidad? ¿Para? ¿Por?

Pero el Doctor abandona la choza en busca de la batería amarilla sin dar mayores explicaciones y regresa a los pocos minutos.

—Ahora voy a proceder a sustituir tu batería. Esto debe ser como quedarse unos segundos sin aire en los pulmones… o con las luces apagadas… ¿me entiendes?

—Sí.

Alain ha sido capaz de responder para su propia sorpresa. Las articulaciones de la mandíbula parecen haber recobrado su movilidad. El dolor se ha ido apagando a la vez que la sensación de calor ha aumentado. Con gran dificultad es capaz de cerrar los puños, sin poder hacer ningún género de fuerza. Incluso mueve ligeramente un antebrazo. Entonces todo se apaga momentáneamente. El Doctor está sustituyendo su batería, próxima a agotarse.

—Ah, bien, bien… me alegro de que el milagro esté operando, sí señor. Esta terapia es lo mejor que ha inventado el hombre. En unas horas estarán aquí los nómadas y tú tendrás un aspecto presentable… y más te vale, porque de lo contrario el Consejo de Ancianos ha aprobado entregarte a los cocodrilos del río. Toma y aliméntate con este jugo de sangre y leche. Contiene muchos nutrientes, sobre todo proteínas, y las necesitas con urgencia.

Alain siente que el Doctor acerca a su boca un estuche de cuero que va volcando un líquido oscuro y agrío que, no obstante, bebe con avidez. Su debilidad tiene también mucho que ver con la falta de alimento.

Después el Doctor sigue aplicando inyecciones por todo su cuerpo, presionando en distintos puntos y preguntando a Alain si experimenta algún tipo de sensación. Cuando la respuesta es negativa aplica una inyección. El tiempo transcurre rápidamente de esta manera y cuando la luz del exterior se ha extinguido por completo estalla un gran júbilo. Toda la tribu parece que se ha reunido en el interior del recinto vallado y entona un sonoro y rítmico canto masái.

—Está bien… han llegado. Es la hora de la verdad para ti – dice el Doctor con solemnidad – Levántate y anda… porque de lo contrario eres hombre muerto.

Alain resopla. Intenta tomar fuerzas y respira profundamente, llena sus pulmones metálicos, tensa los músculos que arden de dolor,

y se incorpora lentamente sobre el camastro en el que descansaba. Siente náuseas y se queda sentado hasta que pasan. El Doctor lo observa impasible. Es ahora, por primera vez, cuando puede palparse el pecho y comprobar su textura metálica. Misteriosamente, se siente más liviano. El metal es mucho más ligero de lo que aparenta, si bien parece extraordinariamente rígido. Su piel está injertada en el metal y los músculos pectorales, de alguna manera incomprensible, se han imbricado con el implante biomecánico. El emblema del Bando ruso luce en su pecho metálico.

El Doctor sonríe satisfecho, como si observara un éxito de un pupilo al que aprecia especialmente, cuando Alain logra incorporarse por completo.

—Así se hace, valiente. Ahora sal ahí fuera y demuestra tu coraje.

Alain avanza con paso vacilante. El neuroimplante facilita información ingente que no se siente con fuerzas siquiera de analizar. En el exterior, alrededor de la luz del fuego que proporciona una gran hoguera, se apelotona toda la tribu. Los bailarines masái cantan y saltan con un ritmo hipnotizante en tanto las mujeres corean armónicamente la melodía. Media docena de ancianos ataviados con ropajes ceremoniales hacen los honores a tres hombres montados en camellos que son el centro de atención de toda la aldea. Los hombres visten como beduinos, ropas claras, del desierto, que envuelven por completo su cuerpo e incluso ocultan parcialmente su rostro. El cántico gana en intensidad a medida que Alain avanza hacia ellos. El júbilo de la aldea es creciente al constatar que Alain es un Kesquer que se vale por sí mismo. Su transacción económica va a culminar con éxito.

Los beduinos no hacen nada. El que está más adelantado tira entonces un pequeño saco a las manos del anciano, que tintinea por su contenido metálico, y éste le hace un gesto de agradecimiento con una leve inclinación de cabeza. Entonces un masái se apresura a acercar una cabalgadura a Alain. El camello hinca las rodillas en el suelo y se sienta sobre sus patas ágilmente. Alain mira al camello mientras el cántico, que ha subido de tono, se ha convertido en un coro que aglutina escalas dispares a un mismo tiempo.

Subirme a un camello… o al río de los cocodrilos de cabeza… no sé qué es peor.

Deja que su cuerpo caiga sobre el camello y después, impulsándose con las piernas, logra colocarse sobre la silla de montar.

El camellero da la orden de incorporarse y la montura lo hace con un movimiento enérgico que a punto está de lanzar a Alain al suelo.

Estoy recuperando mis fuerzas… pero muy lentamente.

El Doctor se aproxima entonces a él. Le tiende una pequeña bolsa de cuero.

—Aquí tienes la solución que te he aplicado. Inyéctate tú mismo conforme percibas partes de tu cuerpo que no se han recuperado adecuadamente.

—¿Por qué haces esto?

—Sé lo que es un Kesquer… los soldados suicidas que se enfrentan a la Criatura. Si hay alguna esperanza para esta Humanidad desquiciada es gracias a la gente como tú. Suerte.

La sonrisa del Doctor, al despedirse, es triste.

Los beduinos inician la marcha y sin que Alain haga o diga nada, su camello sigue sus pasos.

La noche cae sobre ellos suavemente. Primero el cielo se ha tornado naranja en el Oeste, pero a medida que las nubes juegan con los rayos del poniente, la gama de colores abarca amarillos y rojos que pintan un lienzo de colores inimitables. Y tras unos momentos de penumbra, sobreviene la oscuridad. El cielo moteado por infinidad de estrellas proporciona una luminiscencia plateada. La noche sin luna convierte la sabana en un territorio misterioso e impenetrable. No obstante, los camellos conocen el camino y prosiguen su marcha con paso cansino, indiferente a los rugidos de los leones o los bramidos de los búfalos.

Alain va recuperando fuerzas paulatinamente. Siente que su cuerpo está reorganizándose y ha descubierto que la interfaz de su neuroimplante facilita información al respecto. Comprende que es un proceso que se está produciendo gradualmente, a medida que el neuroimplante asimila las características fisiológicas de su cuerpo. Le sorprende darse cuenta de que también se ha hecho cargo de la respiración del pulmón biomecánico, que había entendido se trataba de una unidad autónoma.

“Reorganización muscular y ósea al 65%”

Se han detenido junto a un arroyo que serpentea en el fondo de

un cauce en su mayor parte seco. Hacen un pequeño campamento y preparan una frugal comida que comparten con Alain. Cuchichean entre sí.

Sintonizando… sintonizando…

—… la estrategia que emplearemos para vencer a ese Kesquer… ¿estamos seguros de que éste— dice uno de los beduinos señalando a Alain – va a ponerse a ello? No parece agresivo.

—Mejor así… los otros se confiarán.

—No sé si tendrá valor para enfrentarse y matar a sus rivales.

—Más vale que lo tenga. Es él o la muerte. Solo puede quedar uno.

Los tres beduinos miran con recelo a Alain, que se apercibe que están dando por sentado que es incapaz de comprender su idioma. El que parece el líder del grupo se pone en pie y se acerca a Alain. Lo examina detenidamente.

—Sí, creo que es mejor ponerlo en modo suspensión. La batería durará más y al menos así tendrá alguna opción de sobrevivir.

Antes de que Alain pueda hacer nada, el beduino, inclinado sobre él, hace un rápido movimiento por detrás de su casco Kesquer.

Un mensaje ocupa todo su campo visual

Modo suspensión activado.

Y se hace la más completa oscuridad.



De nuevo luz… una luz intensa de mediodía, de un caluroso día. Alain lo siente en su piel, como si hubiera estado tendido al sol durante horas. Se incorpora lentamente. Los tres beduinos están junto a él. Lo miran con los brazos en jarras, satisfechos al ver que recupera la consciencia. Están en un pequeño corral, a la intemperie, pero cuando Alain echa un vistazo alrededor comprende que se trata de un recinto accesorio de uno mucho mayor. Una multitud habla y grita en un escenario muy próximo a donde se encuentra. Las vibraciones de las voces rebelan una tensión latente. Hay cánticos y el retumbar de tambores poderosos. El líder de los beduinos le habla, pero su voz apenas resulta inteligible.

—Inclínate ante el gran Jeque Suleiman, líder de nuestro clan. Por él estás dispuesto a entregar tu vida – dice, mientras señala a su espalda.

Alain se vuelve desconcertado y descubre un pintoresco séquito encabezado por un hombre corpulento de gran barriga, ataviado con una túnica blanca resplandeciente y un pañuelo kufiya cubre su cabeza adornada con un cordón negro que luce varios engarces de oro. Tras él se sitúan varios guerreros de piel morena y túnicas blancas que, no obstante, muestran sus brazos desnudos que lucen unos bíceps lustrosos. Todos portan, sujetas a su cintura, largas cimitarras.

Alain no sabe qué hacer, así que el beduino se acerca y lo empuja,

obligándose a arrodillarse ante la autoridad.

—Lucharás a muerte con otros tres Kesquer. Está en juego el gobierno de la nación árabe durante los próximos cinco años. Si quieres vivir, mata a tus rivales – el beduino le arenga con voz perentoria mientras el Jeque le observa inexpresivo.

Alain toma la palabra aprovechando la pausa en la explicación.

—Nunca he luchado. ¿Vas a entregar la suerte de tu clan a alguien que no está preparado?

El beduino sonríe.

—Observa – dice mientras extrae de su bolsillo un pequeño dado negro que tiene un punto blanco en cada cara— Es un módulo Kesquer de combate. Te hará invencible.

Y dicho esto se acerca a Alain y coloca el módulo en la parte posterior de su casco. Percibe un clic, como cuando algo encaja perfectamente en su lugar.

De inmediato siente una extraña sensación de vértigo que procede de su nuca, como si hubiera recibido una suave descarga eléctrica, o una brisa helada acariciara su piel. La sensación dura unos segundos y después desaparece.

—Mi batería tiene poco tiempo de vida. Si ese combate no tiene lugar en breve me temo que no tendréis ninguna opción de implantarme ningún módulo.

Pero los beduinos ignoran su súplica. Giran las cabezas hacia el estadio porque allí resuenan unos clarines, similares a trompetas, como Alain no ha escuchado en su vida. El publico grita enfervorizado y una voz que habla por un megáfono se impone al resto. Pero el barullo es tal y la confusión tan grande que Alain no puede prestar atención. El líder beduino lo ha entregado al séquito armado del Jeque, que lo rodea y lo empuja hacia una de las salidas del corral. Se adentran en una galería en penumbras, iluminada ocasionalmente por antorchas que humean violentamente. A medida que avanza el clamor del público es mayor, hasta el punto que Alain siente la vibración de aquel jalear incesante en las plantas de los pies.

Y por fin salen a la luz.

Se halla en un antiguo circo romano reconstruido en el que las

gradas están atestadas por una muchedumbre que vocifera constituyendo una ensordecedora y confusa ovación. Cada una de las secciones de las gradas increpa y provoca a las demás. Las facciones rivales se gritan entre sí, cada una perfectamente identificada por enormes banderas que lucen los colores propios y que enarbolan con fervor sus acólitos. Multitud de telas se despliegan al viento. Verdes y blancos, rojos con figuras de leones dorados, otras de color bermellón con emblemas de estrellas blancas resaltando en su centro y telas turquesas con caracteres arábigos en color amarillo. Todas ondean frenéticas agitadas con prestancia por sus correligionarios.

La guardia del Jeque lo conduce al centro del circo mientras el tono de los cánticos y la ovación del público crece como una marea incontenible. Alain asiste impotente a como lo sujetan con un grillete que cuenta con una larga cadena a un obelisco central que se alza en medio de la arena. Hay otros tres obeliscos similares en las proximidades.

De pronto las gradas rugen con un renovado brío. Hay otro séquito adentrándose en la arena. Una parte de la grada vitorea mientras el resto la abuchea. El griterío es ensordecedor.

Mi rival.

Alain observa a un hombre corpulento cuya cabeza está cubierta por un casco Kesquer que parece más primitivo que el suyo. Sus brazos desnudos muestran unos bíceps fornidos y marcados. Valora su peso, su musculatura, y comprende que no tiene ninguna opción.

Ese Kesquer pesa el triple que yo.

El séquito que lo ha acompañado hasta el centro de la arena lo encadena igualmente a uno de los obeliscos.

Y de nuevo irrumpe el público con un nuevo griterío. Alain observa desconcertado que hay un tercer convidado al combate. Se trata de un hombre de piel negra como el ébano, que igualmente cubre su cabeza con un casco Kesquer que oculta su semblante por completo. Es una visera que está muy dañada y ha sufrido multitud de golpes. Por lo demás el hombre es alto y vigoroso. Alain se desespera.

Una vez es atado a su obelisco se repite el griterío. Hay un cuarto Kesquer en liza. Se traba de un hombre bajo y grueso, pero su constitución es hercúlea. El casco también parece magullado, seguramente tras haber participado en muchas refriegas violentas.

Cada contendiente recibe un arma. Alain una cimitarra. El hombre fornido una larga lanza, el hombre negro un cuchillo largo y el contendiente grueso y bajo un hacha de combate. Los séquitos se alejan.

Entonces el restallido metálico de un potente gong resuena en el recinto, acallando los cánticos, enmudeciendo el griterío. Anuncia el inicio del combate. Los grilletes se sueltan automáticamente y los luchadores quedan liberados.

Alain observa a sus adversarios.

No tengo la más mínima opción. Tal vez si primero pelearan entre ellos…

Pero todos lo miran a él. Es la presa más fácil… la primera que ha de caer.

Sin embargo, de improviso, el neuroimplante altera la interfaz con la que observa el mundo. Todo se oscurece a excepción de sus adversarios, cuyas siluetas y características resaltan hasta en los más mínimos detalles. Un algoritmo del neuroimplante asigna posibilidades de ataque. Un Alain imaginario aparece en su interfaz atacando a cada rival, estableciendo criterios, anulando y escogiendo las mejores estrategias. De pronto Alain siente que su cuerpo se hincha, sus músculos adquieren una tensión sobrehumana. Un indicador avisa que se está empleando todas las moléculas ATP de las que dispone su organismo.

“Tiempo disponible para el uso de la Máxima Capacidad Ofensiva: quince segundos”

El mensaje resulta incomprensible para Alain. No hay tiempo para pensar. Siente como si entrara en un túnel, su campo visual se agudiza y enfoca en un punto. Algo lo impele a actuar. Se siente como si fuera ligero como una pluma y duro como la mejor aleación de acero. Se encamina hacia el rival más próximo. El tiempo se ralentiza, cada segundo se transforma en diez.

El hombre de color que porta una espada corta, pero muy afilada, sonríe confiado al ver como se acerca a él. Alain se da cuenta que percibe una gran seguridad en sí mismo. Corre, amaga un par de veces en diferentes direcciones mientras la interfaz señala en todo momento, con áreas verdes, los puntos vulnerables de su rival. La sonrisa del hombre de color se desvanece al observar los rápidos movimientos de su adversario. Su postura confiada para un ataque sencillo cambia a

defensiva. Se prepara para emplear su espada para detener el golpe que Alain parece va a dar. Demasiado tarde. En el último instante la carrera del Alain se transforma en un salto sobrenatural. El hombre de color lanza su espada hacia él, pero corta el viento. Cuando se da cuenta sus ojos miran de cerca los de Alain, que está pasando sobre él como un saltador de altura, y antes de que pueda girar sobre sus talones para defenderse de su ataque, la cimitarra de Alain ha alcanzado su nuca y parte su cráneo con un golpe contundente. Cuando Alain cae al suelo, arrodillado, oye como el hombre a sus espaldas se desploma como un árbol talado.

Ahora es el hombre grueso y bajo el que se dirige hacia él con pasos firmes. Ya sabe que se trata de un rival muy peligroso y no cabe confiarse. Alain observa sus piernas musculosas y su andar balanceado. Corre a su alrededor, evitando su ataque y obligando a su rival a seguir de costado sus movimientos. Amaga y el hombre extiende su hacha dispuesto a golpear. Vuelve a correr mientras observa de reojo que el tercer rival duda entre intervenir en la refriega o esperar resultados. Alain simula un ataque y el rival extiende su hacha para detener el golpe, pero la finta ha surtido efecto, la interfaz muestra el movimiento que va a efectuar su enemigo y señala el flanco que va a quedar a descubierto con una área verde. Alain gira sobre sus talones, se deja caer al suelo de rodillas y resbala empujado por la inercia de su carrera mientras observa como el hacha pasa sobre su cabeza a cámara lenta, entonces asesta un duro golpe sobre el estómago del rival, haciendo un corte profundo que alcanza sus vísceras. El hombre, incrédulo, observa como se desangra, pero se resiste a caer al suelo. Hinca una rodilla en tierra y resuella.

“Golpe mortal”, sentencia la interfaz.

El último de los rivales se encamina en su dirección para aprovechar su posición de inferioridad en el suelo.

“Tiempo disponible para el uso de la Máxima Capacidad Ofensiva: tres segundos”

Alain esquiva el primer ataque en el último instante. Ha simulado que no podía recuperarse, y cuando ve el desequilibrio de su rival lanza su cimitarra a su encuentro. El Kesquer detiene el golpe in extremis con su lanza, pero lo que no puede evitar es el hacha, de la que Alain se ha hecho cargo mientras el rival de la liza anterior caía finalmente al suelo, y con un movimiento de giro amplio estrella la afilada hoja de metal contra el casco del Kesquer, en donde queda hendida. El hombre se balancea en movimientos convulsos mientras la

interfaz avisa de que se trata de un golpe mortal.

Ahora la interfaz se aclara. Le advierte que está a punto de agotarse la batería. Alain oye el sonido ambiente. Es consciente entonces del griterío que resuena en el circo que hasta la fecha había sido inhibido por la interfaz. Toda su atención se había centrado en el rumor de los pasos sobre la arena de sus contendientes, en el jadeo de su respiración, en sus gruñidos cada vez que contraían los músculos para un esfuerzo.

Es un clamor infernal, mareante. Alain siente que sus piernas están temblando.

Nivel de ATP crítico.

Apoya la punta de la cimitarra en el suelo. Está sin fuerzas. Ha consumido todas sus energías en muy pocos movimientos. La batería también se ha agotado. El módulo de combate ha efectuado un gasto notable. Alain se derrumba sobre sí mismo. Su cabeza golpea el suelo y el casco Kesquer se queda en modo emergencia, avisando que quedan pocos segundos de vida.

Se acerca alguien. Es el jefe beduino, que le reclutó, y sus dos lugartenientes. Se inclina hacia él y manipula su casco. Extrae el módulo de combate y se lo muestra a Alain, satisfecho.

—Buen chico. Esto ya no lo vas a necesitar. — Sonríe. – Así que me lo llevo.

—¿Qué hacemos con él? – pregunta uno de sus acompañantes.

—¿Qué hacemos con él? Desde luego no vamos a estar cuidando a un Kesquer durante cinco años hasta el próximo Desafío. – El beduino extrae un arma del interior de los pliegues de su túnica. – Obviamente, tus servicios han concluido.

Le apunta con una pistola al pecho.

Y resuena un disparo. Pero no ha sido el beduino el que lo ha efectuado. De hecho, el jefe beduino cae desplomado al suelo con un manchón de sangre resaltando sobre el blancor de sus vestimentas.

Estalla el pánico, si bien Alain apenas tiene energía en el neuroimplante para analizar qué sucede. Su visión queda acotada por el suelo del circo, extendiéndose hasta la grada. Allí el público se apresura a dejar sus asientos de forma desordenada. Se oye un

estrépito que se impone al griterío de la gente. Un artefacto ha aterrizado en la arena del circo, parece un helicóptero. Poco después lo confirma cuando otro aparato aterriza claramente dentro de su campo visual. Varios soldados acorazados, vestidos de camuflaje del desierto, desembarcan y corren en su dirección. Cuando llegan hasta él lo estudian, lo toman en volandas y lo conducen al helicóptero.

"Energía cero por ciento".

Cuando abre los ojos está sobrevolando un territorio desértico. Oye voces gritando, imponiéndose al estrépito de los rotores.

Sintonizando… sintonizando…

Los soldados que lo han rescatado llevan cascos con viseras opacas que ocultan parcialmente su rostro. Lo que es seguro es que le han salvado la vida. Su batería vuelve a estar al cien por cien.

—Es él, ¿verdad? – pregunta uno de los soldados.

—Sin duda, es el que buscábamos – responde otro que tiene varios galones en su hombro. – Hemos tenido suerte.

Es lo último que escucha con coherencia. Su cuerpo sigue exhausto por el consumo de energía del módulo de combate. Dormita.



El helicóptero inicia una maniobra de aproximación. Alain se despierta por la sensación de vértigo del rápido descenso. Se dirigen al helipuerto de una inmensa base militar portuaria. Grandes navíos de carga se alternan con poderosos buques de guerra y lo que parecen ser algunos submarinos. Pero no solo es eso. A la luz del atardecer distingue en lontananza lo que sin duda se trata de una base de lanzamiento de cohetes. Un gran cohete espacial permanece iluminado por potentes focos. La base se extiende en todas direcciones, y a juzgar por el movimiento de orugas mecánicas y grúas, aún está en fase de construcción. Alain observa un gran ajetreo de vehículos pesados que parten en formación hacia el Este levantando una gran nube de polvo a su paso.

Cuando el helicóptero aterriza una comitiva de oficiales se aproxima a él. Son orientales a juzgar por sus ojos rasgados. Un hombre joven de expresión grave se cuadra ante él y lo saluda militarmente.

—Usted es el Kesquer cuya nave fue abatida hace menos de cuarenta y ocho horas sobre lo que queda del territorio norteamericano, ¿verdad?

Alain asiente confuso. No esperaba que nadie le reconociera, ni mucho menos en las antípodas del planeta.

—Acompáñeme, por favor.

Alain lo sigue, si bien se siente extraordinariamente débil. Perplejo observa que un nutrido pelotón de soldados los escoltan. Suben a un jeep y el chófer arranca de inmediato. Conduce a una velocidad elevada. Dejan atrás numerosos campamentos y barracones de aspecto impecable, como si acabaran de ser ensamblados, y se adentran en una zona de edificios altos. Numerosas grúas en los alrededores le convencen a Alain que la base militar se halla en pleno proceso de construcción. El ruido de maquinaria pesada y los pitidos de advertencia de que están en movimiento transmiten una sensación de urgencia.

Finalmente el vehículo se detiene con un pequeño derrape frente a un edificio que tiene la apariencia más solemne de todos cuanto han visto.

REPÚBLICA DE COREA DEL SUR EN EL EXILIO, reza una serie de ideogramas que Alain no tiene problema en leer.

¿Qué hacen tan lejos de su país? ¿Exilio?

El oficial le indica que le siga y ascienden una breve escalinata para acceder, previo control de un nutrido grupo de policías militares, al interior del cuartel.

En el gran recibidor hay un movimiento convulso de personal militar. Numerosas mesas de recepción atienden a militares y operarios uniformados, constituyendo, en general, un ambiente de confusión y barullo. Acceden a la zona de ascensores y suben a uno de ellos. Su pelotón de escolta se ha quedado fuera. El oficial marca el botón de la última planta.

Cuando se abren las puertas el ambiente no tiene nada que ver con lo que han visto en la planta baja. Silencio y ausencia de personal. El oficial lo dirige a una sala de reuniones, amplia, sobria, pero con detalles de lujo. Sillones mullidos, maderas de buena calidad… Alain toma asiento donde le indica el oficial y éste se queda firme, en posición de espera, junto a una de las paredes.

Los generales no tardan en llegar. El más anciano de ellos, un hombre de semblante arrugado y pelo cano, toma asiento en la presidencia. Escruta a Alain con una mirada fría. Tres generales de edad madura lo hacen a ambos lados de su superior. Nadie dice nada.

—Así que procedes del Bando de la Luna – dice interrogativo el

general de pelo cano.

Alain asiente.

—¿Con qué aptitud has sido… diseñado? – pregunta de nuevo el militar.

—Comunicaciones.

El general asiente y mira a sus generales, como confirmando un extremo que sospechaban.

—Hablaste con la Criatura, ¿no es verdad?

Alain valora negarse a responder, pero sería una situación absurda.

—Hablé con él, sí… o más bien diría que me comuniqué con él. Les responderé a sus preguntas, pero… ¿cómo sabían que hablé con ella? ¿Cómo han podido seguirme alrededor del mundo y localizarme aquí?

El general sonríe.

—Uno de nuestros hombres en la Luna te colocó un micro emisor. Nuestros satélites te pueden localizar en cualquier punto del globo.

Ahora es Alain el que sonríe. Piensa en uno de los ayudantes de la Directora Ejecutiva. Era oriental y pasó junto a él cuando aguardaba en el despacho de la Base Lunar. Quizás…

—¿Qué averiguaste de la Criatura?

Alain tarda en responder.

—No somos el enemigo —añade el veterano militar— Ella es el enemigo. Desgraciadamente muchos pueblos del mundo están enfrentándose en guerras fratricidas cuando el enemigo común se expande… acumula territorio y amenaza con el exterminio de la humanidad. Sin embargo, mucha gente se aferra a su país como si fuera sagrado y lo defiende de los que hasta hacía poco eran sus vecinos. Ni siquiera los vínculos familiares o históricos sirven de nada. Es la desesperación por la supervivencia.

—¿Qué le ha sucedido a su país? ¿El exilio, he leído en el rótulo de entrada? ¿Cómo es eso?

—Nuestro territorio ha sido completamente tomado por la Criatura – explica el general que tiene aspecto de ser el más joven de los presentes, pese a que Alain valora que debe contar más de cincuenta años. — Los supervivientes, el ejército, la administración del Estado… todos nos hemos convertido en exiliados y nos establecemos allá donde podemos. Afortunadamente contábamos con una gran flota mercante que nos ha ayudado en la tarea de empezar de nuevo. A fecha actual el pueblo coreano ha tomado diversas costas del mundo que se hallaban… disponibles.

—Entiendo – replica Alain — Me imagino que muchas se habrán tomado por la fuerza de las armas.

—El continente euroasiático está prácticamente tomado. Al Oeste, los pueblos europeos se aniquilan entre sí. Se interpreta que los refugiados son invasores y los ejércitos de los países europeos se desangran en una guerra inútil. Otro tanto sucede con costas y territorios del planeta. La Criatura ha provocado la subida del nivel del mar y eso ha alterado la línea del litoral de todos los continentes y el colapso de gran número de poblaciones costeras– explica uno de los generales, un hombre maduro de mirada inteligente – El mundo entero está en guerra.

—Además, los constantes terremotos han provocado que vivir en ciudades inestables o con grandes rascacielos sea una temeridad. La humanidad se enfrenta a la extinción…. Salvo que podamos parar la implacable extensión de ese ser sobre la superficie de la Tierra – concluye el general anciano.

Alain suspira.

—Sé que tiene miedo de algo que se aproxima— dice finalmente. – También he averiguado que extiende sus tentáculos hacia el interior del planeta. Su alimento es el calor del núcleo.

Los generales intercambian miradas ente sí. El superior toma de nuevo la palabra.

—¿Has dicho miedo? ¿De qué puede tener miedo una criatura así? – pregunta, entrecerrando los ojos.

Alain niega.

—No me lo dijo, pero intuyo que se trata de algo que se acerca y que destruirá todo el sistema solar… incluso la galaxia.

El general en jefe asiente.

—Eres un joven valiente y también con suerte. Has superado con creces las expectativas de vida habituales de los Kesquer. Más de cuarenta y ocho horas es toda una proeza… más si se tiene en cuenta que has contactado con la Criatura y sobrevivido para contarlo. Tu neuroimplante es algo excepcional. – El general hace una pausa – Te vamos a ofrecer una opción que acrecentará tus posibilidades de supervivencia… si bien tenemos que debatir entre nosotros si te consideramos apto.

—¿Apto para qué?

Pero los generales se levantan de sus sillas y abandonan en silencio la sala de reuniones. El oficial le insta a que le siga. Lo conduce al exterior del edificio y de nuevo, con escolta de un pelotón de soldados, se trasladan a una gran nave de las inmediaciones. Cuando llegan el oficial consulta su móvil y mira a Alain.

—Enhorabuena, has sido considerado apto.

—¿Apto para qué?

Pero no tiene ocasión de pensar en nada ni esperar ninguna respuesta. Alguien, a su espalda, le ha inyectado en el hombro un analgésico poderoso y Alain está a punto de derrumbarse sobre sus piernas. Dos soldados de la escolta lo atrapan en volandas e impiden que llegue al suelo.

Todo se apaga.



Cuando recupera la consciencia reina el caos. Una sirena ruge de forma intermitente, imponiendo su sonido sobre el resto. Se encuentra tendido en una mesa de operaciones de lo que parece ser un quirófano limitado por paredes acristaladas. Más allá de ellas, en lo que se adivina el interior de una gran nave industrial, reina una confusión de personas en movimiento presas de una gran agitación. Lo que resulta alarmante es que hay un constante tembleque, un terremoto de baja intensidad que parece no tener fin. Sin embargo, el general en jefe junto con un científico de bata blanca lo observan expectantes, ajenos al barullo que tiene lugar a su alrededor.

—¿Qué me han hecho… que ha sucedido?

—Hemos procedido a sustituirte la pila convencional del neuroimplante por una de… larga duración. Eso va a eliminar prácticamente el riesgo de que el agotamiento de la batería acabe contigo. No obstante… existen otros inconvenientes… pero desgraciadamente no tenemos mucho tiempo para explicaciones. Estamos bajo ataque enemigo.

Alain se palpa la nuca y observa que el lugar de la pila, efectivamente, está ocupado. Reconoce su cuerpo tocándose los miembros. Parece seguir de una pieza. El neuroimplante le advierte que se encuentra en un entorno de alta radiación.

—Nosotros también hemos enviado a varios Kesquer al encuentro de la Criatura, joven, sin haber alcanzado su éxito —explica el general — Por eso entendemos que es crucial tu aporte de conocimiento y experiencia. Pueden resultar fundamentales. Necesitamos ante todo un objetivo, un punto de vulnerabilidad de esas criaturas infernales. Señor Xi, proceda por favor.

El científico de bata blanca se dirige entonces hacia una gran pantalla digital que muestra lo que parecen ser constelaciones del espacio.

—Procede de aquí, en la dirección de la constelación de la Osa Mayor.

—¿Qué procede de allí? – pregunta Alain asombrado.

—La Gran Sombra… es así como lo denominamos. Se trata, sospechamos, de un ente similar a la Criatura, pero, eso sí, de dimensiones colosales, que dejan a nuestro invasor particular reducido al tamaño de una mota de polvo. – El científico le mira expectante, pendiente de que Alain asimile la información que le acaba de proponer. — Esa Criatura descubierta en las inmediaciones de la Vía Láctea procede del Supervacío Local, un área extensísima del espacio de varios centenares de millones de años luz de diámetro, próximo a nuestra galaxia, en el que apenas hay galaxias y estrellas.

Alain no entiende qué tiene que ver con todo aquello.

—¿Cómo… cómo … saben eso? – pregunta asombrado.

—Nuestros Kesquer al menos sí obtuvieron un éxito parcial. Tomaron muestras de la Criatura. Experimentamos con su sustancia, un aglomerado, una macromolécula muy particular que puede adoptar comportamientos de superconductor. Por pura casualidad, en la observación astronómica, cuando sometimos determinadas regiones del espacio a análisis espectrales, descubrimos exactamente el mismo patrón químico. Se extiende por vastas regiones del cielo en dirección a la Osa Mayor. Con el tiempo hemos comprendido que estábamos observando a otra Criatura, pero de dimensiones extraordinarias. Tu relato sobre el contacto con la Criatura terminó de convencernos, porque esa Gran Sombra se aproxima a nosotros. Varios tentáculos de la Criatura se están introduciendo a gran velocidad en la Vía Láctea y sospechamos que está relacionado con la desaparición de miles de estrellas que los astrónomos llevan detectando desde hace décadas.

Alain suspira, incrédulo.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Tú módulo de comunicación es único. Con el tiempo creo que podremos emularlo y nos servirá de base no solo para interactuar con estas criaturas… — el científico adopta un aire de complicidad – sino también para atacarlas. Cualquier género de interacción con ellos puede servir, debidamente modificado o ampliado, como arma.

—Lo que está diciendo mi científico jefe – tercia el general – es que eres una pieza clave en todo esto, muchacho.

—Me gustaría ayudar… pero no me siento capacitado…

—Tonterías, contábamos con ello – asegura el general, que con un gesto da pie a que se explique su subalterno científico.

—Hemos implementado una interfaz adicional en uno de tus módulos disponibles. Es un módulo de entrelazamiento cuántico y permitirá tener constancia directa de cualquier género de interrelación que surja.

Alain traga saliva. *¿De qué me está hablando este hombre?*

—¿Qué quiere usted decir?

— Es necesario comprender cuál es su punto vulnerable —le asegura el General — cómo lo podemos detener. Cualquier información que nos brinde puede ser definitiva para salvar a la especie humana. Es una situación verdaderamente desesperada… Tu neuroimplante reúne una cantidad ingente de información y nos la hará llegar instantáneamente— un violento terremoto interrumpe al general. La estructura metálica del hangar emite un crujido agónico. — Adelante – ordena — No hay elección.

El bramido de una sirena resuena en el exterior anunciando un peligro inminente. El general hace una señal de conforme y varios soldados que aguardaban fuera entran en el despacho guiados por el oficial que ya conoce, y lo escoltan de nuevo al exterior.

El caos en las calles del complejo militar es absoluto. Todo parece en movimiento. Ahora son varias las sirenas que resuenan con estrépito, todos los militares corren de un lado a otro. Los barcos abandonan el muelle anunciando su partida con broncos bocinazos, los vehículos blindados se apelotonan en largas hileras y avanzan poco a poco, rugiendo sus motores, impacientes. Todos gritan que deben apartarse de su camino.

Entonces sucede lo extraordinario.

Surge del mar una enorme mancha rosada que levanta en vilo varias fragatas como un niño que coge varios guijarros del lecho de un arroyo. El enorme tentáculo vuelve a hundirse en el mar llevándose consigo a las embarcaciones y provocando una enorme ola que amenaza con barrer todo lo que se encuentre en los muelles.

La magnitud del terremoto se incrementa y el rumor de la tierra removiéndose es un sonido sordo y perpetuo que acrecienta el pánico. El jeep en el que han subido arranca a toda velocidad, en dirección opuesta a la columna de vehículos que está abandonando las instalaciones. Algunos tanques rompen la formación para buscar vías de escape alternativas. Alain observa, mirando el espejo retrovisor, como otro enorme tentáculo emerge de la misma tierra, un centenar de metros por detrás de él, elevando en el aire una ingente cantidad de blindados atrapados en el atasco. Poco después una serie de detonaciones y explosiones advierte del trágico final de esa comitiva.

El jeep avanza raudo en una dirección a la que empieza a sumarse una desbandada de vehículos. Ante él se erige el gran cohete espacial como uno de los límites de la base militar. Alarmado, Alain descubre que si bien en esa dirección se alejan de la zona atacada por la Criatura, el destino no ofrece ninguna salida al exterior. La zona de lanzamiento la constituye una isla conectada a tierra por una larga escollera artificial. Una vez en el istmo el jeep se dirige directamente hacia la gran torre que sujeta el cohete espacial.

—Un momento… ¿qué pretenden? ¿Van a enviarme al espacio? ¿Así mismo…? Esto es una locura. No estoy preparado.

—Tienes razón – asiente el científico — No hemos tenido ocasión de implantar todos los protocolos previstos, pero este es el único cohete extrasolar disponible – explica – No obstante, hay que intentarlo. Es ahora o nunca. – El científico se vuelve hacia Alain y le dice con solemnidad – Al menos hemos protegido el neuroimplante de la radiación… es lo menos que podíamos hacer.

Alain siente un mareo. Es una mezcla de nervios… pero también de algo más.

—¿Protegido el … neuroimplante? – repite mecánicamente.

—Sí, de la pila de plutonio. Es altamente radiactiva.

—¿Pila … de plutonio?

El científico niega con la cabeza.

—Préstame atención. Esto es importante. Hemos extraído datos de su neuroimplante cuando estaba sedado. Creemos que todo este ataque de la Criatura tiene que ver con la escala de Kardashev.

—¿La escala de Kardashev? ¿Qué es esa escala exactamente?

—Es un Tipo Cuatro…

Pero el todoterreno se detiene bruscamente con un derrape junto a la torre de lanzamiento que impide al científico seguir con su explicación. Su mirada desesperada le revela que no hay tiempo para seguir la conversación. El oficial le impele a bajarse del vehículo y una vez lo hace los soldados lo llevan en volandas al ascensor. El oficial habla por radio entrecortadamente. Alain no entiende lo que dice hasta que este se vuelve hacia su tropa.

—¡Rápido, un ramal de la Criatura se dirige hacia aquí! – grita, alarmado.

Introducen a Alain en un ascensor. Ve las pupilas de los soldados rebosantes de pánico. Han cumplido su misión, pero sea lo que sea a lo que están dirigiendo sus miradas, su abatimiento indica que no hay salvación para ellos. Alain ha perdido de vista al científico que intentaba explicarle algo a gritos pero que el barullo reinante le ha impedido escuchar.

Cuando llega a lo alto de la torre la puerta se abre y varios operarios enfundados en trajes blancos y con máscaras de aire que ocultan su rostro lo reciben con prisa. Le toman de las manos y casi lo empujan al interior del cohete, donde proceden a colocarle arneses y sujeciones de todo tipo.

Alain respira agitadamente. Observa las pantallas dispuestas frente a él. Le muestra las perspectivas que ofrecen distintas cámaras de vídeo situadas en el exterior del cohete. Puede ver no solo parte del fuselaje desde distintos ángulos, sino también la plataforma de despegue. Lejos de estar completamente desierta, numerosos vehículos la cruzan a toda velocidad. Incluso hay gente corriendo que ocasionalmente vuelve su mirada atrás, llena de pánico.

Los operarios le dejan solo y cierran herméticamente la puerta tras ellos. Un sonoro repiqueteo metálico atestigua que los anclajes de seguridad han sido firmemente sellados.

No hay cuenta atrás, sino que la ignición de los motores se produce sobre la marcha. Alain contempla con estupor a través de los monitores como el fuego de la propulsión arrasa a todos aquellos que estaban cruzando la zona de escape de gases y la explanada que rodea al cohete. No hay salvación para los operarios que le han ayudado a instalarse en el cohete. Alain oye sus gritos por la radio interna antes de perecer abrasados por el fuego de la ignición.

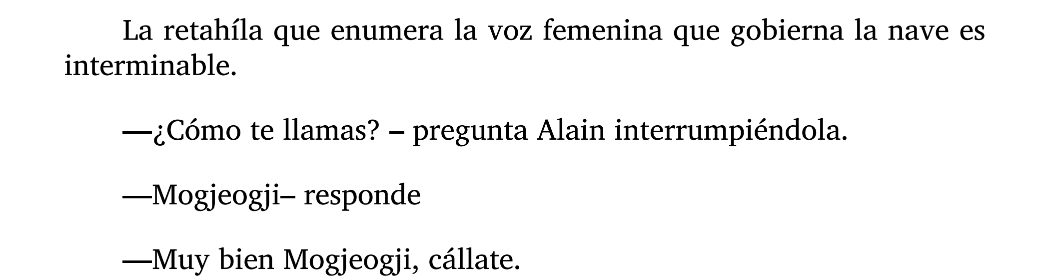
La aceleración lo comprime contra el asiento. Su corazón late con tal virulencia que piensa que va a reventar. Las imágenes del exterior se aclaran. Hay un momento en el que distingue el istmo, una visión general de una lengua de tierra que conforma una costa agreste y pedregosa, en la que una multitud, la que ha sobrevivido al fuego de la ignición y despegue del cohete, ha hallado refugio. Las tropas han llegado al mar y muchos parece que se arrojan a sus aguas.

De pronto, la Criatura aparece, abarcándolo todo, como una marejada veloz e imparable, que de un solo golpe, cae sobre la superficie completa terrestre, e incluso desbordando el litoral y adentrándose un par de cientos de metros mar adentro, acabando en un mismo instante con la vida de tal vez varios miles de soldados. Alain no da crédito a lo que ve. Después, en un esfuerzo titánico de la bestia, un gran tentáculo de su materia gelatinosa se alza hacia el cielo, superando la espesa nube de gases de combustión del cohete, en busca del rastro flamante de la cápsula en la que viaja Alain. Contiene la respiración porque más allá de la estela de fuego observa como ese largo brazo parece acercarse más y más a una velocidad increíble. El pulso entre cohete y Criatura se alarga durante interminables segundos hasta que finalmente el impulso de la Criatura cede.

Alain suspira de alivio cuando el cohete entra en zona de gravedad cero y se desprende el último módulo de propulsión. Es justo en ese momento cuando aterrado, descubre que el tentáculo de la Criatura, contra todo pronóstico, lejos de abandonar su persecución, ha retomado un nuevo brío y se dirige hacia él dispuesto a destruirlo.

El impacto es brutal e imprime al cohete una velocidad de giro que está a punto de descoyuntar las articulaciones de Alain. No obstante, la inteligencia artificial que guía la nave activa sucesivamente los propulsores de orientación y logra estabilizar la cápsula del astronauta.

—Fallo en el sistema general de propulsión, pérdida crítica de combustible, pérdida de módulos de soporte vital…



La retahíla que enumera la voz femenina que gobierna la nave es interminable.

—¿Cómo te llamas? – pregunta Alain interrumpiéndola.

—Mogjeogji– responde

—Muy bien Mogjeogji, cállate.

Alain observa la interfaz del neuroimplante.

Duración de la batería: 10.252,33 años

Se queda perplejo observando la cifra.

¿Qué han hecho esos malditos coreanos?... de todas formas …

— Mogjeogji … ¿me puedes decir cuánto tiempo me queda de vida a bordo de esta cápsula?

—Consumirás todo el oxígeno en no más de cincuenta minutos… siempre que no se produzca ninguna nueva avería.

—¿Hay alguna posibilidad de regresar a la Tierra?

—Vamos a la deriva. No tenemos ni un gramo de combustible. Agoté todos los recursos estabilizando la capsula principal. De no ser así creo que el tiempo de supervivencia se habría reducido drásticamente.

—¿Qué opciones tengo?

—Muy pocas. De hecho, creo que se está reduciendo tu tiempo de vida considerablemente ahora mismo.

—¿De qué nueva avería se trata?

—No es una avería… es el sistema de misiles de una fragata del Bando Lunar. Nos apunta y ha abierto fuego.

—Pero… ¿por qué? ¡No les hemos hecho nada!

—Son lunares, son nuestros enemigos, nos atacan… no veo porque no ves la lógica de la situación.

—Pero yo soy uno de ellos.

—Vas en una nave coreana de la Tierra. Somos sus enemigos.

—Avísales, ponte en contacto con ellos… soy uno de ellos, ¡deben abortar el disparo!

Se hace el silencio. Alain observa en la consola los intentos de comunicación con la nave lunar, pero los canales se mantienen en silencio.

—No basta que le digas que soy un lunar cualquiera. Diles que soy el Kesquer que se envió a la Tierra hace cuarenta y ocho horas.

El aviso parece surtir efecto. Se abre un canal de comunicación. Un oficial con el habitual uniforme de la flota lunar, vestimenta de color rojo y gorra negra, sin visera, ocupa enteramente la pantalla que está frente a Alain. Es un joven de mirada antipática.

Un oficial recién graduado en la academia. Lo que me faltaba.

—¿Cómo puede acreditar que es usted el lunar que enviamos a la Tierra?

Alain resopla indignado.

—Pregúntele al jefe Matt. Trabajaba en el equipo de módulos de comunicación y yo creé el algoritmo de comunicaciones con la Criatura… y para mi desgracia me empeñé en sacar rédito a mi inventiva.

—Un momento. Retransmito a la base lunar.

—Impacto en diez segundos – anuncia con voz impertérrita Mogjeogji.

Silencio.

—Impacto en cinco segundos.

—Un momento… me confirman de la base lunar ….

—Impacto en tres… dos…

—…que debemos abortar el ataque. ¡Aborten! ¡Aborten!

La explosión ha tenido lugar en las inmediaciones de la capsula, y si bien no la ha destruido directamente, la ha dañado gravemente. El módulo gira precipitadamente mientras Mogjeogji cacarea cifras sin sentido.

Algo ha afectado al ordenador de a bordo.

El indicador de nivel de oxígeno desciende rápidamente. Alain observa asustado que varios sensores parpadean con luces rojas a la vez que emiten un sonido que advierte de que se tratan de sistemas críticos.

Esta vez ya me temo que no lo voy a contar.

Siente un frío atroz. La cabina se despresuriza rápidamente y le cuesta respirar. El pulmón artificial gime al pulsar más y más rápido en busca de las últimas moléculas de oxígeno.

Activando modo suspensión… en tres… dos…

—Operativo de rescate en camino… operativo de rescate…



Cuando Alain recupera el conocimiento se halla tumbado en una camilla. Se encuentra en un recinto pequeño y de inmediato percibe una fuerza de gravedad disminuida respecto de la soportada en la Tierra.

De nuevo en casa… a lo mejor hay esperanza después de todo. Si pudieran quitarme el neuroimplante todo volvería a ser como antes.

Un monitor cercano refleja las evoluciones de sus constantes vitales. El pulso vibra rítmica y rápidamente. Sin embargo, varias líneas se mantienen planas y un indicador parpadeante establece un mensaje de alerta que se repite de forma incansable.

No tiene mucho tiempo para pensar en ello. Un hombre, ataviado con bata blanca y un estetoscopio colgado del cuello entra en su habitación. Lo sorprendente es que no se trata de una bata convencional. A todas luces tiene algún tipo de metal protector que la convierte en pesada y aparatosa. También luce una máscara de plástico transparente que protege por completo su semblante. Las manos, enfundadas en guantes, alzan el portafolio al pie de la cama. Lo examina atentamente y después observa el monitor con atención.

—Bien señor, tenemos una situación complicada.

—No me diga – responde Alain con voz débil– Qué quiere que le

diga. Mis dos últimos días, en general, han traído consigo situaciones complicadas, podríamos decir.

El doctor enarca las cejas.

—A lo mejor no me he explicado bien. Su capsula espacial fue alcanzada por un misil y su cuerpo quedó expuesto a condiciones de vacío. Todos sus órganos, extremidades, piel… se hayan en un estado… podríamos decir … de máximo deterioro.

—No siento malestar.

—Su neuroimplante… y los sedantes que le administramos vía intravenosa eliminan todo dolor.

—Entiendo.

—Por otro lado … sus órganos internos están sometidos a una presión radioactiva que no presagian ningún fin bueno a corto plazo.

—¿Presión… radioactiva?

—Sí, no me he expresado bien. Dosis de radiación letales.

—¿Radiación?

—Se trata de la pila de plutonio de su casco Kesquer con el que se alimenta el neuroimplante. Desde luego ese suministro de energía está propiciando que el neuroimplante cobre una fuerza significativa… pero la radiación pasa factura a todo su cuerpo. Hemos tenido que colocarle apósitos por toda su piel. No solo son las lesiones derivadas de la exposición al vacío. La radiación también ha hecho su parte y le está provocando un sinfín de hemorragias. Me temo que a nivel de órganos internos sucede otro tanto. Su pronóstico no es nada halagüeño.

—Esos coreanos… tenían previsto hacer algo más, seguro… pero atacó la Criatura – Alain murmura desalentado.

—Comprendo… pero verá… ahora mismo no puedo hacer nada. El consejo del Bando Lunar se reúne y tiene previsto tomar una decisión respecto de usted.

—¿Decisión?... ¿qué tipo de decisión?

—Se le considera un traidor, a fin de cuentas colaboraba con los coreanos, ¿no es así? Su nueva pila es una clara prueba.

—Los putos coreanos me sedaron y me la pusieron – Alain intenta alzar la voz, pero acaba tosiendo y escupiendo sangre. El doctor se aleja un poco de él. — Estaban empeñados en usarme en una misión sin contar conmigo… de hecho me lanzaron al espacio sin…

—El caso es que es presumible una sentencia de muerte… no obstante, dado su precario estado, dudo mucho que eso cambie el resultado final de su situación, si me permite expresarlo de esa manera. Creo que, de una forma u otra, le quedan pocas horas de vida.

—¿Pocas horas?

El neuroimplante tiene anulada cualquier sensación de dolor y angustia. Estoy completamente aislado del resto de mi cuerpo. Inmune a cualquier emoción, mi pensamiento es claro y frío. ¡Qué bien… o qué mierda!

Pero el doctor no responde. Un pequeño dispositivo situado en su pecho empieza a parpadear y a emitir un pitido agudo.

—Disculpe señor, ya he recibido demasiados rems de radiación por permanecer en su presencia. Debo despedirme de inmediato.

Y el doctor gira sobre sus pies y abandona la habitación sin que el cúmulo de preguntas que se agolpan en la boca de Alain pueda encontrar momento de ser pronunciadas.

Debo salir de aquí… debo abandonar este lugar de inmediato. ¿Juzgarme por traidor? ¿Condenarme a muerte? Pero da igual donde vaya, voy a morir igualmente. Aún así debo intentarlo. Pero… ¿cómo?

Cualquier intento de moverse de Alain es un fracaso. No logra ni siquiera levantar el brazo por encima de la sábana que lo cubre. Repara entonces que varias manchas de sangre marcan la cobertura blanca en distintos puntos que se corresponden con heridas supurantes en sus brazos y piernas que ni siquiera los vendajes pueden contener.

No puedo moverme. Estoy literalmente destrozado… Neuroimplante, dime algo.

La interfaz del neuroimplante muestra entonces el estado de su cuerpo. La mayoría de los órganos vitales se encuentran en niveles críticos cercanos al 10% de operatividad. Un mensaje meridianamente claro indica “potencial fallo crítico en cualquier momento”.

Me siento estupendamente… lúcido por completo… y estoy a punto de palmar sin poder hacer nada. Nadie aquí me va a echar un cabo. Creo que definitivamente es el fin.

La puerta se abre y se asoma una persona cubierta con una mascarilla de protección. Lleva un traje blanco anti-radiación. Tras ella entra otra persona, más gruesa y ligeramente más baja. Parecen enfermeros dispuestos a efectuar tareas rutinarias. Intercambian miradas y proceden a obrar en silencio. Apartan los aparatos que se hallan junto a la camilla y zarandean un poco a Alain hasta que logran dar con los frenos que retienen las ruedas de la camilla. Poco después la empujan fuera de la habitación.

Todo sucede demasiado rápido. El doctor hablaba de que se me iba a juzgar por traidor. ¿Es que acaso ya hay veredicto? Es imposible. En todo caso me llevarán a la sala del juicio… no creo, siendo tan peligrosamente radioactivo.

—¿Dónde me lleváis? — pregunta Alain.

El operario más cercano a él le chista para que no haga ruido. Después se dirige a él. Es una voz joven y femenina.

—Te estamos sacando de aquí. No hagas ni digas nada. Quédate tendido y no te muevas – y dicho esto extiende la sábana por encima del casco del neuroimplante, cubriéndolo completamente.

Tras esto sigue un largo deambular por pasillos y corredores que Alain puede percibir, pese a estar cubierto, gracias a su neuroimplante. La interfaz le muestra un diagrama de todo cuanto acontece a su alrededor. Después de cruzar una gran sala donde hay mucha gente, se adentran en zonas de la base lunar donde la presencia humana es más exigua. Finalmente toman un ascensor que los conduce a una planta superior y lo llevan a través de una larga pasarela hacia unas instalaciones que están cerradas y que muestran carteles que indican claramente su abandono: ZONA CLAUSURADA.

Sin embargo, por debajo de ellos, en una amplia explanada del hangar, tiene lugar una escena a la que asiste una pequeña multitud. Una formación militar escolta a una persona, una mujer elegantemente vestida, a una discreta silla situada frente a un pequeña tribuna ocupada por hombres y mujeres ataviados con togas que los identifican como jueces. Un numeroso público aguarda en silencio sentado en largas bancadas dispuestas para la ocasión.

—Es la Directora Ejecutiva que te destinó a la Tierra – dice la voz

femenina en un murmullo.

El que parece ser el presidente del tribunal se incorpora de su asiento y pronuncia, con voz que la megafonía vuelve más aguda y estertórea, una sentencia que resuena con grandes ecos en el atrio.

—Ha sido hallada culpable de traición y sabotaje contra el Bando Lunar. La condena a la que se somete a un reo cuando nos encontramos en estado de guerra es la máxima: pena capital. Este tribunal considera que no hay motivo para retrasar su ejecución, que acaecerá en el momento presente, y considera que no ha lugar a procedimientos de apelación. La ejecución consistirá en la expulsión de la base lunar por una de las esclusas que dan al exterior sin ningún género de escafandra ni protección, a fin de que las temperaturas extremas y la ausencia de aire consuman su vida.

La voz resuena impasible en la megafonía del hangar. La multitud que observa el juicio reacciona con un leve murmullo mientras que la tropa aguarda en posición de firmes sin inmutarse. Alain, desde su punto de observación elevado, amplia la imagen y aprecia los rasgos imperturbables de la condenada y su porte señorial. No ha perdido ni un ápice de aplomo ni parece estar dispuesta a suplicar por su vida.

—Se le concede, no obstante, antes de la ejecución, el derecho a expresar su última voluntad.

El murmullo del público se eleva y el presidente se ve obligado a golpear el mazo para poner orden. Un funcionario acerca un micrófono de pie a la mujer.

—¿Mi última voluntad? – evidentemente la Directora Ejecutiva no tenía ningún discurso previsto pero sus palabras no están exentas de un toque de desprecio — Sí… mi última voluntad es que espero que la humanidad no tenga nunca que arrepentirse de la estúpida guerra fratricida que mantenemos por defender egoístamente un puñado de tierra cuando tenemos tanto en juego. Sí, ojalá no nos tengamos que arrepentir.

El breve discurso de la mujer termina con un tono de amenaza que no gusta a muchos de los presentes, que la increpan con gritos de traidora y otros insultos. Entonces el juez que preside el tribunal hace un gesto al jefe de la guardia militar.

—Proceda – ordena con voz chillona.

Desde lo alto Alain y sus rescatadores observan la escena

compungidos, conscientes de que se juegan la vida por lo que están haciendo.

—La van a ejecutar ahora – musita la otra voz, más grave, de hombre maduro, con tono incrédulo.

La mujer asume impertérrita la sentencia y la escolta militar la acompaña hasta una puerta cercana, una esclusa que comunica con una cámara de descompresión que permite salir al vació exterior de la intemperie lunar. Una vez la mujer se sitúa en el interior, la esclusa se cierra con gran estrépito. Solo una ventana permite ver lo que acontece en la cámara en la que ahora se encuentra la mujer, que se mantiene en pie, rígida.

Poco después el verdugo abre la compuerta exterior. El público se levanta para ver mejor una escena que se adivina trágica. La mujer ha caído al suelo desmayada, sin aire en los pulmones, muere congelada en escasos segundos en los que la gélida temperatura de la noche lunar ha petrificado su cuerpo.

—Es horrible – dice la chica enfermera– Debemos darnos prisa – le increpa a su compañero — Ahora estarán yendo a buscar a Alain a su habitación del hospital para imponerte una sentencia idéntica. Cuando descubran que no está van a poner la base patas arriba.

Llegan entonces a una puerta cerrada que se encuentra al final de la larga pasarela aérea desde la que han sido testigos de la ejecución sumarísima. La chica extrae una tarjeta del bolsillo de su uniforme y la inserta en una ranura y la puerta que avisaba de ZONA FUERA DE USO se abre con un siseo. Se adentran en un pasillo oscuro que se aprestan a iluminar con linternas. La chica regresa para asegurarse que la puerta vuelve a cerrarse herméticamente.

Sin duda se encuentran en unas instalaciones abandonadas como atestigua el polvo y el estado de desorden de todo tipo de materiales y enseres. Conducen a Alain hasta llegar a un gran laboratorio, en donde lo dejan solo, y poco después se encienden las luces. Alain no tiene fuerzas para moverse, pero al girar ligeramente la cabeza observa a sus rescatadores. Se encuentran tras un panel acristalado anti-radiación. Cuando se quitan las mascarillas Alain exclama de asombro.

—¡Vosotros dos!

Es el jefe Matt y la hija del científico que le puso el neuroimplante, Rachel.

—Sí, nosotros, te hemos salvado la vida, muchacho – es el jefe Matt el que habla a través de un intercomunicador – Debiste hacerme caso cuando te advertí que te ibas a meter en un lío.

Sí, claro, quién lo iba a decir. Qué terrible tener que reconocer que tiene razón.

—Alain, cuando estabas en coma te pusimos una memoria que nos ha cargado toda la información del neuroimplante. Sabemos lo que te hicieron los coreanos, y sospechamos las razones por las que lo hicieron y los planes que tenían para ti.

—Creo que ahora me importa un comino los coreanos, la verdad.

—No digas eso – le implora la joven. – Mucha gente ha corrido grandes riesgos por ti. Somos muchos los que pensamos que la humanidad debería estar unida frente al enemigo común.

—¿Muchos? Yo más bien diría que se trata de pequeñas minorías dispersas por todas las naciones de la Tierra.

—Aún así, juntos, somos muchos. Y tú ahora representas nuestra mejor esperanza, Alain.

—¿Yo?

—Los coreanos hicieron un descubrimiento colosal… una nueva Criatura, que se aproxima a nuestro sistema solar. Todo indica que, por su tamaño y dirección, lo más probable es que envuelva al Sol para hacerse con su energía y su calor. Eso significará el final de la vida en la Tierra. Está devorando cuantas estrellas y planetas se hallan a su paso. Un tentáculo se dirige directamente hacia el Sol.

—La Criatura que habita la Tierra le tiene terror. Pero si no me equivoco, eso pasará dentro de muchos años… ¿no es así?

La chica niega.

—Muchos creemos que si logramos comunicarnos con la criatura podremos descubrir sus puntos débiles. En tu neuroimplante los coreanos te instalaron un comunicador de entrelazamiento que permitirá saber qué haces o dices al instante, por muy lejos que estés.

—Pero Rachel, eso que me cuentas es absurdo. Mírame. No llegaré vivo siquiera a mañana. Mi cuerpo se descompone por la radiación de la pila atómica del neuroimplante. Estoy tan sedado que

no siento lo que debería estar experimentando ahora mismo. Tendría que estar ahogándome en un mar de dolor. Todo lo que hagas conmigo es absurdo por completo.

—No, no es así. Los coreanos tenían un plan para paliar los efectos de la radiación.

—¿Darme píldoras de yodo o algo así? – responde Alain con sorna.

—No… algo más contundente – Rachel suspira – Eliminar todas las partes biológicas de tu cuerpo. Convertirte en un ciborg.

—¿Cómo? – Alain exclama y después se ríe, incrédulo.

Este disparate los supera a todos.

—No te rías porque se puede hacer.

—Soy una persona de carne y hueso, necesito mi corazón y mi hígado y mi sangre… aunque solo sea por mantener el cerebro vivo – explica con ganas de gritar, aunque apenas puede hablar en un murmullo.

—Te equivocas. El neuroimplante… ha sido todo un éxito. Has sobrevivido mucho más tiempo de lo que los Kesquer suelen durar… y eso ha sido inesperadamente bueno. El neuroimplante ha realizado con éxito una sustitución de tus redes neuronales. El proceso no ha concluido aún, pero con la pila de plutonio va a tener tiempo de sobra de completarlo. Tu cerebro biológico será completamente prescindible y tú seguirás siendo tú. El neuroimplante habrá replicado tu red neuronal y seguirá operando como si fueras el de siempre. No notarás la diferencia.

Alain la mira desconcertado.

—¿Queréis convertirme en una máquina?

—De esa manera serías virtualmente eterno. Tu pila atómica puede durar siglos… milenios… tiempo de sobra para contactar con la Gran Sombra que se aproxima. Consideramos que en unas pocas décadas podría aproximarse a la Tierra. Entonces te interceptaría y tendrías una oportunidad.

—Es una locura.

—Es una locura que te mantendrá vivo y nos dará a todos una esperanza con la que consolarnos – le asegura la joven – Y no tienes mucho tiempo. Tu cuerpo se descompone. La pila tiene una emisión de sieverts altísima.

Alain los mira, callado durante largos segundos, antes de responder resignado.

—Es una situación recurrente… enfrentarme a la muerte una y otra vez. Sea. Adelante con ello.

Los tres se quedan en silencio, hasta que el jefe Matt sentencia:

—Debiste hacerme caso cuando te advertí que era una jugada peligrosa.

Entonces Rachel va en busca de una jeringuilla cargada con un suero que inyecta en el hombro de Alain. Nadie dice nada. Poco después lo trasladan a una sala contigua. Oye que se aproxima más gente, porque escucha los murmullos de una conversación acalorada entre ellos, pero poco a poco los sonidos se apagan y Alain se sumerge en un sueño de pesadilla.



Cuando despierta se siente diferente. Es todo muy raro. La interfaz neuronal está a un ciento por ciento de su capacidad de proceso y la información se agolpa de tal manera que es incapaz de asimilarla por completo. Poco a poco empieza a ser consciente de los cambios. El neuroimplante le presenta la información ordenadamente.

Brazo izquierdo articulado de serie E—345, de última generación, extensible hasta tres metros, con capacidad de carga de más de 500 kilos. Diagnóstico del implante: sincronización al 80% Brazo derecho hidráulico Hummer 600 reutilizado y adaptado como prótesis humana. Diagnóstico del implante: dudoso, incapacidad de determinar grado de sincronización. Pierna derecha de robot-oruga Pielmin vs 4.5, velocidad máxima 4,5 kilómetros por hora. Sincronización perfecta. Pierna derecha modelo human-gender 3.500, modelo descatalogado y se carece de firmware. Sincronización dudosa.

Alain solicita un diagrama visual de su cuerpo y la interfaz del neuroimplante muestra una figura amorfa y desproporcionada en la que ninguno de sus miembros guarda proporción con el resto.

—Creo que preferiría haber muerto.

El pensamiento ha resonado en la sala con un eco espectral.

—¿Qué sucede ahora? ¿Todo lo que pienso lo pronuncio?

Es Rachel la que le responde por un intercomunicador pero Alain se ha incorporado levemente emitiendo un gran estrépito de sonidos metálicos y ronroneos y no puede oír lo que le dicen. Observa que su cuerpo lo constituye un amasijo de metal y engranajes.

—Soy un puto mecano

—Tranquilízate Alain. A fin de cuentas, en breve estarás en el espacio y el hecho de que tu fisonomía no sea equilibrada carece de importancia. Poco a poco irás controlando los sistemas, incluida el de la voz.

—Como se nota que no estás hablando de “tu” fisonomía – responde con ironía.

—Alain, no tenemos mucho tiempo – es el jefe Matt el que interviene, cortante — El Comité está poniendo toda la base patas arriba buscándote. Tarde o temprano acabarán revisando estas instalaciones.

—Bien, ¿cuál es el próximo paso? Supongo que llevarme a un circo.

—Hemos preparado una de las naves de prueba más veloces de la flota del Bando Lunar – responde Rachel ajena a las ironías de Alain. — Si conseguimos lanzarte al espacio serás virtualmente inalcanzable… después de eso todo dependerá de ti.

—¿Y qué será de mí? ¿Cómo funciona este cuerpo mecánico?... ¿Qué necesidades tendré?

Rachel niega con la cabeza.

—No debes preocuparte por eso. Eres virtualmente inmortal. El neuroimplante está construido con materiales estables, una aleación de titanio y níquel que no degenerará en milenios. La pila de plutonio te asegura un suministro energético ilimitado… no tienes por qué preocuparte.

—Por supuesto que no me preocupo. ¿Alguien está preocupado aquí?

—¿Puedes ponerte en pie?

Alain no sabe muy bien cómo hacerlo. La interfaz le informa que su peso actual se eleva a 345,67 kilogramos y que el centro de

gravedad está desplazado hacia la derecha. Al parecer la pierna oruga y el brazo extensible son articulaciones muy pesadas.

Decide incorporarse. De pronto su brazo derecho se extiende en un potente movimiento y se apoya en el suelo. Eso le permite, con el brazo hidráulico, apoyarse en la camilla de metal en la que estaba tumbado e incorporarse. La camilla queda mellada en la operación pero al final la pierna oruga se apoya con éxito en el suelo. La otra pierna es demasiado larga. Alain la encoge y la mantiene flexionada en el aire. Está en equilibrio.

—¿Qué os parece? Pintoresco ¿verdad? – pregunta Alain

—Aprenderás a moverte. Esas extremidades industriales son herramientas de gran precisión y fuerza.

Alain decide andar y la pierna oruga emite un poderoso ronroneo. Avanza en línea recta mientras su brazo extensible va apoyándose rítmicamente en el suelo, como si se tratara de un aparatoso bastón, a fin de completar la sensación de equilibrio y seguridad.

—¡Perfecto! – exclama el jefe Matt, sorprendido por el extraño espectáculo de contemplar a Alain moviéndose.

Tanto él como Rachel salen al encuentro de Alain para conducirlo a su próximo destino.

—Por cierto Alain. Encontré esto en el bolsillo de tu uniforme…

Rachel se acerca a él y extiende la palma de su mano, mostrándole un pequeño cubo de color amarillo.

—Es un módulo de Kesquer… pero no es de manufactura lunar, aunque observo que tiene un punto de conexión por cara… debe ser compatible con tu sistema.

—Cielos, es verdad… me lo dio el Reverendo… nunca me llegó a explicar para qué servía.

—Bueno, quédatelo. A lo mejor un día puedes analizarlo. Desde luego aquí y ahora no tenemos tiempo.

Rachel lo introduce en un compartimento que abre y cierra que se encuentra enclavado en el pecho de Alain, ahora un torso de metal destinado a dar soporte a las cuatro extrañas extremidades que forman su cuerpo.

Como los movimientos de Alain son muy ruidosos deciden subirlo a un transporte de contenedores de tamaño medio y lo desplazan fuera del complejo de laboratorios cerrados.

—Debemos ir a las toberas de lanzamiento. Nuestra gente nos aguarda allí. Hemos logrado engañar a la tripulación oficial diciéndoles que su vuelo de prueba se ha suspendido. En su lugar estarás tú.

—¿Qué debo hacer entonces?

—Hablarás con la IA de la nave y le pedirás que ponga rumbo hacia la constelación de la Osa Mayor. Es la dirección en la que los coreanos han detectado la Gran Sombra. Deberás interceptarla, teniendo en cuenta las posibilidades de la Xium Infinity y la velocidad a la que se desplaza la criatura, con suerte en pocos años darás con ella.

—¿Pocos años? Pero Rachel, qué voy a hacer en todo ese tiempo ¿crucigramas? Me volveré loco. Hay que parar todo esto, es un disparate, no tiene sentido, no sé qué voy a hacer con esa Gran Criatura… Por muy longevo que sea no creo que sea capaz de mantenerme cuerdo dentro de este artefacto tanto tiempo. Es sencillamente imposible.

—La interfaz de comunicaciones que te implantaron los coreanos resuelve el problema. Nos quedará constancia de cualquier interacción que mantengas con ella. Eso es lo máximo a lo que podemos aspirar, y es muchísimo, créeme.

—Pero me volveré loco todo ese tiempo.

—No, en absoluto. Tienes la opción de entrar en modo suspensión… quedarás sumido en un sueño y ahorrarás batería. Para ti va a ser como si mañana mismo estuvieras llegando allí.

Han llegado a un hangar de enormes dimensiones en el que no se alcanza la visión de su límite final. En uno de los laterales se abren sucesivos huecos cilíndricos tapados por compuertas hidráulicas de gran envergadura. Se trata de las toberas de lanzamiento. Algunos cohetes se encuentran fuera de las mismas, en labores de mantenimiento e inspección, pero en ese momento hay pocos operarios a la vista.

—Antes de proseguir es necesario que te encojas todo lo que puedas a fin de que parezcas un prototipo a incluir en el equipamiento

de la Xium Infinity. Ante todo, debes ocultar tu módulo Kesquer, que resulta muy reconocible.

Alain da la orden al neuroimplante y automáticamente observa como su cuerpo se pliega sobre sí mismo, encogiéndose cual sofisticado origami en una serie de pliegues que dan como resultado un complejo mecano de apariencia cúbica en la que resulta imposible hallar rastro del módulo Kesquer, oculto en su centro.

—Muy buena esa lección de contorsionismo – aplaude el jefe Matt – Magnífico.

El jefe Matt y Rachel, sustituyen entonces sus batas por monos marrones que los identifican como operarios de logística.

Inician el camino hacia una de las toberas de lanzamiento. Alain ve a través de la interfaz del neuroimplante a algunos pilotos con los que se cruzan, así como a técnicos de mantenimiento, pero todos ellos ignoran por completo a la comitiva. Finalmente, Rachel y el jefe Matt se detienen junto a una gran compuerta hidráulica que permanece abierta. En su interior se aprecia una enorme nave espacial fusiforme, diferente a la habitual estructura cilíndrica de los cohetes clásicos. Hablan con unos operarios y estos aceptan, después de verificar unos documentos que entrega el jefe Matt con voz autoritaria, que instalen el "módulo de reconocimiento" en la Xium Infinity.

—Ya está todo hecho – sentencia Rachel una vez han introducido a Alain gracias a un ascensor de carga, en la bodega de la Xium Infinity. – Aquí nos despedimos. Dirígete al puesto de piloto. Dentro de unos minutos uno de los nuestros ocupará la torre de control del hangar. Se pondrá en contacto contigo para que puedas despegar sin problemas. Hay que hacerlo rápido, Alain. Te deseo lo mejor.

Rachel está a punto de irse, pero Alain recuerda algo de pronto.

—Rachel, espera. ¿Qué tiene que ver la escala de Kardashev con todo esto? – La situación le ha recordado su embarque precipitado en la base coreana y las palabras de despedida del científico a las que no ha hallado explicación.

—¿La escala de Kardashev? Ni idea, Alain.

—Fue algo que me dijo un científico coreano, justo antes de lanzarme al espacio… todo esto tiene que ver con la escala de Kardashev.

Rachel sacude la cabeza, perpleja.

—La escala de Kardashev es una propuesta formulada en el siglo XX en la que se especula que existen distintos grados de civilizaciones en función de su capacidad energética. Nosotros, nuestra civilización, nunca habría sobrepasado el nivel básico, el cero. Una civilización capaz de aprovechar toda la energía de su planeta sería la 1, toda la energía de su sistema solar, tipo 2 y toda la energía de la galaxia, tipo 3. No veo que tiene que ver con nosotros… pero Alain, no tenemos tiempo para filosofar por muy interesante que sea el tema. Debo irme o llamaré la atención de los técnicos de la Xium.

Rachel se despide y Alain opta por situarse en el asiento del piloto. Sus movimientos son torpes y golpea ocasionalmente las paredes de los pasillos con sus extremidades metálicas, por lo que se ve obligado a desplazarse muy despacio.

A los pocos segundos de haberse instalado en la butaca de piloto la torre de control se pone en contacto con él. Habla una voz masculina y grave, de un hombre de edad madura.

—Atención Xium Infinity, Torre de Control informa. Se está cerrando la compuerta de lanzamiento. Todo listo para la propulsión de despegue en diez segundos.

Alain asiente y observa cómo su implante neuronal hace un reconocimiento del complejo sistema de pilotaje de la Xium.

“Asimilado” informa el neuroimplante.

—Todo listo en la Xium Infinity. Procederé a la ignición tan pronto me indiquen.

Hay unos segundos de silencio, que finalizan con un eco lejano, una vibración que confirma a Alain que la compuerta se ha cerrado a sus espaldas. Casi inmediatamente delante de él se abre otra compuerta, dos hojas que se separan rápidamente y que permiten ver un cielo estrellado.

—Proceda con la ignición – ordena la voz de la torre de control.

Alain activa la ignición y la Xium sale despedida de la tobera como una bala lo hace del cañón de un rifle.

—Suerte – se despide la voz de la torre de control. – Debes saber que Rachel y Matt han sido apresados. Pero no te preocupes… tú estás

a salvo.

La noticia deja desconcertado a Alain.

Cuánta gente ha muerto para que yo pueda llegar… ¿a dónde? No sé ni lo que debo hacer… esto es completamente absurdo.

Alain observa que la interfaz neuronal está interactuando con el sistema operativo y la IA de la Xium. Sin darse cuenta siquiera, la interfaz ha desplegado una serie de cables que han brotado de su pecho y se han insertado en distintos puertos del panel de mandos. No necesita ni hablar para que la Xium acelere y tome la dirección que le interesa.

No están nada mal estas capacidades. Ahora es como si yo mismo fuera la Xium.

Un mensaje parpadea en su interfaz de forma continua.

“Es necesario reiniciar”

¿Reiniciar? ¿por qué?

“Hace falta completar el proceso de asimilación del neuroimplante. Los restos biológicos que forman parte de nuestro ser se hallan en grave peligro de sufrir un fallo crítico para todo el sistema por causa de la radioactividad. El proceso debe completarse.”

¿Qué supone eso?

“Perder la consciencia durante el proceso de asimilación. Tan pronto esté completada recuperarás el pleno dominio del sistema”

Alain observa que la nave sigue acelerando de forma ininterrumpida desde el lanzamiento y que todo está bajo control. Los radares no muestran ninguna señal de peligro. Consiente.

Reiniciar.

Todo se apaga.



Un instante después recupera la consciencia. Se siente algo extraño. Observa todo a través del neuroimplante y sin embargo, es igual que siempre. De inmediato advierte un aviso del sistema de radar de la Xium. Una nave se acerca con intención de interceptarla.

¿Una nave del Bando Lunar?

"Negativo"

¿Una nave de algún Bando de la Tierra?

"Negativo"

Vamos a ver… se supone que es una nave de algún tipo de tripulación humana, ¿no?

"No tenemos evidencia de que sea así"

Estamos en el sistema solar, lo lógico es pensar que sea alguna nave de alguna nación que…

"Negativo"

¿Qué negativo?

"No estamos en el sistema solar".

Pero ¡si acabamos de salir despedidos de la Luna! Solo he estado inconsciente… ¿unos minutos? Espera… espera… ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

“Ciento veintidós años, tres meses, quince días, dos horas y cuarenta minutos”.

¿Ciento veintidós años? Pero si solo iba a viajar unas pocas décadas ¿Dónde estamos?

“Cerca de los límites exteriores del plano de la galaxia. Y esa nave nos está examinando con multitud de sensores. Debe inferir que somos una sonda. No ha detectado vida”.

¿No ha detectado vida? ¿Y yo qué soy? ¿Un espantapájaros?

“Tú ya no eres un ser biológico. Observa, a tu derecha yacen los despojos que debían ser reciclados”.

Alain mira a su derecha y descubre, con un desagradable sobresalto, una calavera unida a una larga columna vertebral. Son huesos blanqueados por el tiempo.

¿Ese de ahí quién es?

“Ese de ahí eres tú… o mejor dicho, tus restos. Era necesario que el neuroimplante sustituyera todo tu sistema nervioso y de relación con el mundo exterior, visión, habla, oído… El sistema biológico no soportaba la intensa radiación de la pila de plutonio, así que ahora todos esos sistemas son digitales y están conectados al neuroimplante que, por cierto, ha sustituido satisfactoriamente al cien por cien de tu sistema neuronal primitivo, que también ha sido eliminado”

¿Y yo sigo siendo yo?

“Creo que no tenemos tiempo para estas disquisiciones filosóficas. Si prestas atención a los sistemas de detección del neuroimplante puedes averiguar cosas de los asaltantes que se aproximan”.

Alain observa que, efectivamente, la nave que los persigue se mueve mucho más rápido que la Xium Infinity. En pocos minutos van a ser interceptados. No obstante, lo angustioso de la situación, el neuroimplante le ofrece varios menús en relación a la nave alienígena y sus ocupantes. Rápidamente Alain echa un vistazo a la información que se le ofrece.

Sistema de propulsión, armamento, dimensiones, fuentes energéticas… Alain pasa por encima de los menús desplegables y se detiene en el que realmente le llama la atención.

Formas de vida biológica.

Al abrir el menú se despliega ante él una infografía en tres dimensiones que gira lentamente y que muestra a un ser no muy agraciado. Su piel, en las partes visibles, es de un color verdoso pero cuya intensidad varía como si se tratara de un camuflaje para la jungla. Es un ser barrigón con varias protuberancias que surgen del abdomen que cuelgan de forma desagradable. Posee tres piernas, si bien la posterior bien podría tratarse de una especie de cola, ya que su fisonomía es diferente a las otras dos. Sobre el pecho surge una protuberancia circular que Alain considera debe tratarse de la cabeza. Está cubierta por una pelambrera de aspecto rugoso y rígido y en el centro de su semblante surge un tentáculo similar a una trompa que parece albergar la boca.

“Se autodenominan Kralic” informa el neuroimplante.

¿Han emitido alguna señal de comunicación?

Negativo.

¿Disponemos de algún margen de maniobra evasiva?

Pero la pregunta de Alain es redundante. Él mismo ya se da cuenta que la capacidad tecnológica de los kralics es muy superior a la humana.

“Inician maniobra de abordaje en tres… dos… uno…”

Los kralics hacen saltar por los aires una de las compuertas de la Xium. La cabina se despresuriza rápidamente, cuestión que no preocupa a Alain en absoluto. No queda ni rastro de ninguna función bio en su cuerpo, es puro metal, así que espera impávido la llegada de los invasores.

Son más pequeños de lo previsto. Su estatura apenas supera el metro y medio. Van enfundados en voluminosos trajes espaciales y se mueven con torpeza en el interior de la Xium. Hablan entre sí.

Sincronizando… sincronizando…

—Hola, seres Kralics, sed bienvenidos a la Xium, una nave

espacial de manufactura humana.

Los kralic se detienen en seco. Es lo último que esperaban. Que una voz con acento genuino kralic les hablara en su frecuencia de radio.

Alain se incorpora de su asiento y se presenta a los recién llegados saludando con su enorme brazo extensible que parece tropezar con todas las paredes de la cabina.

—Mi nombre es Alain. Soy un ser robótico que se dirige al espacio exterior, dispuesto a enfrentarme a la Gran Sombra, la criatura que devora soles y planetas y cuyo rumbo amenaza a mi sistema solar.

Alain observa, a través del neuroimplante, que la reacción de los kralic es alarmante.

—Empleen la bomba magnética, … bomba magnética…

Una voz chillona, probablemente de su comandante, da la orden y los kralic maniobran dando paso a un nuevo asaltante que porta un artefacto voluminoso.

—Escuchadme primero, no voy a hacer ningún daño…

Pero el discurso de Alain es interrumpido en seco. Un disco magnético que ha surgido del arma del kralic ha impactado en su pecho y ha quedado fijado como un potente imán. Ha desatado una poderosa descarga magnética que ha obligado al neuroimplante a activar el modo protección. Todo queda sumido en la oscuridad y el silencio.



Recupera el conocimiento.

Una multitud de kralic merodean a su alrededor. Han sujetado todas sus extremidades con poderosas cinchas metálicas. Está perfectamente inmovilizado, tumbado sobre una mesa situada en el centro de lo que parece un laboratorio.

“Estas siendo monitorizado” informa el neuroimplante.

Alain recibe una sobrecarga de información proporcionándole características técnicas y biológicas de cuanto lo rodea. Lo más llamativo es que han envuelto su pila plutónica en algún tipo de material que contiene la radiación. Por otro lado un potente electroimán descansa sobre su pecho. Está desactivado, pero es obvio que a la más mínima señal de peligro lo pueden dejar fuera de combate.

Una comitiva de kralic se dirige hacia él tan pronto evidencian que está operativo.

—¿Qué sabes del De-Gi-Than? – le interrogan.

Alain comprende al instante que se están refiriendo a lo que él denomino la Gran Sombra, el ente constituido de la misma sustancia que la Criatura que invade la Tierra pero de proporciones

pantagruélicas.

—Hay una criatura de menor tamaño devorando nuestro mundo, pero hemos descubierto a esta otra, mucho mayor, y quiero establecer contacto con ella.

—¿Establecer contacto? Eso es imposible.

—No para mí. Realmente en mi esencia soy un ser biológico, inteligente, similar a vuestra raza… en ciertos sentidos, quiero decir. Me preocupa lo que ese ser, De-Gi-Than, puede hacer a nuestro sistema solar y a la galaxia entera. El contacto me puede proporcionar información de interés, puntos débiles, posibilidades de negociación…

—El De-Gi-Than se alimenta de galaxias. No negocia – replica uno de los kralic con voz cavernosa.

—Sí, es un peligro para todos. Y como os digo, estoy listo para entrar en contacto con él.

Los kralic parecen rumiar la noticia. Después el que parece su líder pregunta.

—¿Con qué objetivo pretendes entrar en contacto con él?

—Simplemente adquirir más información sobre esa criatura. Qué lo constituye, qué pretende… ¿se puede negociar? A fin de cuentas nuestro mundo alberga vida inteligente y muchos ecosistemas valiosos e irrepetibles en el cosmos. Es una pérdida colosal que todo eso quede destruido y arruinado.

—¿Así que quieres convencerlo para que os deje en paz?

—Podría decirse así, sí.

Los kralic guardan silencio y después emiten un extraño zumbido por sus trompas faciales.

Después de un rato Alain lo comprende. Se están riendo.

—Tu pretensión de negociar con los De-Gi-Than es completamente ridícula – informa uno de ellos.

—Los De-Gi-Than integran la Estirpe de los Últimos, y son los dioses del Cosmos. Estaban antes que cualquiera de estas pequeñas civilizaciones biológicas y perdurarán después de que todos nosotros hayamos desaparecido.

El resto de los kralics aplauden estas palabras con nuevos zumbidos de sus trompas, aunque esta vez resuenan con una percusión distinta.

—Nosotros somos sus seguidores.

Alain observa perplejo los rostros inexpresivos de los kralic. Sus ojos están ocultos por la extraña pelambrera, según observa por el escáner del neuroimplante, y su expresión es indescifrable. Es posible que los pliegues que forman su semblante puedan servir de reflejo de sus emociones, pero lo cierto es que no se siente capaz de deducir nada de ellas.

—¿Qué quiere decir que sois sus seguidores? ¿Estáis… huyendo de él?

—No, todo lo contrario. El De-Gi-Than es el Dios del cosmos vivo. Ellos reciclan la materia, la devoran, la consumen y aceleran el Gran Tránsito. Nosotros abrazamos el Gran Tránsito y somos testigos de su poder.

—Pero… no es un disparate. ¿Vuestro planeta no está en peligro?

—Nuestro planeta fue devorado y destruido por un De-Gi-Than. Los que no abrazaron el credo fueron purificados.

—Entiendo… creo entender.

—En tanto tú contemplas al De-Gi-Than como un adversario te conviertes en nuestro enemigo. Todo enemigo del De-Gi-Than es nuestro enemigo.

—Que yo no he dicho que quiera atacarlo o destruirlo.

—No ,tú no, pero sí quieres averiguar sus puntos débiles, lo has dicho, y el pueblo kralic lo ha escuchado. Y si quieres conocer sus vulnerabilidades es porque quieres atacarlo.

—Pero … no entiendo. ¿No decís que el De-Gi-Than os arrebató y destruyó vuestro planeta?

—Sí, era algo que debía ocurrir tarde o temprano. Nosotros abrazamos esa destrucción, abrazamos la purificación del De-Gi-Than.

—Tú en cambio la combates. No aceptas la purificación –recrimina uno de los kralic que hasta la fecha no había dicho nada.

—Debes ser sacrificado

Oh, por Dios, otra vez no.

—Todo el que reta el gran poder del De-Gi-Than debe ser aniquilado.

Todo este esfuerzo y sacrificio ha sido por completo inútil.

—Es absurdo sacrificar a una máquina como yo. No supongo ningún peligro ni para vosotros ni para el De-Gi-Than.

—Vamos a proceder a la desconexión de la pila de plutonio. Después desmembraremos tu cuerpo y examinaremos los componentes de los que estás hecho. Hay facetas de tu maquinaria que nos resultan interesantes, en especial tu cerebro. Procedan.

La indicación del que parece ser el comandante de la nave activa un protocolo y de inmediato los kralic se ponen en movimiento en torno a él. Primero lo trasladan con un sofisticado transporte a un hangar en el que han dispuesto focos alrededor de una superficie circular en donde lo depositan. Aunque Alain pretende moverse, de una forma u otra todos sus mecanismos mecánicos están completamente anulados. El neruoimplante le informa que un potente campo magnético paraliza todas sus funciones motrices.

Entonces lo elevan a fin de facilitar el acceso a su neuroimplante. Alain percibe como su nuca es peligrosamente vulnerable.

Entonces varias bocinas resuenan al unísono y todos los kralic parecen entrar en estado de shock. “Qucruts”, repiten sin cesar unos y otros mientras una voz en megafonía advierte a todo el personal de la imperiosa obligación de seguir los protocolos establecidos.

Qucruts… ¿qué diablos significa eso? Una lluvia de meteoritos.

Alain piensa eso porque se oye un repiqueteo que procede de la cubierta exterior de la nave, como si estuvieran martilleándola. Observa que el pánico cunde en la tripulación kralic, que se apresura en enfundarse sus escafandras de vacío. Muchos aún no la han completado cuando una gran área circular de la cubierta superior del hangar sale despedida al espacio exterior junto con todo el aire presurizado del interior.

El escape del gas provoca un vertiginoso tornado que arrastra a todo tipo de objetos sueltos además de a los tripulantes que no han

tomado la precaución de anclarse a la estructura de la nave. Aun así, los que han tenido tiempo de aferrarse a algo no han podido soportar la descompresión y la brusca bajada de temperatura que implica el espacio vacío. El hangar queda repleto de cadáveres kralic. Mientras tanto la cubierta es perforada en varios puntos adicionales, de donde se efectúan aberturas del casco similares a la primera. No todo está perdido. Varios kralic protegidos por sus escafandras espaciales y provistos de armas, aguardan la llegada de los invasores. Reina una espera cargada de tensión.

Entonces tiene lugar el asalto. Por las aberturas se introducen a una velocidad endemoniada figuras metálicas de aspecto humanoide. Se desplazan rápidamente impulsadas por propulsores en sus espaldas, exageradamente anchas. Sus siluetas son esbeltas y rebelan una tecnología poderosa y sofisticada. Son criaturas de aspecto robótico, con una cintura fina y unas extremidades inferiores y superiores de aspecto mecánico. Sobre los hombros se asienta lo que parece ser la escafandra de la cabeza, sin que exista una extensión similar a un cuello, y cuyo rasgo principal es la de formar una silueta ovalada de orientación vertical iluminada con una pálida luz azul.

Tiene lugar un intercambio de fuego entre defensores y asaltantes que en un primer momento es encarnizado, pero rápidamente las tornas se vuelven a favor de los recién llegados, que parecen invulnerables al fuego kralic, y tan pronto dominan la situación acaban exterminando toda oposición.

La interfaz de Alain pugna por captar las señales radiofónicas entre los soldados asaltantes.

Sintonizando… sintonizando….

—… este era la avanzadilla del cuadrante …. Transmitir al cuartel general el éxito rotundo en la eliminación del enemigo kralic.

—… la nave alienígena que han apresado los kralics no parece contener vida biológica. Informamos de la existencia de un resto biológico… sin duda no debió de haber supervivientes…

—En eso están equivocados – Alain decide que cuanto antes irrumpa en la conversación radiofónica tanto mejor para él. – Los kralic me apresaron e impidieron que continuara con mi misión. Estoy aquí, apresado, sujeto por estos anclajes.

Al dar señales de vida los invasores reparan en que se haya inmovilizado. Pronto media docena de extraños seres con escafandras

se han aproximado a él. Sus piernas estilizadas y mecánicas contrastan con sus torsos anchos y sus espaldas aún más pronunciadas. Su fisonomía, ahora que lo rodean mientras él se encuentra impotente e inmovilizado, les confiere un aspecto amenazador.

—¿A qué raza perteneces? Eres un robot ¿verdad? Sin embargo… tu estructura cerebral es muy compleja – dice uno de ellos. Alain no puede saber quién está hablando porque toda comunicación es a través del canal de radio y las escafandras hacen completamente opacos los semblantes de sus presuntos libertadores.

—Soy un humano… pero es verdad, he acabado convertido en una máquina. Un implante neuronal ha sustituido progresivamente mi tejido nervioso vivo por uno artificial formado por una base de aleación de níquel, silicio y titanio, entre otros metales. Actualmente mi cerebro funciona gracias a una fuente de energía proporcionada por una pila de plutonio.

—Sí, observamos elevados niveles de radiación y los escáneres nos muestran que lo que dices es cierto. ¿Y qué haces en este lugar de la galaxia tan alejado de las zonas habitables?

—Iba en busca de la Gran Sombra, la criatura que los kralic llaman De-Gi-Than, a fin de contactar con él y, evitar, en lo posible, que acabe destruyendo nuestro sistema solar y la galaxia.

Las figuras quedan en silencio, sin moverse siquiera mínimamente. Parecen desconcertadas por lo que acaba de decir. La interfaz le muestra que su actividad latente ha descendido, como si hubieran quedado anuladas por lo que acaba de decir.

—Es imposible comunicarse con un De-Gi-Than. ¿Qué pretendes?

—Yo me he comunicado con una Criatura como el De-Gi-Than, mucho menor, desde luego, que está asolando nuestro planeta. Si puedo debo encontrar el punto débil de esa enorme criatura para facilitar en la Tierra que puedan destruir a la que nos está sometiendo.

—¿Y qué tamaño crees que tiene el De-Gi-Than?

—Varias decenas de años luz de diámetro, según tengo entendido.

—Querrás decir varias decenas de miles de años luz de diámetro. Es una criatura enorme. No creemos que puedas comunicarte con ella.

—No lo creéis,… y sin embargo me estoy comunicando con

vosotros. Eso debería bastaros para daros cuenta de que mi implante neural tiene grandes posibilidades. – Alain hace un pausa y considera que debe averiguar algo de sus libertadores — ¿Qué clase de criaturas sois? Observo vuestras extremidades mecánicas y pienso que sois ciborgs inteligentes. ¿Sois criaturas de inteligencia artificial?

Los seres de escafandras oscuras parecen mirarse entre ellos, sorprendidos por la revelación de Alain a la cual se ven obligados a dar cierto crédito. Uno de ellos considera que se debe responder a su pregunta.

—Debemos presentarnos a ti. Nuestro pueblo se denomina Qucrut. Al igual que los kralic, somos una estirpe cuyo sistema solar natal fue destruido por una Criatura menor, mucho más pequeña que un De-Gi-Than. Y a diferencia de los kralic, nosotros en vez de someternos a ese designio nos hemos conjurado para destruir esos demonios. Nuestro pueblo vaga por el espacio sin rumbo fijo, en naves colonia, a la espera de dar con la clave que nos permita acabar con los De-Gi-Than.

—Me complace oír eso. Creo que estamos en el mismo bando.

—También debes saber de nosotros que nuestra ambición es la eternidad de nuestra existencia y confiamos que la tecnología será capaz de conducirnos a la inmortalidad. No somos criaturas por completo mecánicas, aunque nuestra ambición es completar la Transición. Hemos logrado con éxito una operatividad funcional aceptable, pero no hemos logrado trasladar nuestra mente a una máquina… como al parecer has hecho tú, que constituyes un ejemplo vivo de lo que ambicionamos. Nos complace mucho haber dado contigo porque podrás brindarnos un valioso conocimiento sobre cómo resolvió tu raza un asunto tan delicado como sustituir las redes neuronales del pensamiento sin aniquilar la persona que subyace en ellas.

—Por supuesto, estaré encantado de colaborar.

Una voz confirma por radio que la nave kralic ha sido completamente tomada y sus tripulantes aniquilados.

—Seguid el protocolo. Cargas explosivas y abandonamos la nave.

Proceden entonces a liberar a Alain del electroimán que lo mantenía paralizado y lo conducen a una de las esclusas de la nave kralic, que ahora está abierta. Alain se asoma para contemplar la fría oscuridad del espacio vacío. Frente a él flota una nave espacial de

fisonomía esbelta y negra como el azabache, solo iluminada en escasos puntos con luces de posición y un puente que resplandece con un leve brillo azulado. Permanece suspendida en el espacio aparentemente quieta, completamente inmóvil. Alain sabe que se trata de una ilusión. La interfaz le indica que ambas naves viajan a la misma velocidad y la quietud que observa es relativa.

No tengo el más mínimo problema de permanecer en el espacio vacío. Que duda cabe que ya soy enteramente una máquina… aunque comparado con mis nuevos amigos qucrut debo parecer una especie de Quasimodo.

Con varias pequeñas lanzaderas los asaltantes qucrut, acompañados de Alain, abandonan la nave kralic y desembarcan en el puerto de la nave matriz. Alain observa poco después de desembarcar como la nave kralic se incendia y explota en una aparatosa nube de llamas que rápidamente se dispersa y apaga en el vacío. Todo ha transcurrido en el más absoluto silencio.

Poco después le presentan al comandante de la nave. Luce el mismo modelo de escafandra que sus compañeros de especie, salvo por la diferencia de que la suya es de un color rojo vino. Le saluda con cortesía y le ruega que se dirija al laboratorio médico para someterlo a una serie de pruebas. Sienten verdadera curiosidad por las cualidades técnicas del neuroimplante.

Le indican dónde situarse, en el centro de un círculo del cual han apartado una sofisticada cama para pacientes pero que, dada su fisonomía, resulta por completo inapropiada. Varios aparatos de escáner descienden hacia el casco del neuroimplante. Alain recibe información de todos los procesos a los que está siendo sometido.

Sintonizando… sintonizando…

Qué raro… han cambiado la frecuencia en la que se comunican… lo hacen ahora en un canal encriptado…

Sintonizando… sintonizando…

—… magistral en la forma en la que los chips se han acoplado a lo que debía ser la sustancia biológica que conformaba el cerebro de la criatura. Han diseñado un proceso de asimilación nanotecnológico muy ingenioso, similar al que se produce cuando un ser vivo genera un fósil.

—¿Es replicable?

—Me imagino que sí… pero es una tecnología que tendríamos que examinar al detalle… habría que desmontarlo por completo.

—Eso acabaría con la vida del sujeto, ¿no es así?

—Indudablemente. Estamos hablando de realizar análisis micro que requerirían desintegrar la red neuronal por completo. Una vez hecho esto podríamos tratar de emularla.

—¿Completaríamos así nuestro Tránsito?

—Siempre que tengamos éxito en la investigación. Es algo que nunca podemos garantizar de antemano.

Un largo silencio.

—Procedan.

Alain siente que todo su cuerpo ha quedado inmovilizado. Han atrapado todas sus extremidades con un sinfín de cables móviles que han surgido del suelo y se han adherido a sus mecanismos como garfios que lo mantienen anclado.

—¿Qué está sucediendo aquí? – exclama Alain indignado. – Creía que estábamos en el mismo bando. Yo también quiero aniquilar al De-Gi-Than, como vosotros.

—Es posible que seamos aliados en esa cuestión de fondo, pero para nosotros es más importante completar el Tránsito, perseguimos la inmortalidad… fijar nuestro pensamiento a una máquina como has hecho tú es nuestra meta desde muy lejanos tiempos. Gracias a ti lo lograremos. Representas una oportunidad irrepetible.

Varios qucrut se acercan a examinar sus ataduras. Alain pugna por deshacerse de ellas, pero resulta por completo imposible.

—Comandante – una nueva voz interrumpe la comunicación radiada – Es preciso que se dirija al puente. Se trata del De-Gi-Than.

Alain no presta atención a la conversación ahora.

Si al menos tuviera aquel módulo del pueblo del desierto… me convertiría en un combatiente mortal.

De pronto viene a su memoria el módulo que le dio el Reverendo.

Pero no sé para qué diablos servía ese módulo. Simplemente me dio a

entender que podría ser peligroso, pero me dijo que yo parecía alguien de fiar cuando me lo entregó…

Alain observa como están aproximando una máquina de corte a las inmediaciones del casco de su neuroimplante. Pretenden quitarle la protección para después proceder a desarmar su cerebro, neurona a neurona.

Es el neuroimplante el que le ofrece una solución. El brazo extensible. Está firmemente sujeto y no lo puede mover… pero con lo que no cuentan los qucrut es con su capacidad telescópica y de giro. El neuroimplante hace los cálculos, una maniobra de décimas de segundo es factible. Alain se decide.

En un movimiento fulgurante despliega el brazo, extendiéndolo, de tal manera que sus ataduras resultan inútiles, después de varios giros velocísimos de sus múltiples articulaciones, extrae el módulo de ampliación Kesquer de su compartimento en el pecho y lo incrusta en la nuca, en uno de los puertos libres del neuroimplante. Ha sido tan rápido que los qucrut que lo rodean no han tenido tiempo de reaccionar.

Automáticamente, tras la conexión del módulo, Alain siente una descarga eléctrica, como si en su antiguo cuerpo biológico se estuviera produciendo una vertiginosa afluencia de adrenalina, la misma que se produce justo antes de realizar un gran esfuerzo o enfrentarse a un peligro mortal.

Pero la sensación de recarga aumenta sin parar, como si alguien estuviera girando una rueda de incremento de potencia y ese giro no tuviera fin, superara todos los límites recomendables y se acercara a algún género de nivel capaz de aniquilarlo por completo. Una tensión incontenible crece dentro de Alain, que no sabe explicar ni entender qué está sucediendo.

Los qucrut se apartan de él asustados. El movimiento inesperado del brazo los ha dejado perplejos y ahora presienten que algo electrizante sucede en el cuerpo de Alain. Un ligero zumbido vibra en el aire del laboratorio.

Sintonizando… sintonizando…

¿Qué sucede ahora? Tengo la impresión de que mi cabeza va a estallar. Y … ¿qué diablos está sintonizando ahora el neuroimplante?

Alain no siente dolor, pero sí una tensión que parece que puede

hacerle estallar su cerebro artificial. Los sensores internos alertan de que la temperatura del neuroimplante adquiere valores peligrosos. Los procesadores están operando muy por encima del máximo de su capacidad. El diagrama que le muestra la interfaz es una serie de ondas de color azul entremezcladas con otras de color rojo. Alain al fin comprende lo que está tratando de hacer el neuroimplante. Asimilar esas ondas, emularlas.

… Pero … ¿para qué?... ¿qué sentido tiene esto? Voy a estallar… mi neuroimplante se va a fundir. ¿Qué estoy tratando de sintonizar con tanta desesperación y potencia? ¡Ese maldito módulo era una trampa!

—Desactiven esa cosa como sea. No me gusta lo que está sucediendo – es la voz del comandante qucrut hablando por el canal interno— Tenemos al De-Gi-Than echándosenos encima. Toda la tripulación de vuelo al puente para maniobra de evasión.

Sintonizando… sintonizando…

Los qucrut del laboratorio están asustados y se han alejado de Alain, pero tras la orden del comandante se miran entre sí, pensando de qué manera pueden poner fin a la vida de la extraña máquina que han capturado.

“Aviso por sobrecarga de temperatura”

Hay un momento en el que las ondas azules y rojas se solapan perfectamente y en ese instante Alain lo comprende. Resulta alucinante y revelador. Por un instante percibe la realidad a través de los ojos de los qucrut. Está sintonizando su cerebro… toda su actividad consciente. Visualiza su miedo ante lo desconocido, su temor, su incertidumbre y dudas de no saber qué hacer en ese momento. Alguno de ellos ha tomado la decisión de freírlo con una potente descarga eléctrica. También es consciente de la amenaza del De-Gi-Than que se cierne sobre ellos y de cómo la perciben los qucrut que están en el puente.

Ve todo su desconcierto… y comprende todo su poder.

Y los qucrut también se dan cuenta de que algo extraño ha sucedido. Alain observa cómo los seres de escafandra que le rodean quedan paralizados por el terror. Por un momento se han dado cuenta que ellos no eran los dueños de sus cuerpos y eso los ha aterrado.

De nuevo se produce un solapamiento de ondas.

“Advertencia… nivel de sobrecalentamiento crítico…”

El pánico paraliza a los qucrut. Las líneas de radio que emplean para comunicarse entre sí quedan absolutamente en silencio. Alain comprende que tiene el control. Rápidamente examina su sistema vital. En una centésima de segundo adquiere el conocimiento que busca. La coraza de los qucrut es invulnerable. Son adversarios duros, acostumbrados a combatir y que desean una larga existencia. Su sistema vital está pensado para sobrevivir a todo tipo de vicisitudes en el combate. Sin embargo, hay una para la cual no está preparada.

Alain descubre una válvula que les permite abandonar sus coberturas metálicas cuando estas están dañadas y trasladarse a una escafandra nueva.

¡¡¡Apertura de válvulas!!!

La orden centellea en la mente de Alain como un grito agónico. Toda la fuerza de la tensión acumulada en su neuroimplante se libera con ese mandato. El solapamiento de ondas es coincidente en un cien por cien y Alain observa cómo los qucrut a su alrededor, con movimientos convulsivos, porque van contra su propio instinto de supervivencia, proceden a realizar la apertura de sus escafandras.

Estas se abren con un siseo que deja escapar aire a presión. Una vez abiertas al a altura del pecho, como si de un gran bivalvo se tratara, Alain observa que en su interior palpita un corazón mecánico que mantiene un flujo sanguíneo que alimenta la parte verdaderamente biológica de aquella extraña raza, un cerebro de color rosáceo.

“Sobrecalentamiento crítico. Se aconseja detener sintonización”.

¡No!

Alain reexamina todo el sistema vital de la escafandra qucrut. Comprende que solo tiene una oportunidad. No puede fallar porque el módulo del neuroimplante está llevándolo a un punto de no retorno.

Desconexión manual de la célula de energía.

Los qucrut parecen sufrir una convulsión en tanto pugnan inútilmente por anular la orden. Impotentes, asisten a cómo sus propios brazos robóticos se introducen en el interior de la escafandra y arrancan los cables que proporcionan el suministro de energía que sustenta su sistema vital. Uno a uno mueren.

“Desincronización… desincronización… fallo general del módulo de extracapacitación”

La interfaz del neuroimplante avisa de un fallo crítico. Alain teme por los daños producidos en su sistema por el sobrecalentamiento, pero afortunadamente, pese a haber alcanzado varios cientos de grados, los circuitos han resistido y no se informan de daños críticos. El neuroimplante tiene capacidad de subsanar daños físicos en el sistema según le advierte un mensaje.

“Proceso de regeneración en marcha”.

Gracias al brazo telescópico Alain va librándose una a una de las innumerables ataduras que le retienen. Finalmente, cuando dispone de movimientos holgados, el brazo hidráulico entra en acción y arranca los que quedan por pura fuerza física.

Pero Alain no va a disponer de un momento de descanso. La nave sufre una fuerte sacudida y solo gracias a la rapidez de reflejos de algunos de sus miembros mecánicos evita caer al suelo. La interfaz le advierte de la captura de la nave qucrut por parte de una largo tentáculo del De-Gi-Than.

Ha llegado la hora de la verdad. Siempre pensé que tendría tiempo para preparar este encuentro… ahora… prácticamente sin armas… ¿qué puedo hacer? ¿Funcionará el comunicador de entrelazamiento coreano? Y… después de tanto tiempo, ¿habrá alguien en la Tierra que saque provecho de esta información?

“Ramificación del De-Gi-Than aproximándose rápidamente en nuestra dirección”.

Un largo tentáculo de la sustancia ectoplásmica del ser del espacio ha entrado en la nave y se expande por todos los pasillos como si fuera agua llenando los conductos de vasos comunicantes. Alain observa el proceso impávido, sabiendo que no hay escapatoria posible… y aunque la hubiera, de nada le serviría. Todo lo que es él ahora está preparado para entrar en contacto con aquella extraordinaria criatura.

Sincronizando… sincronizando….

Alain observa la sustancia que aparece en el extremo opuesto del pasillo por el que avanzaba. La criatura del espacio ha detectado su sistema de comunicación y se ha sorprendido. Debe ser la primera vez en eones que alguien intenta algo así.

—Saludos gran De-Gi-Than

La sustancia se detiene a escasos centímetros de él. Está evaluándolo.

—————— curioso ser ———————

—————— elemento radioactivo ——————

“Perdiendo sincronización”.

La interfaz alerta de la pérdida de sintonía. El ser ha cambiado la frecuencia de pensamiento. Alain insta al algoritmo a que encuentre una nueva sintonización.

Sintonizando… sintonizando….

El tentáculo está a punto de engullirlo, de absorber hasta el último julio de energía de su cuerpo mecánico. La pila de plutonio debe ser una especie de caramelo para él.

—¿Quién eres? ¿Por qué destruyes mundos y soles?

El tentáculo se ha detenido de nuevo, a escasos centímetros de su pila de plutonio. Alain comprende que ha obtenido una nueva sincronización en el último segundo.

—¿Qué clase de extraño y miserable ser eres tú? ¿Máquina… pero con un pasado biológico? ¿Quién te ha construido y qué pretendes llegando hasta mí? Tus sistemas son burdos, tecnología arcaica, que nada puede contra mí. ¿Qué pretendes?

—Solo quería conocerte.

—¿Conocerme? No tengo ningún deseo de que nadie me conozca. Mi único afán es despertar el temor de mis adversarios.

—Tus adversarios… ¿Quiénes son?

—¿No es obvio? Otros como yo.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde procedes?

—Yo soy lo que queda de una gran civilización cuyos orígenes se pierden en los albores del universo, cuando surgieron los primeros planetas aptos para la vida y ésta se desarrolló.

—Cuéntame más. Quiero saber de ti.

—Es algo que tu pueblo debería saber ya. Después de millones de años de evolución, tras el nacimiento del universo, surgió la vida inteligente, y con ella la civilización y la tecnología. De esta manera arrancó un progreso de rápida evolución que transformó nuestra especie. Pronto el planeta se nos hizo pequeño y nos expandimos por la galaxia, tropezando con otras civilizaciones. A esos encuentros, en su mayoría bélicos, sobrevivimos las civilizaciones más avanzadas e inteligentes. El progreso continuó y nuestras necesidades energéticas también lo hicieron, de tal manera que de explotar la energía de nuestro sol pasamos a aprovechar los recursos que dispensaba nuestra entera galaxia.

—¿Qué sucedió a continuación?

— Eres curioso. No tengo inconveniente en descubrir nuestra verdad. Con el tiempo la tecnología dotó de tanto poder y satisfacción a cada individuo que nuestra raza menguó, en un número tal que al final quedábamos unos pocos miles. Sin embargo, los recursos energéticos necesarios para garantizar la existencia de cada uno de nosotros no eran suficientes. Nuestra ansia de seguridad y de eternidad junto con la desconfianza hacia nuestros semejantes propiciaron una guerra fratricida. Solo podía quedar uno.

—Y esa es la explicación de la existencia de criaturas como tú, los De-Gi-Than. Sois los restos de vuestra civilización que todavía guerreáis entre vosotros por todo el universo.

—Nada de eso. Yo soy el único superviviente de mi civilización. Estoy seguro que destruí a todos mis rivales y fui dueño de mi galaxia, cuya energía y calor consumí por entero, cada uno de sus núcleos planetarios, cada una de sus estrellas menores… y hasta las gigantes las devoré para ampliar el cúmulo de energía que mantiene la sustancia inmaterial que constituye mi inmenso organismo y sustenta mi poder.

—Pero… y entonces… ¿de dónde procede la Criatura menor que devora mi planeta? Me dices que no es un semejante de tu raza. Si no es así, ¿qué es y de dónde procede?

Pero el De-Gi-Than no parece demasiado interesado en seguir la conversación. Finalmente, el tentáculo envuelve por completo a Alain, que queda totalmente bloqueado, sin capacidad de movimiento alguna.

—¿Qué haces conmigo? – Alain siente miedo. El tentáculo lo desplaza a una velocidad colosal, según puede observar que le indica la interfaz del neuroimplante. Es la única información que puede brindarle. El De-Gi-Than resulta opaco para sus sensores.

Pero el De-Gi-Than calla.

—Al menos podías responder a mi pregunta anterior. No sé qué ganas ocultándome la respuesta.

—La criatura que asalta tu planeta es otro igual a mí, pero mucho menos poderoso, último superviviente de su propia especie. El universo está lleno de individuos así, últimos supervivientes de especies inteligentes superdesarrolladas que han devenido en los De-Gi-Than, criaturas todopoderosas que consumimos el calor del universo con el ansia de engrandecernos y eliminar a nuestros competidores. La guerra entre los De-Gi-Than concluirá cuando quede sólo uno de nosotros.

—Pero sois seres terribles… estáis llenando el espacio de oscuridad, destruís las galaxias, los planetas donde hay vida, incluso seres inteligentes…

—No voy a explicarte a ti ahora la necesidad de la guerra. Es una ley de vida de la naturaleza, una pauta establecida en la evolución por la cual las especies progresan y las más aptas suplantan a las menos capacitadas. ¿Esperas piedad o compasión? El universo entero se rige por reglas que tal vez podemos calificar de hermosas… pero sobre todo y sin duda, crueles.

—¿Por eso la criatura que está tomando mi planeta te teme?

—He analizado la información que mora en tu primitiva memoria tecnológica y observo que la criatura de la que hablas te tenía miedo a ti. Carece de lógica.

Alain observa que su velocidad ha descendido progresivamente. De pronto no se halla en medio de la sustancia ectoplásmica de la Gran Sombra, sino que parece flotar en un entorno seco. Las estrellas brillan allá donde mire. Parece suspendido en el vacío del espacio, pero sabe que no es así. Está en el interior del De-Gi-Than. Éste le retiene y examina. Estira sus miembros mecánicos y Alain intenta oponerse, pero las articulaciones y mecanismos acaban rompiéndose. El De-Gi-Than lo está desarmando.

Su brazo hidráulico queda flotando inerte junto a él, y otro tanto

sucede con su brazo extensible. Poco después son las dos piernas las que se desanclan de su tronco y se alejan de él hasta perderse de vista.

—Eres una criatura curiosa. Voy a desarmarte hasta la última de tus piezas y desentrañar tus misterios. No eres nada para mí y no supones ninguna amenaza.

Debo hacer algo. Emplearé el módulo amarillo del Reverendo. Es mi última oportunidad.

“Módulo inoperativo. Daños críticos tras los sobrecalentamientos de su último empleo”.

Alain lo intenta una y otra vez, pero el mensaje de la interfaz se repite inalterable. Alarmado, observa como ahora ha separado el tronco metálico del casco que alberga el neuroimplante.

Ahora sí que estoy acabado. He de asumir mi fin.

El De-Gi-Than opera a Alain sin que este tenga alternativa alguna. Con delicadeza logra desunir cada uno de los puntos de soldadura del casco protector de la estructura neuronal que es el neuroimplante. Éste, tan pronto lo separa la red sináptica artificial, se expande como una malla elástica que ha estado comprimida por largo tiempo.

—Es una estructura fascinante, he de reconocerlo – comenta el De-Gi-Than mientras la observa.

Esto está a punto de acabar. Basta que desconecte la pila de plutonio de la red y será mi último pensamiento.

Un mensaje aparece en la interfaz de la pantalla.

“Medio idóneo para propagación del neuroimplante. ¿Procedo?”

Alain se queda desconcertado al observar el mensaje.

¿Qué significa exactamente? Es decir, puedo propagarme a través de la sustancia del De-Gi-Than… pero eso…¿qué propiciaría exactamente?

Alain sabe que no tiene mucho tiempo y nada que perder. El De-Gi-Than no va a tardar mucho en empezar a desmembrar la red del neuroimplante.

Procede.

Inmediatamente le embarga una sensación de vértigo, como si

cayera en un pozo oscuro a una velocidad colosal y el estómago doliera de la sensación de vacío intenso que provoca esa caída. Es como si no pudiera respirar. La intensidad de los pensamientos le resulta dolorosa. El conocimiento se multiplica de forma exponencial. De pronto lo sabe todo del universo. Es capaz de ver la luz de los albores del comienzo, la formación de las galaxias, el nacimiento de la vida, no en un planeta, sino en cientos, en miles… y después comprende la devastación, la guerra, la pugna por la supervivencia, la crueldad entre civilizaciones rivales y la más terrible de todas, la que surge entre los últimos individuos de la misma estirpe. Y el Universo muestra la fiereza de sus vástagos cuando contempla los enormes vacíos entre las galaxias, espacios apagados y sin vida, de cientos de millones de años luz de diámetro. Son las cenizas, los rescoldos fríos e inertes prueba del apetito voraz de enormes De-Gi-Than que han alimentado sus masas neurológicas de dimensiones galácticas con cuanta energía han topado.

“Proceso concluido con éxito”

Alain lo comprende. Se observa a sí mismo. Su ser se extiende por miles de años luz en diferentes direcciones. Cientos de tentáculos se alimentan de estrellas que se consumen rápidamente mientras otros otean el firmamento, escudriñándolo todo para detectar a posibles adversarios de los que huir… o a los que destruir.

Ahora yo soy el De-Gi-Than.

Entonces recuerda que en casa tiene una tarea pendiente.

Vamos a poner un poco de orden – piensa mientras dirige un tentáculo a una velocidad sideral al encuentro de la Criatura que ha tomado la Tierra.

Nota del autor

Hace unos años publicaba en mi blog, creo que aún sigue disponible, un pequeño cuento que abordaba una aventura inconclusa. Lo escribí por puro entretenimiento y sin pretender construir una historia con él. Creo que tenía proyectos más importantes entre manos en ese momento y me resultaba imposible tomarme en serio la conclusión de lo que se había iniciado como una narración trepidante. Sin embargo, el tiempo se ocupó de que no olvidara este breve relato. Un par de productores me explicaron que buscaban un guion para una historia con un ritmo vertiginoso y yo instantáneamente comprendí que mi cuento encajaba perfectamente con lo que buscaban. Me puse manos a la obra.

No obstante, había varios peros. El primero; mi relato era una historia inconclusa. Y el segundo, y no menos importante; cuando escribo ciencia ficción me gusta que tenga un cierto contenido científico, al menos que parta de alguna premisa que la ciencia pueda considerar como una hipótesis a estudiar. A menudo, y sobre todo en el ámbito de la cosmología, los estudiosos formulan hipótesis difíciles de contrastar, pero cuya mera existencia resulta tentadora para los escritores del género. Y si es posible aderezar dicha teoría extravagante con construcciones teóricas similares o alternativas de propia cosecha, mejor.

Con el relato en cuestión no tenía aún nada de eso, así que cuando empecé a hilvanar la historia no perdía de vista esta posibilidad, la de entroncar en la misma algún tipo de concepto que resultara conocido pero que se planteara de forma nueva, asumiendo premisas que nunca antes se habían formulado. “Tipo 4” tiene algo de eso.

En el cuento original había empleado a la “Criatura”, ese ente alienígena de proporciones planetarias que venía dispuesto a devorar el calor del núcleo terrestre. Me planteé que tal vez no se tratara de un organismo interestelar parasitario, que se alimenta de cuantos mundos encuentra a su paso por mera cuestión de azar, sino que fuera otra cosa mucho más evolucionada. ¿Qué sucedería si el tal ser era inteligente? ¿Y si además no fuera un ser común, sino el último de su especie? ¿Y si la existencia un “superente” con un poder colosal supusiera el devenir habitual de las civilizaciones tecnológicas? Era una hipótesis fascinante: una prolongación de la famosa Escala de Kardashev.

La teoría sería la siguiente: Las civilizaciones "superanvazadas" con una gestión energética descomunal, de escala galáctica, también adolecerían de otras características asociadas a esos grados de desarrollo. El primero de ellos es la vulnerabilidad. Cuantas más tecnologías desarrollas más eventos críticos de extinción propicias. Y no solo eso. Dichos eventos de extinción cada vez requieren de menos individuos para desencadenarlos. Lo vemos en nuestra sociedad. Hoy en día cualquier chiquillo lleva en su bolsillo más tecnología que el gobierno de Estados Unidos disponía en 1950. Otro ejemplo: la posibilidad de que un grupo reducido de personas sea capaz de construir un virus mortal y de fácil propagación, o un grupo de hackers de asestar un duro golpe a la economía de un país o provocar un caos mundial. Un grupo terrorista en la actualidad puede resultar infinitamente más letal ahora que hace cincuenta o cien años. Y eso por no hablar de una guerra nuclear, más probable cuantos más países se suman al club del armamento atómico. Estos dos factores me hacen inferir la hipótesis que a mayor desarrollo tecnológico más vulnerable resulta una civilización y que dicha vulnerabilidad cada vez requiere de menos individuos dispuestos a aprovecharla.

Con el tiempo suficiente y la repetición de eventos sucesivos de cuasi-extinción los supervivientes serían escasos y prácticamente rivales entre sí. (A este argumento podría objetarse que si la civilización en cuestión se ha expandido por toda la galaxia no sería tan fácil su erradicación, pero yo argüiría en contra de eso diciendo que con las tecnologías todopoderosas con las que dicha civilización cuenta no hay opción de eludir un final fatídico).

Así pues, tenemos una prolongación a la escala de Kardashev, la Tipo 4, junto con una aplicación oportunista de un controvertido darwinismo social que llevaría a estos De-Gi-Than a erradicarse entre sí. A estos dos ingredientes les faltaba añadir un sustrato que apoyara esta aventurada teoría. ¿Cuál sería? Como no, uno de esos misterios de nuestro universo que ha pasado desapercibido en general para el gran público porque la divulgación científica no le ha prestado excesiva atención. Me refiero a la desaparición de estrellas.

-Perdona, Carter – me dirá más de uno - ¿Desaparición de estrellas?

Sí, un hecho llamativo, desde luego. Todos sabemos que las estrellas nacen, se desarrollan y mueren, de formas muy diversas, desde luego. Lo que muchos ignoran es que algunas desaparecen. Lo hacen inesperadamente, por completo, un día están y al cabo de unas semanas, o días, o años, cuando los astrónomos vuelven a cartografiar

la misma región del firmamento, ya no están. Y no hablamos que se hayan desplazado porque se mueven muy veloces. Ni por supuesto, se hayan convertido en luminosas supernovas. Nada de eso. No están. ¿La razón? Se desconoce por completo. Algunos científicos teorizan con estrellas que implosionan directamente en un agujero negro sin que la luz de la supernova previa logre escapar al mecanismo succionador gravitatorio. Podría ser una explicación. Otra puede ser la construcción de una esfera de Dyson por parte de una civilización que quiere aprovechar al máximo la energía de su estrella, pero en algunos casos sería tan rápida su construcción que no habría opción para dar credibilidad a esa teoría. ¿Una civilización de Kardashev tipo 3 o mayor podría ser la causa? Una elucubración llamativa en la que nuestros De-Gi-Than encajarían como anillo al dedo.

También hay otra característica fascinante del universo que siempre me ha cautivado. Me refiero a la existencia de grandes vacíos en el espacio. No hay que irse muy lejos. Junto a la Vía Láctea es bien conocido por los astrónomos la existencia de una de estas vastas extensiones espaciales en los que apenas hay nada. El Vacío Local, como se le denomina, tiene un diámetro de aproximadamente 150 millones de años luz. Es verdad que contamos con serios argumentos para explicar su existencia: energía oscura, el Big Bang, variabilidad de la densidad inicial de la materia, y la propia influencia de la gravedad que tiende a agrupar a las galaxias en grupos – y por el contrario, dejar espacios vacíos – pero esta es una de las gracias de la ciencia ficción, que permite tomarse ciertas licencias. Nuestra particular aportación es que dichas áreas son consecuencia del apetito voraz de energía de civilizaciones tan avanzadas que se han envilecido hasta convertirse en hiperbólicas devoradoras de materia.

Por supuesto, esto es una novela de ciencia ficción y no pretende ser una proposición teórica de los modelos de civilización que podrían habitar el universo, pero al menos añade la consideración, muy conocida por nuestra humanidad, de que los recursos siempre son escasos en relación a las necesidades, y que, en frecuentes ocasiones, dicha escasez deviene en conflictos fratricidas. ¿Es necesariamente la naturaleza de las civilizaciones alienígenes similar a la nuestra? ¿Es igualmente necesario que una civilización superavanzada siga incurriendo en estos errores garrafales de enfrentamientos y guerras? Ese es un buen tema de debate para sentarse en el bar con unas cervezas frías en la mesa y en la que me encantaría participar. Sin duda, requiere resolver la pregunta de la clase de filosofía que adopta una civilización superavanzada. ¿Van todas en la misma dirección y llegan a las mismas conclusiones? Da que pensar.

Como siempre, espero que el lector haya disfrutado del libro tanto como yo cuando escribí esta aventura frenética y eso le anime a dar una puntuación positiva, o incluso mejor, a escribir una amable reseña. Confío en que la lectura le haya resultado amena y le haya proporcionado argumentos para establecer debates del estilo "qué pasaría si…" a los que somos tan propensos los aficionados de la ciencia ficción.

